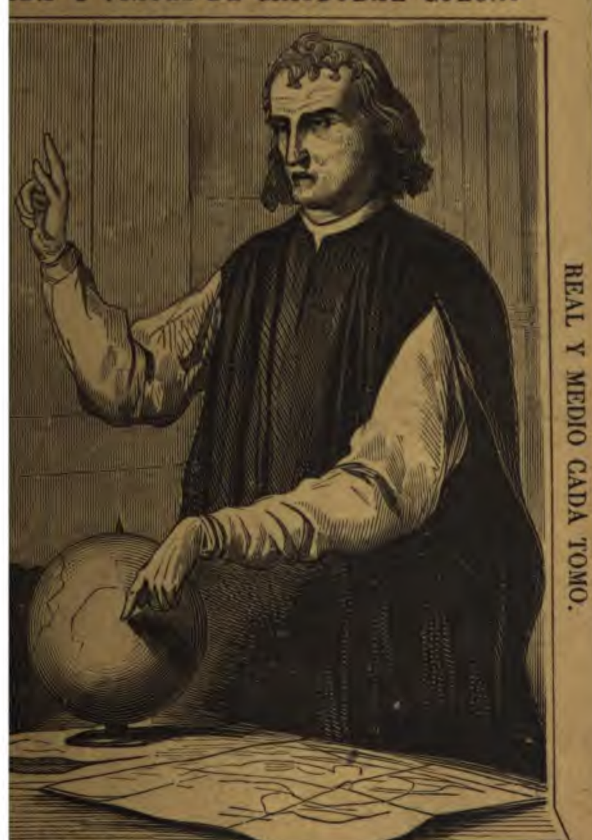

A 400754







IDA Y VIAJES DE CRISTOBAL COLON.



REAL Y MEDIO CADA TOMO.

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO I.





CRISTOBAL COLON.

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

VIDA Y VIAJES

DE

CRISTOBAL COLON.

POR

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO I.

MADRID:
Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1874.

PROLOGO DEL AUTOR.

No están al alcance de todas las fortunas ni de todas las inteligencias las obras que sobre la vida de Cristóbal Colon y el descubrimiento de América nos han legado escritores tan insignes como don Martín Fernandez de Navarrete, Washignton Irving, Lamartine y otros, y siempre he creido que sería muy útil un libro de esta clase y que por sus condiciones pudiera hacerse popular. El descubrimiento del Nuevo Mundo produjo una verdadera revolucion en el mundo antiguo, y nadie debería ignorar cómo tuvo lugar aquel suceso de trascendencia tan considerable.

Ni por un solo momento he querido escribir una historia que aventaje á las demás en riqueza de datos, en exclarecimiento de lo que es dudoso, ó en mérito literio, pues repito que mi único deseo es que por sus condiciones especiales pueda este libro estar al alcance de todas las inteligencias y de todas las fortunas. La obra de Navarrete, más que una historia, es un tesoro inapreciable de datos para escribirla, y la historia que con estos mismos materiales nos legó Irving, no puede llenar el objeto que me propongo. En cuanto á Lamartine, su obra es, no una historia, sinó más bien una biografía escrita con un encanto sin igual.

Otros libros hay que tampoco reunen las condiciones indicadas. De Cristóbal Colon ocupóse tambien el inmortal Fenimore Cooper; pero no escribió una historia, sinó una bellísima novela, y claro es que en una

obra de esta clase, el ingenio, la imaginacion, la inventiva tuvieron que representar el principal papel. No se desvirtúan los principales sucesos, pero se descartan muchos de gran importancia y se añaden otros por exigirlo así el artificio y el interés puramente dramático.

Es, pues, preciso que se escriba una historia, verdadera historia que pueda hacerse popular, y si no consigo realizar este intento, que creo laudable, será la culpa, no de mi voluntad, sinó de la escasez de mi inteligencia. Seré exacto, escrupuloso, mero historiador; pero siempre estaré atento al cuidado de evitar toda pesadez por su forma en la narracion.

Si desconfio de mis fuerzas, tengo al menos la seguridad de que este libro ha de ser una verdadera historia que enseñe mucho, una de esas obras de indudable utilidad y que á la vez recrean, porque la vida

de Cristóbal Colon y el descubrimiento del Nuevo Mundo tiene por sí tan vivo interés que no necesitan la invencion de extrañas peripecias ni las brillantes galas de la imaginacion del poeta.

El atrevimiento puede perdonárseme en gracia de la buena intencion, y sobre todo, despues de lo que acabo de decir no es posible acusarme de pretencioso, no puede sospecharse que he querido hacer más que los ilustres escritores que dejo citados.

Si con temor por lo grande de la empresa, con la conciencia tranquila doy prinpio á mi obra.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento y juventud de Cristóbal Colon.

Es imposible decir con seguridad completa dónde nació Cristóbal Colon, aunque segun lo que afirman algunos de sus contemporáneos y tambien uno de sus más íntimos amigos, aquel gigante del siglo XV fué natural de Génova, y debió ver la luz del mundo por los años 1435 ó 1436.

Su hijo Fernando, que escribió su historia, no nos saca tampoco de dudas, pues en vez de hacerlo así como le hubiera sido fácil, fija su atencion en hablar de las nobles familias que se lo disputaron, reclamando *como* suyo al descubri-

dor de América, y acaba por decir que no quiere cuidarse de averiguar si desciende de alguna familia ilustre, porque cree que menos dignidad recibirá de ninguna nobleza de abolengo que de ser hijo de tal padre.

No es Colon el verdadero apellido del que descubrió la América, sinó Colombo, latinizado por él Colombus, y llamándose Colon últimamente, con el fin, al parecer, de que sus descendientes no se confundieran con los de las ramas colaterales de la misma familia.

Pobre era su padre y de humilde cuna debió ser, cuya circunstancia engrandece más y más á nuestro héroe, pues consiguió elevarse sobre los demás sin otro auxilio que el de su poderosísimo génio, su constancia y sus virtudes. Tal vez, nacido entre las riquezas y educado en la molicie, no hubiera llegado á ser lo que fué.

Cardador de lana fué el padre de Cristóbal Colon. Tenia éste dos hermanos, Bartolomé y Diego, y una hermana que se casó con un hombre oscuro llamado Diego Barbarello, lo cual prueba más y más que no eran ni nobles ni ricos,

y es tambien una prueba de que Italia fué su cuna.

No pudo recibir una educacion verdaderamente distinguida; pero dió tales pruebas de su esclarecido talento, que su padre, á pesar de su pobreza, lo envió á París para que estudiase allí ciencias en la escuela lombarda.

Desde sus primeros años mostraba inclinacion á viajar, y sus miradas se fijaban ansiosamente en los mares, contemplando con envidia á los marineros.

La geografía fué su estudio favorito; pero esta ciencia estaba aún en gran atraso, pues lo mejor que se conocia era la obra de Ptolomeo, ni ningun marino habíase atrevido á lanzarse á través del Océano, cuya navegacion se creia imposible.

Cuando volvió á Génova tuvo que dedicarse al oficio de su padre, haciendo grandes esfuerzos para dominar sus impulsos.

Así permaneció hasta el año 1459 en que tuvo lugar un suceso que ejerció gran influencia en su vida.

Juan de Anjou, duque de Calábria, armó en

Génova una escuadra para ir á Nápoles y reconquistar la corona para su padre, conocido por René, conde de Provenza.

Muchos aventureros se alistaron bajo el pabellon de Anjou, y Cristóbal Colon, no pudiendo ya dominarse, hizo lo mismo.

Así empezaron sus viajes, y pudo aumentar muy considerablemente el caudal de sus conocimientos. Distinguióse bien pronto por su valor, mereciendo que el rey de Nápoles le confiase la tan delicada como peligrosa mision de apresar una galera en el puerto de Túnez.

Incidentalmente hace Cristóbal Colon referencia á este suceso en una de sus cartas escrita muchos años despues, diciendo lo siguiente:

«Me sucedió que el rey Reinier (que ya le llevó Dios), me envió á Túnez para tomar la galeota *Fernandina*, y habiendo llegado cerca de la isla de San Pedro en Cerdeña, me dijeron que habia dos navíos y una carraca con la referida galeaza, por lo cual se turbó mi gente y determinó no pasar adelante, sinó volverse atrás á Marsella por otro navío y más gente: yo, que con

ningun arte podia forzar su voluntad convine en lo que querian, y mudando la punta de la brújula hice desplegar las velas, siendo por la tarde, y el dia siguiente, al salir el sol, nos hallamos dentro del cabo de Cartagena, estando todos en concepto firme de que íbamos á Marsella.»

No puede imaginarse nada más temerario que esta hazaña. Solo, entre la tripulacion sublevada de un buque y sin esperanzas de ningun auxilio, no pudiendo dominar con la fuerza, apeló el atrevido jóven á la astucia, consiguiendo engañar por de pronto á aquellos hombres y sin que le detuviera ningun peligro. Contra su voluntad los llevó adonde no querian ir. Debió suceder que, al apercibirse los marineros del engaño pensaron en vengarse; pero no sucedió así, y milagrosamente pudo salvarse Colon.

¿Cómo luego fué á establecerse en Lisboa?

Hé ahí uno de los puntos más oscuros de su historia. Diremos de qué manera intenta aclararlo su hijo, aunque no hace sinó aumentar la confusion.

Asegura Fernando que su padre tuvo gran

parte en el combate entablado con unas galeras venecianas entre Lisboa y el cabo de San Vicente.

La lucha fué desesperada; abordáronse los buques, sujetáronse con cadenas y gárfios y se peleó cuerpo á cuerpo durante casi todo el dia.

El vajel que mandaba Colon tenia que habérselas con un enorme buque al que arrojaban granadas de mano y otros proyectiles, hasta que consiguieron incendiarlo; pero sucedió que no pudieron separarse los dos navíos, sujetos como estaban con los gárfios y cadenas, que el incendio se comunicó y que las tripulaciones se arrojaron al agua para librarse del fuego.

Pudo Colon asirse de un remo, y con esta ayuda y su facilidad y resistencia para nadar, pudo ganar la orilla distante dos leguas.

Indudablemente su hijo confunde este hecho de armas con otro, puesto que el ataque á las galeras venecianas tuvo lugar muchos años despues.

Bien sea por efecto de una casualidad, de uno de tantos azares de su vida, bien porque cre-

yese que en Portugal encontraria su génio anchos horizontes, ello es que se estableció en Lisboa.

Sin duda ya Colon meditaba su gran empresa y debió creer que ninguna nacion le prestaria tan eficaz auxilio como aquella que recientemente habia hecho en la costa africana descubrimientos de gran importancia, la nacion que impulsada por el ilustrado príncipe Enrique, hijo de Juan I, habia intentado circunnavegar el africano territorio, lo cual se tenia entonces por locura.

Los portugueses habian ido hasta la costa de Guinea y estaban decididos á seguir avanzando; como al fin lo hicieron hasta doblar el cabo de Buena Esperanza y llegar á las Indias, dejando á la izquierda la costa oriental de Africa.

Tal era el objeto del príncipe Enrique, que murió en 1473, es decir, muchos años antes de que el atrevido Vasco de Gama llegase al cabo, navegase á lo largo de las costas indianas del Sur y abriese así al comercio ancho camino.

Lo repetimos, todo esto debió animar á Cris-

tóbal Colon, haciéndole creer que sus atrevidos planes encontrarian en Portugal mejor acogida que en ninguna otra parte.

Debia tener entonces unos treinta y cuatro años y estaba, por consiguiente, en lo más vigoroso de su vida.

Era alto, bien formado, de formas musculares y de majestuoso continente, tenia el rostro largo, y ni lleno ni enjuto; era blanco, pecoso y algo colorado; la nariz aguileña, altos los huesos de las mejillas; los ojos grises, claros y fácilmente animados; el conjunto del semblante lleno de autoridad, los cabellos rubios en su juventud, pero los cuidados y desazones, segun dice Las Casas, se los habia vuelto canos prematuramente, tanto que á los treinta años ya estaban del todo blancos.

Vestia y comia con sencillez, y era elòcuente, afable y cariñoso con todos, y de la nobleza de sus sentimientos, dió muchas pruebas.

Tal es el retrato que de Cristóbal Colon hacen su hijo Fernando, el referido Las Casas y otros contemporáneos.

Era ardiente católico; pero estaba muy lejos del fanatismo y la hipocresía.

Veamos ahora cómo entabló la lucha que con una constancia inconcebible sostuvo por espacio de tantos años hasta conseguir el triunfo.

CAPITULO II.

Colon se establece en Lisboa.—Su casamiento.—Sus planes.

¿Con qué medios de subsistencia contaba Cristóbal Colon?

Ocupábase en hacer mapas, que vendia á los hombres científicos, y con esto nò más atendian trabajosamente á sus necesidades.

Desde que llegó á Lisboa asistió diariamente á los oficios divinos en la capilla del convento de Todos los Santos. Allí imploraba la misericordia divina, y su ardiente fé encontraba en la religion consuelo á sus amarguras.

Un dia, contra su voluntad, fijáronse sus miradas en una mujer que oraba en el más apartado rincon del templo.

Sintióse Colon como subyugado por la belle-

za de la dama, y sin poder dominarse la siguió, averiguando inmediatamente que se llamaba doña Felipa Moñis de Palestrello, y que era hija de Bartolomé, caballero italiano.

Habia sido éste muy distinguido entre los navegantes del tiempo del príncipe Enrique y habia desempeñado el cargo de gobernador de la isla de Puerto-Santo, despues de contribuir á la colonizacion de la misma.

Ya habia muerto Bartolomé Moñis, y aunque ningunas riquezas dejó á su familia, quedaron en poder de esta muchos documentos de gran importancia sobre la navegacion, documentos que eran resultado del estudio y de la experiencia de muchos años.

Esto fué un motivo más para que Colon desease entablar relaciones con aquella familia, pues podrian serle muy útiles los apuntes que habia dejado el caballero Moñis.

Fácilmente consiguió su deseo, y con el trato acabó bien pronto por encenderse en su pecho una pasion inextinguible.

Ninguna contrariedad experimentó, pues doña

Felipa amaba tambien al hombre que estaba destinado á ser la admiracion del mundo.

Pobres eran ambos; pero como no tenian ambiciones sinó de gloria, uniéronse y en medio de su pobreza se consideraron las criaturas más dichosas del mundo.

Emprendió despues Cristóbal Colon algunos viajes á la costa africana, haciendo nuevos estudios y perfeccionando sus proyectos.

Residió una temporada en la isla de Puerto-Santo y allí tuvo el primer hijo, que se llamó Diego.

Desde la costa occidental de Africa contemplaba Colon el Océano, dejando que su imaginacion avanzase hácia Occidente, que era el punto hácia donde lo impulsaba su afan.

Todas estas circunstancias contribuyeron poderosamente á que acrecentase el entusiasmo de Colon. A todas horas oia hablar de descubrimientos y referir las fábulas de las islas que se suponia existir en el Océano.

Todos habian buscado el camino de la India circunnavegando el Africa, y Colon queria bus-

cario dirigiéndose á Occidente; sin creer aún que había de encontrar un continente como el americano, sino todo lo más algunas islas de escasísima importancia.

Algunos navegantes habian creido ver desde lejos las soñadas islas; pero todo habia sido pura ilusion y nadie habia podido llegar á ellas.

No habia rumor, por absurdo que pareciese, que Cristóbal Colon no lo recogiese, tomando de todo ello lo que le parecia verosímil ó razonable y desechando lo demás.

Fatigaríamos al lector si mencionásemos todo cuanto entonces se decia.

Daremos una ligera idea de las razones en que Colon se fundaba para creer que habia tierras desconocidas en el Occidente, y sobre todo para afirmar que el Océano era navegable y que dirigiéndose hácia Poniente debia llegarse al límite oriental de la India. Sobre este punto puede hablarse con toda seguridad, puesto que se han conservado las notas y documentos con que Colon explicaba su teoría.

Principia estableciendo que la tierra es una

esfera ó globo que podia recorrerse alrededor de Oriente á Occidente, y que cuando los hombres estaban en puntos opuestos, tenian tambien en direccion opuesta los piés y las cabezas.

Dividia la circunferencia de nuestro globo, lo mismo que Ptolomeo, en veinticuatro horas de á quince grados.

Los portugueses habian llegado hasta las islas Azores, y por consiguiente, para recorrer la circunferencia de la tierra faltaba, segun el cálculo de Colon, una tercera parte no más, cuyo espacio podia muy bien estar ocupado en gran parte por las regiones orientales del Asia, entonces desconocidas, y extendiéndose hasta aproximarse á las costas occidentales de Europa y de Africa.

En este caso, la extension del Océano, considerada de Oriente á Occidente, no debia ser tanta como se suponia.

Se ocupa luego Colon de varios autores, citando las opiniones de Aristóteles, Séneca y Plinio, asegurando que era posible ir de Cádiz á las Indias en pocos dias, así como Estrabon sostiene

que el Océano rodea la tierra y baña en el Oriente las costas de la India y en el Occidente las de España y Mauritania, pudiendo navegarse de una de estas regiones á la otra en el mismo paralelo.

Ultimamente se ocupa en enumerar las indicaciones de tierras occidentales que el mar habia traido á las costas del antiguo mundo, y como, segun hemos dicho, recogia con avidez todas las noticias por insignificantes que pareciesen, refiere que Martin Vicente, piloto al servicio del rey de Portugal, habiale dicho que, navegando á cuatrocientas cincuenta leguas al Oeste del cabo de San Vicente sacó del agua un pedazo de madera entallada, cuyos adornos se habian trabajado al parecer sin instrumentos de hierro.

Asimismo menciona los informes que le dieron algunos habitantes de las islas Azores, relativos á unos troncos de pinos muy grandes desconocidos en todas las islas y arrojados á sus playas por los vientos occidentales, habiendo llegado del mismo modo á la isla de las Flores dos cadáveres cuyas facciones se asemejaban muy poco á los de las razas humanas conocidas.

Tenemos además la relacion de un marinero del Puerto de Santa María que aseguraba haber visto tierras al Occidente viajando para Irlanda.

Segun Fernando, todas estas razones las tomaba muy en consideracion su padre, acabando por creer firmemente que habia tierras desconocidas, fértiles y habitadas en la parte occidental del Océano; pero sin duda la razon más poderosa que Colon encontraba era la que ya hemos mencionado, es decir, que la parte más oriental del Asia no podia estar separada de las islas Azores, sinó la tercera parte á lo sumo de la circunferencia del globo, y como esta circunferencia la suponia menor que Ptolomeo y de lo que es en realidad, deducia que no era largo el viaje para llegar á las costas asiáticas, navegando hácia Occidente.

Como se vé, habia en esto dos errores, el uno en cuanto á la extension del territorio asiático hácia Oriente, y el otro la pequeñez de la tierra; pero sin incurrir en estos errores, tal vez Colon no se hubiese atrevido á emprender su proyectado viaje, pues le hubiera espantado la sola idea de

atravesar el Océano en toda la extension que debia suponerle hasta la costa oriental del Asia, no teniendo seguridad, como no la tenia, de encontrar antes un nuevo continente, y no habiéndose descubierto aún las leyes de la gravedad esférica ni de la gravitacion central, que una vez supuesta la redondez del mundo hacen evidente poder rodearle.

El sentimiento religioso influyó mucho para que no desistiese de su intento, pues le halagaba la idea de llevar la luz del cristianismo á las más remotas regiones de la tierra.

Empero su noble ambicion, sus ardientes deseos y la firmeza de su voluntad, no eran bastante para realizar la empresa. No tenia Colon recursos para armar buques, y por consiguiente necesitaba la ayuda de un soberano.

Alonso de Portugal no habia mostrado la misma aficion que el príncipe Enrique á las empresas marítimas y á los descubrimientos, y se ocupaba preferentemente en las guerras que sostenia particularmente contra España; pero el rey Alonso murió, heredando la corona su hijo Juan, se-

gundo de este nombre y tan aficionado como su tio Enrique á las ciencias y á los descubrimientos, pues habia visto cuán gloriosos eran para Portugal los que se habian hecho en las costas africanas.

La ocasion iba á presentársele muy oportuna al desgraciado Colon.

Principió el rey Juan por disponer que sus dos médicos, Rodrigo y José, judío este último, se ocupasen en consultar y proponer los medios más acertados para continuar la que entonces parecia dificilísima empresa de circunnavegar el Africa.

Sobre este punto hicieron muy poco los dos médicos; pero en cambio sus trabajos dieron por resultado la aplicacion del astrolábio á la navegacion.

Este descubrimiento debia ser muy útil á nuestro atrevido marino, pues le ayudaria grandemente para vencer los obstáculos que se oponian á la ejecucion de su plan.

Ya no vaciló, decidiendo ofrecer inmediatamente sus servicios al rey de Portugal.

CAPITULO III.

Proposiciones al rey de Portugal.—El obispo de Ceuta.—
Intrigas contra Colon.

Rara vez sucede que á los hombres que valen mucho, á los que son verdaderamente grandes se les mire con indiferencia. Los envidiosos y los estúpidos son sus enemigos encarnizados, así como leales amigos los que tienen corazon y talento, ó lo que es igual, los grandes hombres son amados ó aborrecidos; pero jamás se les mira con indiferencia.

En semejante caso estaba Cristóbal Colon: amigos tenia, sinceros amigos, dispuestos á hacer por él todos los sacrificios; pero tambien habia criaturas ruines para las que era un martirio que aquel hombre fuese objeto de cierta clase de dis-

tinciones á pesar de su pobreza y de la humildad de su cuna.

No podia Colon llegar hasta el rey sin que le ayudasen otras personas, y por consiguiente se hizo pública su resolucion de ofrecer su talento y sus servicios al monarca y á la nacion portuguesa.

Entabláronse discusiones, y mientras los unos mostraban ciega fé en la sabiduría del pobre marino, los otros se burlaban llamándole loco, visionario ó embaucador, diciendo algunos que lo que se proponia era explotar la munificencia del monarca.

Se solicitó la audiencia.

El rey pareció algo perplejo cuando se le dieron explicaciones sobre los planes de Colon, y efectivamente los planes eran para producir dudas y perplegidades, en aquellos tiempos en que la ciencia geográfica apenas habia dado el primer paso.

Hay que tener en cuenta todas las circunstancias, pues de otro modo no se comprenderia que el proyecto de Colon hubiese encontrado tantos impugnadores.

Al Oriente de Europa está la India, y debia parecer el mayor absurdo ir á la India navegando hácia Occidente, es decir, en direccion completamente opuesta.

Para nosotros que sabemos positivamente que el mundo tiene la forma de un globo, no es sorprendente la proposicion; pero hay que advertir que eran muy pocos los que entonces creian esto, pues generalmente se opinaba que el mundo era plano, consistiendo todo lo que habia que averiguar en si sus límites estaban más ó menos lejos de los continentes conocidos.

El Océano era, pues, un inmenso desierto.

Alejándose hácia Occidente, ¿á donde se iria á parar?

Indudablemente á los límites del mundo donde era lo más probable perecer.

Por absurdo se tuvo tambien el intento de circunnavegar el Africa, pues se creia que era imposible ir más allá hácia el Sur del Ecuador; pero este plan encontraba más partidarios y se creyó realizable por todos desde que los portugueses llegaron á las costas de Guinea y se con-

Con benevolencia fué recibido por el monarca, que le pidió explicaciones.

Principió Colon por desenvolver su teoría sobre la extension del Asia y la de la circunferencia del mundo, concluyendo por su plan de dirigirse á Occidente para llegar así al límite oriental del territorio mencionado.

Con atencion profunda escuchó el monarca, y no podia menos de suceder así, pues era de los que con más facilidad habian creido las fábulas sobre la isla de Cipango, segun lo acredita la circunstancia de haber enviado una mision en busca del imaginario Preste Juan de las Indias.

Hizo, segun unos, observaciones sobre el coste de la empresa y otras dificultades por el estilo, y segun el historiador Juan de Barros, el monarca consideró á Cristóbal Colon como un hombre vanaglorioso que deseaba lucir su talento y que era inclinado á todo lo fantástico.

Esta última version la ponemos en duda, pues no está justificada con la conducta del rey; pero la mencionamos como una de tantas opiniones que deben tomarse en consideracion.

Preguntó el rey al marino qué creia que necesitaba, y este respondió que no pensaba por entonces mas que algunos bajeles bien armados y aprovisionados, sin perjuicio de que luego se le diese la recompensa que merecia.

Como á todas las observaciones del monarca respondia pronta y claramente Colon, aquel tuvo que apelar á frases vagas, pues no queria ni comprometerse, ni negar.

Dudaba, vacilaba y quiso ganar tiempo.

Puso término á la audiencia, diciendo que reflexionaria y que haria todo aquello que pareciese razonable y que estuviese en armonía con los intereses de la nacion.

Salió de la régia morada el marino.

Quedó meditabundo el rey.

En la mirada de aquel hombre de humilde condicion habia encontrado algo que no veia en los demás, algo que le hacia superior á todos, algo que no tenia explicacion, pero que ejercia poderosísima influencia y que en ciertos momentos puede decirse que subyugaba.

No estaba completamente convencido el rey;

pero tampoco queria desechar las proposiciones.

¿Qué hacer en semejante situacion?

Quiso luz para su inteligencia y decidió buscarla en el talento y la sabiduría de los hombres más instruidos del reino.

Aquel mismo dia dispuso que las proposiciones fuesen examinadas por una junta compuesta de los cosmógrafos Rodrigo y José, y de su confesor Diego Ortiz de Cazadilla, obispo de Ceuta, prelado de gran reputacion.

La asamblea examinó el proyecto.

El obispo de Ceuta se mostró desde luego contrario, no solamente á lo que habia propuesto Colon, sinó á que se continuasen los descubrimientos en la costa africana, concluyendo por decir:

—¿Qué resultado pueden dar estos planes? Ninguno más que distraer la atencion, agotar los recursos y dividir la fuerza nacional, ya harto debilitada por las recientes guerras y pestes. Mientras su poder esté así roto y disperso en remotas, inútiles y gravosas expediciones, se halla peligrosamente expuesta á los ataques,

de su activo enemigo el rey de Castilla. La grandeza de los monarcas no nace tanto de la extension de sus dominios como de la sabiduría y tino con que los gobiernan. Seria un delirio en la nacion portuguesa emprender grandes proyectos sin conmensurarlos con sus medios. Ya se ocupa el rey de suficientes empresas de cierto provecho, y no tiene para qué empeñarse en otras fantásticas y visionarias. Si desea empleo para el activo valor de la nacion, la guerra que sustenta contra los moros de Berbería es suficiente, sus triunfos en ella de sólida ventaja, y propios para debilitar aquellos hostiles vecinos que tan peligrosos se han mostrado en la hora de su poder.

Triste es decirlo, pero es verdad; salvo raras excepciones, la oposicion más ruda la encontró siempre Colon en los individuos del clero, y sin embargo, lo que más halagaba al atrevido marino era llevar los principios de la religion católica hasta el último rincon del mundo.

Como el discurso del obispo atacaba, no solamente al proyecto de Colon, sinó tambien á los del príncipe Enrique, que hasta entonces habian

producido tan felices y gloriosos resultados para Portugal, sintióse indignado don Pedro de Meneses, conde de Villareal, que tambien asistió á la junta, y enérgicamente replicó:

—No, Portugal no está en su infancia, ni son tan pobres sus príncipes que carezcan de medios para emprender descubrimientos. Aún suponiendo que los que Colon propone descansen en meras conjeturas, ¿por qué han de abandonarse los que empezó el príncipe Enrique sobre tan sólidos fundamentos, y prosiguió con tan felices auspicios? Las coronas se enriquecen por el comercio, se fortifican con las alianzas y adquieren imperios por las conquistas. Las miras de una nacion no pueden ser siempre uniformes, sinó que se extienden con su prosperidad y su opulencia. Portugal está en paz con todos los príncipes de Europa. Nada tiene que temer de entrar en grandes empresas, y sería la mayor gloria para el valor portugués penetrar los secretos y horrores del Océano, tan formidable para las otras naciones en el mundo. Así ocupado, se libraria del ócio que los largos intervalos de paz engendran;

aquel manantial de vicios, aquella lima silenciosa que poco á poco desgasta la fuerza y el valor de las naciones. Es vergonzoso amenazar el nombre portugués con peligros imaginarios, cuando tan intrépido se ha mostrado en acometer los más tremendos y ciertos. Las grandes almas se han hecho para las grandes empresas, y me admira mucho que un religioso como el obispo de Ceuta se oponga á un proyecto, cuyo resultado último ha de ser aumentar la fé católica y llevarla del uno al otro polo, reflejando gloria en la nacion portuguesa y dando imperio y fama indeleble á sus príncipes. Aunque soldado, me atrevo á pronosticar con voz y espíritu celestiales, que el príncipe que lleve á cabo tan alta empresa, adquirirá más envidiable y duradero renombre que el más afortunado de los monarcas.

Este ardiente discurso fué muy aplaudido.

Sintióse vivamente contrariado Cazadilla, porque comprendió que quedaban destruidos sus débiles razonamientos.

El orgullo nacional acogia perfectamente las palabras del conde de Villareal.

Sin embargo, no se atrevió el rey á facilitar á Colon los recursos que pedia, y por de pronto la junta de aquellos sábios no produjo otro resultado que el de emprender nuevamente y con más ardor que nunca la empresa de circunnavegacion del Africa.

Empero siempre se sentia Juan II inclinado á escuchar á Colon y seguia vacilando y sin acertar á decidir.

Tan claramente dejó entrever su inclinacion y vacilaciones que dió ocasion á que algunos de sus cortesanos lo halagasen dándole el consejo más ruin que en ruin alma puede caber. Le propusieron que entretuviese á Colon con respuestas vagas y que entretanto se enviaria reservadamente un buque en la direccion señalada por el desdichado marino, pudiendo así convencerse de si era acertada su teoría.

Grande, sábio, magnánimo aseguran que era el rey don Juan II; pero en aquella ocasion mostróse pequeño, ruin y traidor.

Escuchó el consejo y determinó ponerlo en práctica, que era lo mismo que robar á Cristóbal

Colon lo único que poseia, el fruto de su talento, de sus estudios, de su trabajo, de sus afanes y constancia de toda la vida, robarle aquel tesoro inapreciable, mirándolo luego con desdén y dejándolo morir en la miseria, robarle, en fin, hasta la gloria que le pertenecia.

Lo repetimos: no puede imaginarse nada más ruin.

Colon se habia afanado toda su vida en busca de un tesoro, y cuando habia conseguido encontrarlo, el ladron sin conciencia se lo arrebataba.

Atribúyese principalmente tan criminal intento al obispo de Ceuta; pero sobre este punto no hay pruebas suficientes.

Lo cierto es que la ruin estratagema se puso en práctica.

Iba Colon á ver á los consejeros para suplicarles que inclinaran en su favor el ánimo del monarca, y siempre recibia vagas contestaciones.

Por fin un dia le dijeron:

—Hacen falta todos los apuntes detallados del plan, pues sin tenerlos á la vista no puede su majestad decidir.

—Los presentaré,—respondió el marino.

—Si no teneis ningun inconveniente...

—Son un tesoro; pero ¿qué inconveniente he de tener? ¿Acaso es posible que á nadie inspiren desconfianza las nobles personas que entienden en este asunto?

Y con la confianza propia de los grandes espíritus, Cristóbal Colon apresuróse á entregar los papeles que contenian detalladamente sus proyectos de viaje, con todas las explicaciones para que cualquiera pudiese hacer lo que él hizo.

¿Cómo habia de sospechar que se le tendia un lazo?

Pocos dias despues salió una carabela con el pretexto de llevar víveres al cabo de las Islas Verdes; pero á su comandante se le habian dado instrucciones reservadas para seguir el rumbo marcado por Colon.

Entonces pudo verse clara como nunca la mano de la Providencia.

A las Islas Verdes fué efectivamente el buque; pero desde allí se hizo á la vela con rumbo al Occidente.

Trascurrieron algunos dias.

Agitáronse las olas con alguna violencia, y el horizonte se cubrió de nubes.

Iba á desencadenarse la tempestad.

Los tripulantes de la carabela empezaron á tener miedo.

Miraban sin descubrir más que la líquida superficie y el cielo que con esta se confundia en lontananza.

¿Qué debian esperar?

Agua, siempre las olas, siempre la soledad, y todo lo más algun negro abismo que por aquella parte limitara el mundo, abismos donde se hundirian irremisiblemente.

Si la tormenta destrozaba el buque, ¿en qué costa buscarian refugio?

Empezaron los marineros á murmurar, y el comandante del buque acabó de perder el poco valor que tenia.

—Nos han engañado,—decian algunos.

—Nos perderemos en esta inmensidad,—añadian otros.

—Debemos retroceder.

Y como se amontonaban las nubes y el oleaje se agitaba cada vez con mayor violencia, apoderose el pavor de todos los espíritus.

No fué menester más.

Decidieron retroceder y así lo hicieron, regresando á las Islas Verdes y desde allí á Lisboa.

El monarca esperaba con ansiedad.

Cuando llegó la carabela despertáronse tantos temores como esperanzas en los que conocian el secreto de la intriga.

Inmediatamente el comandante del buque fué á ver al monarca, y éste le preguntó:

—¿Qué habeis encontrado?

—Agua.

—¿Y luego?

—Agua tambien, el agua y el cielo, y siempre lo mismo, y así pasaban los dias y las noches.

—Es extraño,—murmuró el rey.

Y á medida que hácia Occidente se avanza, el oleaje se levanta con mayor furia, y á lo lejos no se descubren más que tinieblas aun en medio del dia y cuando ni la más ligera nube oculta la luz del sol.

—¡Tinieblas!...

—Misterios que al hombre no le está permitido descubrir. En mi opinion esas tinieblas se esparcen más allá de los límites del mundo y á donde la luz del sol no llega. ¿Qué hay allí? No lo sé, no puedo adivinarlo. La carabela perdia el equilibrio, y muchas veces creimos que íbamos á quedar sumergidos en aquellas aguas. ¿Qué habíamos de hacer? Despues de haber recorrido una distancia mucho mayor que la que ese visionario marca en su proyecto, perdimos toda esperanza y decidimos retroceder.

—Bien hecho.

—Señor, lo que Colon intenta es una locura. El Océano es un desierto de agua, desierto á cuyos límites occidentales no puede llegar el hombre.

Así excusaba el comandante su falta de valor.

No pareció que el rey quedase completamente convencido; pero guardó por entonces silencio.

Ya era imposible ocultar que se habia hecho aquel viaje abusando de la buena fé de Colon, y corrieron de boca en boca cuantas patrañas ha-

bian inventado el comandante de la carabela y los marineros.

Así bien pronto pudo saber Colon lo que habia sucedido.

Lo que debió sufrir no puede comprenderse; pero siempre grande sobre los grandes, noble y generoso, no exhaló una queja, y devoró silenciosamente toda la amargura de aquel desengaño.

Hacia algun tiempo que habia muerto su esposa; es decir, que habia experimentado un terrible golpe, y sufria otro antes de que hubiera podido calmar su dolor.

Intentó el rey entablar nuevamente las negociaciones con Cristóbal Colon, porque despues de reflexionar habíale parecido absurdo lo dicho por el comandante de la carabela; pero Colon, escuchando ante todo la voz de su dignidad, negóse firmemente á tratar otra vez con los que lo habian engañado, cometiendo un abuso incalificable.

¿Qué tenia ya que hacer en Portugal?

Habia muerto su querida esposa, habia sido objeto de las más ruines intrigas, y no abrigaba esperanzas de realizar allí sus planes. Determinó,

pues, salir de aquella tierra donde tanto habia sufrido.

Hay motivos para creer que su pobreza le obligó á adquirir algunas deudas por las que podian haberlo procesado, puesto que le era imposible pagar, y por consiguiente le fué preciso salir secretamente de Portugal.

Así parece justificarlo una carta escrita por el rey Juan II á Colon pidiéndole que volviese á Portugal y prometiéndole que no se procederia á su arresto cualquiera que fuese la causa que para ello hubiese.

Cristóbal Colon no quiso acceder tampoco á esta súplica, que no consideró satisfaccion suficiente para su dignidad ofendida.

Con su hijo Diego salió de Portugal.

¿Adónde iria?

Ya habia ofrecido sus descubrimientos á su pátria y tambien á Inglaterra; pero todos lo habian mirado con desden.

Le quedaba España, y quiso hacer el último esfuerzo.

Apenas se concibe tanta constancia.

CAPITULO IV.

Los reyes católicos.—Llegada de Colon á España.

A fines de 1484 salió Colon de Lisboa, y en el espacio de un año se le pierde de vista.

Aseguran algunos historiadores que estaba en Génova en 1485, y que verbalmente repitió la proposicion de su empresa, que antes habia hecho por escrito y que fué desechada.

No hay ninguna prueba de esto.

Dícese tambien que desde Génova fué á Venecia.

Todo es posible y nosotros creemos que aprovecharia aquella ocasion para visitar á su anciano padre, de quien iba á separarse para siempre.

Es lo cierto que continuaba agoviado por la

miseria, pues así se le vió un año despues en España.

De puerta en puerta iba el desdichado pidiendo un pedazo de pan y ofreciendo un mundo, y si la limosna se la daba la caridad, el ofrecimiento del Nuevo Mundo se escuchaba con desden.

Apenas se concibe que no se desalentase.

Preciso es que recordemos aquí la situacion de España en aquella época.

El casamiento de Fernando de Aragon con Isabel de Castilla habia consolidado y acrecentado considerablemente el poder cristiano en nuestra Península, y los católicos reyes pudieron disponer de ejércitos respetables y grandes recursos para terminar la reconquista.

Sobre el rey Fernando hay opiniones muy diversas; pero no puede dudarse de que estaba dotado de gran inteligencia y de que era muy astuto y hábil diplomático.

Tal vez antes que la gloria miraba el interés en aquella lucha gigantesca, que concluyó con el imperio de los hijos de Mahoma.

Era ambicioso, esto no puede dudarse, y

de su sagacidad y hábil disimulo dió muchas pruebas.

Prudente le llamaban los españoles, Pio los italianos, y pérfido los ingleses y franceses.

Siempre pareció que lo protegia la fortuna. Aunque era hijo menor, heredó el trono que ocupaba su padre, y se sentó en el de Castilla por su casamiento con doña Isabel.

Por conquista gánó los reinos de Granada y Nápoles, y como si todo esto fuese poco, presentósele la ocasion de que el papa Julio II excomulgase á Juan y Catalina, soberanos de Navarra, declarando el trono vacante y concediéndolo al primer príncipe católico que se sentase en él.

Siempre atento, acechando siempre, aprovechó Fernando la ocasion; pero preciso es reconocer que para aprovecharla necesitó mucho talento.

Fijó sus miradas en Africa y se hizo dueño de Túnez, Trípoli, Argel y otras comarcas.

¿Era posible que ambicionase algo más?

Tal vez nada; pero la fortuna quiso que se presentase Colon para ofrecerle un mundo, y que

éste pudiera adquirirlo Fernando sin ninguna molestia ni hacer gasto alguno, puesto que su esposa fué la que facilitó cuantos recursos se necesitaban.

Si es cierto que desde su juventud aspiraba á realizar tres cosas, lo consiguió, pues eran la conquista de los moros, la expulsion de los judios y el establecimiento de la Inquisicion.

Bajo cualquier punto de vista que se examine á Fernando V, se encuentra siempre una gran figura, uno de esos hombres dignos de atencion y de profundo estudio.

En cuanto á su persona, y segun el retrato que hacen los escritores de aquella época y los que se conservan trazados por el pincel, era de mediana estatura, bien proporcionado, robusto y activo en los ejercicios atléticos. Su continente, desembarazado y majestuoso. Su frente despejada. Las cejas anchas y de color castaño claro, como el pelo.

Sus ojos eran brillantes y animados, el cútis algo rojo y tostado por el sol durante las fatigas de la guerra.

La boca era regular, de buena forma, y los dientes blancos, aunque pequeños y desiguales; la voz aguda, y la conversacion fácil y rápida.

Vestia sencillamente y era sóbrio.

No hay escritor que no haya pintado con entusiasmo á Isabel I, entusiasmo que aparece hasta hoy perfectamente justificado, pues dió muchas pruebas de grandeza de alma, de sentimientos los más nobles.

Era católica ardiente, y aunque no adoptaba ninguna resolucion sin pedir consejo á sus confesores, opúsose siempre á que se emplearan medios violentos para extender la religion.

Aquella gran mujer hizo cuanto le fué posible para que ni se espulsase á los judios, ni se estableciese la Inquisicion.

Hé ahí una prueba incontestable del talento elevado y de los nobles sentimientos de Isabel la Católica; pero desgraciadamente no triunfó.

Era de mediana estatura y muy bien formada.

Su grave y dulce continente tenia una majestad de cuya influencia nadie podia librarse.

Su cútis era blanco y sus cabellos rubios, tirando á rojos.

Sus ojos de un azul claro revelaban toda la nobleza y delicadeza de sus sentimientos.

No adoptaba ninguna resolucion sin haber meditado muy detenidamente; pero una vez que decidia, la llevaba á cabo con gran firmeza.

Protegia las ciencias y las artes, y á ella se debió que la Universidad de Salamanca llegase á ser la institucion más docta de su siglo.

Tales eran los monarcas españoles á quienes Cristóbal Colon iba á ofrecer un mundo.

Principiaba el año 1486.

Descendia el sol y se acercaba á su ocaso, iluminando las techumbres del convento de Santa María de la Rábida, distante como una media legua del pequeño puerto de Palos de Moguer, en Andalucía.

Avanzaban hácia el solitario edificio dos personas, un hombre y un niño.

Tristemente inclinaban la cabeza sobre el pecho.

Su ropaje revelaba la última pobreza.

Andaban muy trabajosamente y parecia que el cansancio y todas las privaciones habian agotado todas sus fuerzas.

No era posible mirarlos indiferentemente, porque en sus rostros se revelaban hondos sufrimientos.

El aspecto de aquel hombre, á pesar de su pobre ropaje, era distinguido, tenia un sello de dignidad que no podia pasar desapercibido ni para el menos observador.

Su frente era despejada, y en sus ojos parecia brillar el fuego de una privilegiada inteligencia.

Nada más noble que aquella figura cubierta de harapos, nada más noble y hasta imponente en algunos momentos.

—No puedo más,—decia el niño con doliente voz.

Arrugábase entonces el entrecejo de su padre y respondia:

—Ya estamos muy cerca de la mansion de la caridad y de todas las virtudes y encontraremos el descanso para nuestros fatigados cuerpos, y el consuelo para nuestros espíritus. No te des-

alientes, no pierdas la fé y el Omnipotente te protejerá. No puedes todavía comprender lo que puede la constancia; pero algun dia tendrás la prueba. Llevo muchos años de sufrir amarguras de todas clases; adonde quiera que voy no encuentro más que la envidia, la oscuridad y la ignorancia, los desengaños, la ingratitud, las humillaciones ó la traicion, y sin embargo, no he perdido la fé, mi constancia es siempre la misma, y triunfaré, ya lo verás.

—Padre mio, vuestra voluntad es grande; pero vuestras fuerzas no podrán resistir y sucumbireis.

—Tengo que cumplir una gran mision, y antes de cumplirla no puedo morir, porque así lo ha dispuesto el Omnipotente.

Estas palabras no eran hijas de la vanidad, sinó de la fé que ardia en el alma de aquel hombre.

Hicieron el último esfuerzo, llegando á la portería donde encontraron á uno de los frailes, que los saludó cariñosamente, preguntándoles qué deseaban.

Enrojeciéronse las mejillas del infeliz caminante.

Por algunos momentos vaciló, y levantando al fin la cabeza, fijó en el religioso una intensa mirada y respondió:

—Pan y agua para mi pobre hijo, dadle un pedazo de pan en nombre de la misericordia divina.

No era aquel un mendigo como todos.

El fraile se sintió vivamente impresionado y miró con sorpresa á los que imploraban la caridad.

En aquellos momentos salió otro religioso, que se detuvo, fijando tambien la atencion en el caminante cubierto de harapos y de noble continente y preguntándole con dulzura:

—¿Quién sois, hermano?

El viajero levantó más la cabeza.

En sus ojos brilló como nunca el fuego de su inteligencia elevada, y respondió con grave tono:

—Soy un desgraciado que vá de puerta en puerta pidiendo un pedazo de pan y ofreciendo un

nuevo mundo lleno de tesoros inagotables. Me miran con desden, me escuchan y responden con una sonrisa de burla ó de incredulidad; rechazan el tesoro que ofrezco, y movidos á compasion suelen darme el pedazo de pan. Así recorro el mundo sin haber todavía encontrado más que la ignorancia, la envidia ó la vanidad; pero, ¿qué me importa si ha de cumplirse la voluntad del Omnipotente?

Era forzoso que estas palabras llamasen la atencion del fraile, y forzoso tambien que tomase al viajero por un gran hombre ó por un loco.

Empero en sus ojos no se encontraba el extravío de los que han perdido la razon.

¿No podia ser una de esas criaturas sublimes á quienes el mundo no comprende?

Así debió pensar el guardian del convento, fray Juan Perez de Marchena, que era el religioso que acababa de salir.

De todas maneras resultaria que el viajero era un desgraciado, que pedia pan para su hijo y que estaba estenuado por la fatiga.

Ante todo se dispuso el guardian á cumplir

sus deberes; pero no pudo por menos de replicar:

—No comprendo lo que decís, hermano.

—Si os dignais escucharme os lo explicaré con tanta claridad que no os quede la más lijera duda.

—Entrad, tomareis algun alimento y descansareis.

El viajero examinó atentamente el rostro de fray Juan, y dijo despues de algunos momentos:

—Creo que en esta santa mansion han de terminar mis penalidades. Dios me ha traido aquí... ¡Bendita sea su Omnipotente mano!

Estas palabras fueron pronunciadas con el acento de la conviccion más profunda, resultando que fray Juan se interesase doblemente por el infeliz que imploraba la caridad.

Era éste Cristóbal Colon con su hijo Diego, y su llegada al convento de Santa María de la Rábida es la primera noticia que tenemos de su estancia en nuestro país.

Segun parece, dirigíase á Huelva en busca de un cuñado suyo.

Indudablemente la Providencia le habia llevado allí, porque fray Juan Perez de Marchena era un hombre de elevado talento y además bastante instruido.

Siquiera como objeto de curiosidad, la conversacion del viajero debia ser muy interesante para los individuos de la comunidad.

Aunque Colon fuese un visionario, resultaba siempre que no era un hombre vulgar, y fué tratado con toda clase de consideraciones.

Apenas tomó alimento, recuperando un tanto las fuerzas, dió principio á las explicaciones, sin ninguna reserva, probando hasta donde le era posible la teoría de la forma de nuestro globo, y concluyendo por deducir que avanzando hácia Occidente era preciso encontrar el límite oriental de la India y probablemente algunas otras islas de mucha importancia por su vejetacion y riqueza en minerales.

Como todo esto le parecia á Cristóbal Colon muy claro y muy sencillo, como estaba convencido profundamente de que era cierto, hablaba con un calor, con una seguridad que impresio-

naba vivamente y llevaba su propia conviccion al ánimo de los demás.

Bien pronto se convencieron de que aquel hombre no habia perdido la razon, y aunque sus teorías no fuesen aceptadas inmediatamente, se creyeron dignas de ser tomadas en consideracion y discutidas.

Opinaba así fray Juan Perez de Marchena, y el resto de aquel dia y los siguientes no se habló de otro asunto en el convento.

Allí era imposible la envidia, porque los religiosos no podian competir con el marino, ni tener cierta clase de aspiraciones.

No quisieron que Colon continuase su viaje, porque deseaban discutir más sobre aquella gran empresa, y á tal punto llegó el entusiasmo, que algunos de los frailes fueron á consultar con los marinos más experimentados del vecino puerto de Palos de Moguer.

Entre estos habia un anciano, antiguo piloto, cuyo nombre era Pedro Velasco, que quiso ver á Colon para escuchar sus explicaciones y decir lo que habia observado en alguno de sus largos viajes.

Segun el mismo piloto, una vez fué su buque arrojado por los temporales hácia el Noroeste, alejándose tanto, que el cabo Clear de Irlanda quedaba ya al Este suyo.

Soplaba con mucha fuerza el viento de Occidente, y sin embargo el mar estaba completamente tranquilo.

De esta circunstancia deducia Velasco que debia haber tierra en aquella direccion.

Hubiera avanzado mas; pero no lo hizo, porque eran los últimos dias de Agosto y temió que durante el viaje llegase el invierno.

Estas noticias contribuyeron mucho á que fuesen tomadas en consideracion muy sériamente las teorías de Cristóbal Colon.

Fray Juan Perez de Marchena acabó por quedar completamente convencido, y creyó que no debia perderse la ocasion de hacer aquellos descubrimientos que tanta gloria y grandeza habian de dar á su pátria.

¿Qué hubiera sido de Cristóbal Colon sin aquel venerable sacerdote?

Probablemente habrian pasado uno ó dos si-

glos antes de que llevase su civilizacion el antiguo mundo al nuevo.

Hombre de gran corazon demostró ser entonces fray Juan Perez.

No podia facilitar á Colon los recursos que éste necesitaba, porque la comunidad, como todas las de los franciscanos era pobre; pero decidió hacer cuanto estuviese en su mano para favorecer el atrevido proyecto.

La córte no tenia entonces residencia fija, pues con motivo de la guerra contra los moros, los reyes se trasladaban adonde era más conveniente para la pronta ejecucion de sus planes estratégicos.

Preparaban ya la conquista del reino de Granada, y fray Juan Perez creyó que lo más conveniente era esperar á que los reyes fuesen á Andalucía.

Así sucedió en la primavera de aquel año, época hasta la que Colon y su hijo permanecieron en el convento de la Rábida.

Hizo entonces el buen religioso todo cuanto le era posible hacer, y dió á Cristóbal Colon una

carta para su íntimo amigo fray Fernando de Talavera, prior del monasterio del Prado, confesor de la reina, y por consiguiente personaje de mucha importancia y de gran influencia en la córte.

El hijo de Colon debia quedar en el convento, recibiendo allí educacion.

Con la carta y los socorros que pudo proporcionarle fray Juan Perez, emprendió Cristóbal Colon el viaje á Córdoba, alentado por las más risueñas esperanzas.

Pronto debian desvanecerse; pero con su fuerza de voluntad, con su constancia inquebrantable seguiria luchando hasta triunfar ó morir.

Estaba ya tranquilo en cuanto á la suerte de su hijo, y no le arredraban los sufrimientos que él pudiese experimentar.

Otra vez se encontraria con la ignorancia de los unos, la envidia de los otros, y además con las circunstancias que no favorecian el logro de sus deseos, pues hay que tener en cuenta que los reyes católicos se veian en aquellos momentos obligados á fijar toda su atencion y á emplear todos sus recursos en aquella guerra que habia

de concluir con los débiles restos del poder mahometano en España.

Era pedir mucho, casi un imposible, pedir dinero, buques y soldados en aquella difícil situacion, así como la preocupacion de todos los ánimos hacia muy difícil que se fijase la atencion en ningun asunto que no fuese el término de la reconquista.

Nada de esto se le ocultaba á Colon ni era posible que se le ocultase, pero estaba firmemente resuelto á no retroceder, porque siempre con ciega fé creia que al fin habia de triunfar.

CAPITULO V.

Opiniones del prior Talavera y del arzobispo de Toledo.—Audiencia.—Determinacion de los reyes.

Llegó Cristóbal Colon á Córdoba, y aunque por consideraciones á fray Juan Perez de Marchena fué bien recibido por el prior Talavera, nada consiguió.

Dió explicaciones sobre su empresa y quiso su desgracia que el prior opinase que aquellas teorías eran un absurdo, y por consiguiente irrealizable lo que intentaba Colon.

Ni talento, ni instruccion suficiente tenia Talavera para discutir sobre aquel asunto; pero tampoco necesitaba hacerlo, pues le bastaba su propio convencimiento, sus opiniones infundadas.

Sin embargo prometió que aprovecharía la primera ocasion que se le presentase para pedir á los reyes una audiencia y suplicarles que escucharan benévolamente al pobre marino.

Esto prometió, si bien hay motivos para creer que pasó mucho tiempo sin que llegase á cumplilo, ó que no lo cumplió jamás, puesto que la solicitud de audiencia y las noticias de aquellos planes llegaron á los monarcas por otro conducto.

Debemos suponer, y nos parece que no nos equivocamos, que fray Fernando de Talavera, creyendo que todo aquello era un absurdo, se avergonzaba de hablar con nadie sériamente del asunto y temia ponerse en ridículo si lo recomendaba eficazmente.

Para el buen sacerdote el pobre aventurero no era más que un visionario, y por consiguiente no queria hacerse cómplice en una locura, porque habia peligro de que á él tambien lo tuviesen por loco, padeciendo así su envidiable reputacion de sábio.

Mucho contribuia para todo esto la pobreza

de Colon, y hé ahí por qué decia el escritor Oviedo lo siguiente: «Porque era extranjero y vestido de pobres ropas, sin más crédito que la carta de un pobre franciscano, no le creian ni daban oidos á sus palabras, lo que le atormentaba mucho la imaginacion.»

Sí, mucho debia sufrir al verse tratado con tan profundo desden, y la amargura debia destrozar su alma.

Nada de esto lo desalentó.

Empezó á trabajar como otras veces, dibujando mapas con cuyo producto cubria sus más perentorias necesidades.

El tiempo pasaba sin que consiguiera ver á los reyes.

Fernando V marchó para poner sitio á Loja y en Junio salió la reina tambien para los reales de Moclin.

Cuando volvieron y pensaban entregarse á regocijos por los triunfos que habian alcanzado, tuvieron que ponerse en camino para Galicia con el fin de apaciguar la rebelion del conde de Lemos, yendo despues á pasar el invierno á Salamanca.

Entretanto, Colon continuaba en Córdoba, y sus apuros crecian tanto como su impaciencia.

No todos lo escucharon con desden, pues encontró almas nobles é inteligencias bastante claras para comprenderlo.

Hizo amistad con Alonso de Quintanilla, contador mayor de los reinos, con Antonio Geraldini, Nuncio pontificio, y su hermano Alejandro Geraldini, preceptor de los hijos menores de los reyes católicos.

Todos estos se declararon defensores ardientes de la teoría de Colon, y lo pusieron en relaciones con Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal, á quien Pedro Mártir llama el *tercer rey de España.*

Desgraciadamente el cardenal, que todo lo miraba bajo el punto de vista religioso, creyó ver en la teoría de Colon opiniones contrarias á la iglesia católica en cuanto á la forma de la tierra; pero el marino consiguió desvanecer todas las dudas y escrúpulos, y al fin fué escuchado con la atencion que merecia.

Poco á poco fué el cardenal cambiando de opi-

nion, lo cual le honra mucho, y no tardó en quedar completamente convencido.

Quiso protejer decididamente al pobre aventurero, y acudió á los reyes solicitando una audiencia, que fué inmediatamente concedida.

Respetuoso, pero sin humildad, con modestia, pero sin abatimiento, presentóse Cristóbal Colon ante los monarcas. No, no tenia para qué humillarse, porque ya sabemos que creia haber recibido del Omnipotente una gran mision, y para cumplirla no necesitaba olvidarse de su dignidad.

Fernando V, de quien ya hemos dicho que era perspicaz, no necesitaba más que el primer golpe de vista para conocer á los hombres.

Desde luego comprendió que el pobre aventurero no era un visionario, ni mucho menos un loco, sinó una de esas criaturas privilegiadas, un verdadero génio.

Sin embargo, escuchó impasible y sin que en su semblante pudiera traslucirse lo que sentia.

Era el monarca ambicioso, muy ambicioso, como lo probó con todos los actos de su hábil po-

lítica, y le halagaba el plan de Colon, porque habia de acrecentar considerablemente su poder, engrandeciendo á España mucho más de lo que Portugal se habia engrandecido con los descubrimientos en la costa Occidental de Africa.

No quiso Fernando V adoptar desde luego una resolucion, porque no tenia los conocimientos científicos y prácticos que se necesitaban para apreciar aquellas teorías, y puso término á la audiencia con algunas palabras agradables y prometiendo reflexionar y hacer cuanto conviniese para el logro de aquella gran empresa.

No era vana su promesa.

Inmediatamente conferenció con fray Fernando de Talavera, y aunque desde luego éste quiso quitar al asunto toda la importancia, el rey dispuso que se convocase una asamblea de astrónomos y cosmógrafos para que conferenciasen con Cristóbal Colon, examinando detenidamente aquellas teorías, y manifestando su opinion fundada en razonamientos científicos.

Preciso le fué al prior Talavera obedecer la órden, y se comunicaron las convenientes para

que se constituyera la junta de sábios en Salamanca, adonde Colon debia acudir.

Así se hizo.

El pobre aventurero, alentado por nuevas esperanzas, dispúsose á presentarse ante los que debian ser sus jueces.

Fué hospedado en el convento de dominicos de San Estéban, y tratado con toda clase de consideraciones.

Es de notar que en los cláustros y entre los humildes frailes encontró siempre proteccion y hasta respeto, mientras que los altos dignatarios lo miraban con desden.

Para estos no era Colon más que un pobre pretendiente.

Además, y como dice muy acertadamente Washignton Irving, hay cierta tendencia á considerar al hombre á quien se examina como una especie de delincuente ó impostor, cuyas faltas ó errores van á descubrirse para hacerlos públicos.

Llegó el gran dia, tan anhelado como temido por Colon.

Reunióse la asamblea.

Casi todos los ánimos estaban predispuestos contra el atrevido marino; pero éste creia que aquella corporacion científica tomaria en consideracion sus proyectos y que triunfaría con facilidad.

Nuevas ilusiones eran estas que habian de desvanecerse como otras muchas haciéndole experimentar nuevos sufrimientos.

CAPITULO VI.

Asamblea de sábios en Salamanca.

Formaban la asamblea, además de los profesores de astronomía, geografía, matemáticas y de otras ciencias, muchos dignatarios de la iglesia y casi todos los indivíduos de la comunidad de San Estéban.

Era imponente el cuadro que presentaba la asamblea; pero el marino, con su pobre ropaje y sin más apoyo que su talento, presentóse digno, aunque respetuoso, casi altivo, porque tenia la conciencia de lo mucho que valia.

Empezó á resonar su voz elocuente.

En los primeros momentos se le escuchó con vivo interés por los unos y con viva curiosidad

por los otros; pero bien pronto los altos dignatarios dejaron de prestar atencion al discurso, que puede decirse no fué escuchado hasta el fin sinó por los frailes.

Al terminar Colon, dieron principio las observaciones.

Todo querian mirarlo bajo el punto de vista religioso, y el desgraciado marino tuvo que tener gran cuidado para no aparecer como un hereje, cuyas teorías eran contrarias á lo que enseñaban los Evangelios.

Dijeron algunos que despues que tantos filósofos y cosmógrafos, y tan hábiles y atrevidos marinos en el trascurso de millares de años habian estudiado la forma de nuestro globo, no podia creerse que un oscuro aventurero hubiese hecho más en un instante que todos aquellos grandes hombres en tanto tiempo.

Este razonamiento era una candidez.

Citaron textos de la Biblia, y la discusion se hacia casi imposible.

La posibilidad de los antípodas en el hemisferio Sur, fué la dificultad mayor que presentaban

aquellos sábios, y uno de ellos, despues de citar á Lactancio y á San Agustin, dijo:

—¿Puede haber alguien tan nécio que crea que hay antípodas con los piés opuestos á los nuestros, que crea que hay gente que anda con los talones hácia arriba y con la cabeza colgando? ¿Quién ha de creer que en una parte del mundo todas las cosas están al revés, los árboles crecen con las ramas hácia abajo y llueve, graniza y nieva hácia arriba? La idea de la redondez de la tierra fué causa de inventar la fábula de los antípodas con los talones por el viento; porque los filósofos que una vez han errado, mantienen sus absurdos, defendiéndolos unos con otros.

Apoyándose en San Agustin, preguntaban si la teoría de los antípodas era compatible con las bases de nuestra fé, pues al asegurar que habia habitantes al lado opuesto del globo, se suponia la existencia de naciones que no descendian de Adan, puesto que los hombres no habian podido atravesar el Océano que entre una y otra tierra se extendia.

¡Dar á la Biblia un *mentís*!

Esto era demasiado atrevido y mucho más en un hombre que no estaba investido de autoridad eclesiástica.

En grandísimo apuro se vió Colon.

Recordábanle que en el libro de los Salmos dice que los cielos están extendidos como un cuero, es decir, como la cubierta ó techumbre de una tienda de campaña, y añadian que San Pablo, en su epístola á los hebreos, compara los cielos á un tabernáculo ó tienda extendida sobre la tierra, de lo cual debia deducirse que esta era plana.

Algunos atreviéronse á admitir la forma esférica de la tierra y la posibilidad de un hemisferio opuesto y habitable; pero, fundándose en la absurda creencia de los antiguos, negaban que fuese posible llegar á él, porque lo impediria el calor de la zona tórrida donde debia morir abrasado el viajero.

Otros encontraban la dificultad en la extension de la circunferencia de la tierra, pues calculaban que se necesitarian tres años para el viaje, y que, por consiguiente, en tan largo espacio

de tiempo los exploradores moririan de hambre y de sed.

Con la autoridad de Epicuro, y admitiendo la forma esférica de la tierra, sentóse la teoría de que solo era habitable el hemisferio Norte, y que solo éste estaba cubierto por los cielos, siendo la otra mitad un cáos.

Por último no faltó un sábio que dijo:

—Suponiendo que la tierra sea redonda y que avanzando hácia Occidente se llegue á las extremidades orientales de la India, no podria volverse jamás, porque si habia sido fácil bajar, no podria subirse; pues hay que tener en cuenta que la conexidad del globo opondria una altura inmensa y de nada serviria que el viento fuese favorable.

No olvidemos el estado de la ciencia en aquel siglo, pues aún hoy al vulgo le parece un imposible la existencia de los antípodas.

Cristóbal Colon, á las citas de los Evangelios y de otros libros sagrados, contestaba diciendo que los santos padres no habian escrito con el tecnicismo de la ciencia, sinó con lenguaje figurado y para hacerse comprender de todos.

En cuanto á si era imposible la vida en el otro hemisferio, recordó que él mismo habia estado en Guinea, casi bajo la línea equinoccial y habia visto que aquella region estaba muy poblada, encontrándose una vegetacion más vigorosa.

Hubo un momento en que olvidándose de su propia situacion, cansado ya de oir citas de los libros sagrados, arrojó sobre la mesa los mapas y apuntes, irguió la cabeza y con los ojos inflamados por el fuego de su inextinguible fé, empezó á citar tantos textos de la Sagrada Escritura, que los sábios teólogos quedaron aturdidos.

El desvalido aventurero conocia quizás mejor que aquellos hombres los sagrados escritos.

Las conferencias se repitieron; pero Cristóbal Colon no lograba convencer á la mayoría de la asamblea.

Así trascurrieron algunos meses.

La córte debia volver á Córdoba, y en la primavera de 1487, la asamblea suspendió sus sesiones, quedando el pobre marino en la misma situacion triste en que antes se encontraba.

Fray Fernando de Talavera, nombrado ya

obispo de Avila, y especialmente encargado de aquel asunto, seguia mirándolo con desden, y como además tenia que seguir á los reyes, fué muy poco lo que se ocupó de Cristóbal Colon.

Sin embargo, el verdadero talento ejerce siempre una gran influencia, y la ejerce sobre todo la verdad, y los planes del marino no se desecharon, ni éste dejó de ser mirado por Fernando é Isabel como un hombre de inteligencia privilegiada.

CAPITULO VII.

Colon sigue con la córte.

Los menos eran los que miraban á Cristóba Colon como éste merecia, pues generalmente se le tenia por loco, y llegó á suceder que, al atravesar las calles, los muchachos se le burlasen, llevando las manos á la cabeza y haciendo gestos para indicar el extravío de que al infeliz aventurero se le suponia víctima.

Alonso de Quintanilla, á quien ya hemos citado, fray Diego de Deza, el duque de Medinaceli y algun otro, protegian al infeliz y lo socorrian muchas veces.

No lo abandonaron los monarcas, pues le pagaban los viajes y otras necesidades como for-

mando parte de la comitiva real, segun lo asegurado por algunos escritores y lo que se vé en el libro de cuentas de Francisco Gonzalez de Sevilla, uno de los tesoreros reales, libro donde hay anotadas algunas sumas con este objeto.

En 1487 se encontró en el memorable sitio de Málaga, cuya ciudad fué tan tenazmente defendida por los moros y tomada al fin por los reyes católicos.

Hay noticias de algunos hechos de armas en que Cristóbal Colon tomó parte y dió pruebas de mucho valor, lo cual desmiente lo que aseguran algunos de que aquella época la pasó como mero pretendiente de antecámara en antecámara y en una ociosidad que era imposible con su carácter.

Despues de la toma de Málaga la córte se trasladó á Córdoba, de donde tuvo que salir precipitadamente al declararse una epidemia, yendo á pasar el invierno á Zaragoza.

En la primavera se atacó nuevamente á los moros por el lado de Múrcia, y al terminar la campaña fué la córte á Valladolid.

¿Qué habia de conseguir el marino en medio de tanta agitacion?

Los monarcas no tenian ni siquiera tiempo para ocuparse de los planes de Colon, y tenia éste que contentarse con esperanzas.

Pasó el año 1488, y llegó la primavera del siguiente.

Entonces fué cuando el aventurero recibió una carta del rey don Juan II de Portugal, así como se sabe que le escribió otras Enrique VII de Inglaterra.

Ya empezaban á tomar en consideracion sus planes los que lo habian despreciado; pero el marino no quiso ya salir de España.

El Omnipotente habia dispuesto que para nuestra pátria fuese la gloria del descubrimiento de América.

Volvieron á renovarse las conferencias científicas.

Durante el sitio de Baza, donde se encontraba Cristóbal Colon, llegaron dos sacerdotes del santo sepulcro de Jerusalem con un mensaje del soldan de Egipto, que amenazaba dar muerte á todos los

cristianos de sus dominios y destruir el santo sepulcro si los reyes continuaban la guerra de Granada.

No desistieron ante semejante amenaza, sinó que, por el contrario, la reina Isabel dedicó una suma anual de mil ducados en oro para sostenimiento de los monjes, y envió un velo bordado por ella misma para estenderlo sobre las aras del templo del santo sepulcro.

Vivamente se sintió impresionado Colon, y movido por su celo religioso, decidió consagrar los tesoros que encontrase en las tierras que iba á descubrir á la redencion del santo sepulcro.

En Febrero de 1490 fueron los reyes á Sevilla y en 1491 se prepararon para ir á Granada, firmemente resueltos á no levantar el sitio hasta hacerse dueños de aquella última trinchera del poder mahometano y ver el pendon de Castilla flotar sobre los muros de la Alhambra.

Comprendiendo Colon que una vez acometida esta empresa no podian los monarcas ocuparse de su asunto, insistió para que de una vez se le contestase, pues si nada habia de hacerse, queria

aprovechar la ocasion de los ofrecimientos que le hacia el rey de Inglaterra.

Tuvo entonces fray Fernando de Talavera que presentar el informe que se le habia pedido, y manifestó que, segun la opinion de la junta, el proyecto era un imposible, y que no convenia á tan grandes príncipes tomar parte en empresas de tan poco ó ningun fundamento.

Empero contra esta opinion estaba la de fray Diego Deza, tutor del príncipe don Juan, cuyo religioso defendió calorosamente los planes de Colon.

Vacilaron los reyes.

No acababan de convencerse de que el marino fuese un visionario; pero al fin triunfaron las opiniones de fray Fernando de Talavera, y éste recibió la órden de decir á Colon que los muchos gastos y cuidados de la guerra hacian imposible acometer nuevas empresas, pero que cuando la guerra concluyese, tendrian tiempo é inclinacion los soberanos de tratar con él acerca de sus ofertas.

Para semejante resolucion habia esperado más de tres años.

No podia ser el resultado más triste.

Sin embargo, todavía no quiso darse por vencido Colon, y se presentó en la córte para que se reiterase lo que le habia dicho el obispo de Avila.

Nada consiguió, y lleno de amargura alejóse de Sevilla.

¿Debia dirigirse inmediatamente á Inglaterra?

Así lo hubiera hecho; pero le ligaban á España lazos que fácilmente no podia romper.

El resultado de las grandes empresas está muchas veces sujeto á circunstancias que parecen de poco valor y que son agenas al mismo asunto.

Motivos hay para creer que entonces sucedió así.

CAPITULO VIII.

Amores de Colon.—Vuelve á la Rábida.—Nuevos esfuerzos de fray Juan Perez de Marchena.

Desde la primera vez que fué á Córdoba Cristóbal Colon, apasionóse de una bellísima y noble dama llamada doña Beatriz Enriquez, y hé ahí el lazo de que hemos hecho mencion.

Motivos hay para creer que aquella pasion era muy vehemente, y además de estas circunstancias estaba el sagrado deber, pues no era posible que un hombre de sentimientos tan nobles como los de Colon abandonase á la mujer que desinteresadamente le habia sacrificado hasta su honor.

Una criatura fué el resultado de aquellos amo-

res; Fernando, el segundo hijo de Colon, su historiador, como ya hemos dicho al principiar esta historia, y tratado siempre por su padre en perfecta igualdad con el hijo legítimo.

¿Era fácil que Colon se separara, no solamente de aquella mujer, sinó de aquel hijo de su pasion?

Así se explica en parte su constancia, pues de otro modo, tal vez no hubiera tenido paciencia para esperar uno y otro año la resolucion de los reyes de España, sufriendo entretanto el tormento de la miseria y la amargura de los desengaños y las humillaciones.

Deseoso de permanecer en España y cerca de doña Beatriz, pensó él mismo empeñar en su empresa á algun personaje rico y poderoso de los que en aquella época disponian, no solamente de mucho dinero, sinó de naves y soldados.

Los nobles servian entonces á los reyes más bien como aliados, y puede decirse que eran tambien verdaderos soberanos en los estados que poseian.

Volvió, pues, á Córdoba, donde se encontraba

el objeto de su amor, dirigiéndose primeramente al duque de Medinasidonia; pero éste, despues de muchas conferencias, desechó el proyecto.

Entonces Cristóbal Colon acudió al duque de Medinaceli, y aunque éste queria favorecer la empresa y contaba por de pronto con tres ó cuatro carabelas listas para emprender el viaje, tuvo miedo de disgustar á los reyes, por ser la empresa demasiado grande para que la acometiese un súbdito, y porque era posible que se creyese que habia querido rivalizar con los monarcas.

Al perder esta última esperanza, recibió una carta muy favorable del rey de Francia.

Por mucho que le desagradase salir del territorio español, le era forzoso hacerlo así, porque no habia de sacrificar su gran empresa á su pasion, y porque consideraba que antes que sus afecciones ó su bienestar era la mision que habia recibido del Omnipotente.

En tal situacion decidió no perder más tiempo y trasladarse á París, yendo antes al convento de la Rábida á buscar á su hijo Diego para dejarlo con el otro en Córdoba.

Con profunda pena vió fray Juan Perez entrar en el convento á Cristóbal Colon, tan pobre como antes, con menos esperanzas y con muchas más amarguras, y mayor fué su pena cuando supo que iban á perderse para su pátria la gloria y el provecho de aquella empresa, puesto que el marino ya no vacilaba para trasladarse á Paris.

Otra vez el virtuoso guardian del convento llamó á su amigo García Fernandez para que consultase con Cristóbal Colon, y pidió tambien consejo á Martin Alonso Pinzon, jefe de una familia de opulentos y distinguidos navegantes de Palos.

Desde luégo Pinzon aprobó el proyecto, ofreciendo su bolsillo y su persona, en vista de lo cual fray Juan Perez decidió escribir á la reina, y rogó al marino que aplazase su viaje.

Sebastian Rodriguez, piloto de Lepe, fué el encargado de llevar la carta á la reina, que se encontraba en Santa Fé.

Así lo hizo el piloto, y no pudo ser más afortunado, pues Isabel I lo recibió muy bien, y contestó á fray Juan Perez dándole las gracias y man-

dándole que fuese inmediatamente á verla para tratar del asunto.

Catorce dias tardó Sebastian Rodriguez en desempeñar su comision, volviendo lleno de alegría.

Apenas el sacerdote recibió la carta ensilló su mula, y á media noche emprendió el viaje sin reparar en los peligros á que se exponia al atravesar un país dominado por los moros.

Como habia sido confesor de la reina, podia hablarle con cierta libertad y defendió con entusiasmo la empresa, encareciendo sus ventajas y la gloria que habia de dar á la corona española.

A fray Juan Perez lo apoyó la marquesa de Moya, que era una de las damas de más íntima confianza de la reina.

Dispuso ésta que inmediatamente volviese Colon á la córte, y recordando la pobreza del anciano, mandó que se le adelantasen veinte mil maravedises en florines para que pudiera comprar una *bestiezuela* para hacer el viaje y para que se proveyese de ropa decente con que alternar en la córte.

Inmediatamente fray Juan Perez de Marchena envió la noticia y el dinero con un vecino de Palos al físico García Fernandez, para que éste lo entregase á Colon.

Compró éste ropa y una mula, y con nuevas esperanzas abandonó el convento y se dirigió hácia la vega de Granada.

CAPITULO IX.

Las exigencias de Colon.—No son aceptadas.—Otra vez quiere partir para Francia.—Noble rasgo de la reina.

Presenció Cristóbal Colon la entrega de Granada, y vió cômo Boabdil, el llamado rey chico, abandonó para siempre su ciudad querida, derramando lágrimas y dando lugar á que le dijese su madre: «Sí, llora como una mujer, ya que no has sabido defenderte y morir como un hombre.»

Sobre las torres de la Alhambra levantóse la cruz y ondeó el pendon glorioso de Castilla.

Estaba aniquilado para siempre en la Península ibérica el poder mahometano, y doña Isabel la Católica creyó llegado el momento de acometer otra empresa no menos grande.

Entre aquella córte deslumbradora veíase al

pobre marino, que muy pronto habia de cambiar la faz del mundo, habia de cumplir su mision.

Designáronse algunas personas para que se entendieran con Cristóbal Colon, y entre ellas se encontraba fray Fernando de Talavera, á quien acababa de nombrarse arzobispo de Granada.

Las negociaciones principiaron con grandes dificultades, pues Colon exigia que desde luego se le invistiese de los títulos y privilegios de almirante y virey de los paises que descubriera con una décima parte de todas las ganancias del comercio ó de las conquistas.

Sintióse herido el orgullo de los cortesanos, indignándose al saber que el pobre aventurero aspiraba á dignidades superiores á las suyas.

Fray Fernando de Talavera, que nunca habia querido ver en Colon más que un delirante y un pordiosero, indignóse como todos al ver que tales condiciones exigia.

Sus opiniones fueron tomadas en consideracion por la reina, y se hicieron a Colon ofrecimientos más moderados; pero él, con la concien-

cia de lo que valía, con la seguridad del triunfo más ó menos tarde, resistió con firmeza, no quiso ceder, y se cortaron las negociaciones.

Nunca como entonces dió Cristóbal Colon pruebas de la elevacion de su alma.

Indignado á su vez, despidióse de sus amigos, montó en su mula y á principios de Febrero de 1492 salió de Santa Fé para Córdoba, con la intencion de despedirse de doña Beatriz y partir inmediatamente para Francia.

Muchos creyeron que semejante determinacion era una gran desgracia para España, y entre estos Luis de Santangel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, intentó un nuevo esfuerzo, pidió una audiencia á la reina, y se presentó acompañado de Alonso de Quintanilla.

Luis de Santangel se mostró algo más que elocuente, audáz, pues más que súplicas dirigió, aunque disimuladas y con formas respetuosas, amargas reconvenciones, concluyendo por decir que le sorprendia que una reina que habia dado pruebas de tanta elevacion de ánimo al acometer muy grandes y peligrosas empresas, dudase cuan-

do se trataba de una de insignificante coste y de incalculable ganancia.

La marquesa de Moya continuaba recomendando el proyecto, y al fin la reina, sin poder sustraerse á la influencia de aquellas coartaciones, decidió que otra vez se reanudasen las negociaciones.

Sin embargo, habia grandes dificultades. Todos los recursos estaban agotados por la guerra, y era imposible sacar dinero de la arcas reales cuando no lo habia.

El rey continuaba indeciso y muy reservado.

Luis de Santangel esperaba con ansiedad creciente, porque si enseguida no se adoptaba una resolucion favorable, Colon partiria y luego sería tarde para remediar el mal.

Cada cual aconsejaba segun sus opiniones, y el rey hablaba de la carencia de recursos.

¿Qué habia de hacerse sin dinero?

Nada, y por consiguiente se temió que el proyecto quedase para siempre desechado.

El Omnipotente quiso inspirar á la reina.

Aquellos momentos son los más grandes, los

más brillantes de la vida de Isabel la Católica.

Aguardaban los consejeros la resolucion.

Meditó Isabel algunos momentos, y levantando al fin la cabeza, dijo:

—Yo, como reina de Castilla, llevaré á cabo esta empresa.

Alguno de los consejeros se atrevió á recordarle la falta de recursos; pero entonces la reina, mientras brillaban sus ojos con el fuego de su noble sentimiento, exclamó:

—Empeñaré mis joyas.

Este rasgo sublime no tiene en la historia ejemplo.

Mudos quedaron los cortesanos.

Todos inclinaron la cabeza como si se reconociesen demasiado pequeños ante aquella noble mujer.

Entonces Santangel dijo que no era menester empeñar las joyas, porque él estaba pronto á facilitar el dinero que se necesitase.

Como receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, segun ya hemos dicho, podia disponer de sumas respetables, resultando así que el dine-

ro saliese en realidad del tesoro del astuto y ambicioso rey Fernando, que no habia querido arriesgar un solo maravedí.

Verdad es que luego tuvo buen cuidado de aplicar en beneficio de su reino de Aragon una buena parte del oro que trajo Colon del Nuevo Mundo, empleándolo en cubrir atenciones urgentes y en dorar las bóvedas y techos del real estrado de la Aljafería, antigua residencia de los reyes moros en Zaragoza, y luego morada de los monarcas católicos.

No se perdió ya un instante, la reina mandó que inmediatamente saliese un hombre á caballo en busca de Cristóbal Colon.

Corrió el mensajero y consiguió alcanzar al marino á dos leguas de Granada, en el puente de Pinos, sitio célebre por la mucha sangre que allí habia corrido de cristianos y moros durante el sitio de Granada.

Recibió Colon la órden; pero no se decidió inmediatamente.

Tantas veces se habian desvanecido sus esperanzas, tantos desengaños habia sufrido, que no

queria exponerse otra vez á nuevas contrariedades y humillaciones.

Esforzóse el mensajero para hacerle comprender que la resolucion de la reina era irrevocable, segun lo probaba la circunstancia de haber decidido empeñar sus joyas para que se llevase á cabo la empresa.

No volver á Granada era hacer una ofensa, más que á la reina, á la noble dama, y esta consideracion fué una de las que más obligaron al marino.

—Volveré,—dijo al fin.

Y retrocedió en compañía del mensajero, llegando á Santa Fé, de donde habia salido con el alma llena de amargura.

Apenas hubo entrado en Santa Fé, recibió la órden de presentarse á la reina, y ésta le dirigió palabras tan agradables, que no solamente se disiparon todas las dudas del marino, sinó que creyó que estaban compensados los desaires que antes habia sufrido.

Ya no ponia ningun inconveniente el rey, y creen algunos que tan favorable cambio fué de-

bido á los consejos de personas de gran influencia y particularmente de su favorito Juan Cabrero; pero el alma de la empresa debia serlo Isabel, pues su esposo, lo mismo que siempre, habia de mostrarse frio y calculador.

Nosotros creemos que si el rey Fernando accedió al fin á que tambien en su nombre y con su auxilio se realizase aquella empresa, no fué por los consejos de sus cortesanos, sinó por las noticias que Colon le daba acerca de las riquezas fabulosas de Mangui, Cathay y otras provincias del gran Khan, segun las descripciones que habia leido en los escritos de Marco Polo.

Tan cierto es que el rey creia en aquellas riquezas, y por consiguiente, en cuanto se decia del imperio del gran Khan, que dió á Colon cartas para este soberano.

CAPITULO X.

Tratado con los reyes.—Preparativos para la expedicion.—Partida.

Una vez adoptada la resolucion por los reyes no hubo quien se atreviera á poner obstáculos, y en pocos dias quedaron arregladas las estipulaciones, que extendió el secretario Juan de Coloma y que en resúmen son las siguientes:

1.ª Que Colon gozaria, así como para siempre sus herederos, del empleo de almirante en todas las tierras que descubriese en el Océano, con los mismos honores y privilegios de que gozaba el almirante de Castilla.

2.ª Que seria virey y gobernador de las referidas tierras.

3.ª Que se reservaria una décima parte de

las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias, y todos los artículos de comercio adquiridos por cambio, compra ó conquista, deducidos los gastos.

4.ª Que sería el único juez en todas las causas y litigios que pudiera ocasionar el tráfico entre España y aquellos países.

5.ª Que en todo tiempo podia contribuir á la octava parte de los gastos para el armamento de los bajeles, teniendo derecho entonces tambien á la octava parte de las referidas ganancias.

Con la ayuda de los Pinzones, á quienes ya hemos nombrado como una de las familias de Palos de Moguer, pudo Cristóbal Colon contribuir con la octava parte mencionada, armando por su cuenta uno de los bajeles.

El 17 de Abril se firmaron las estipulaciones en la ciudad de Santa Fé, levantada por los reyes católicos á dos leguas de Granada.

El 30 del mismo mes se autorizó al marino para anteponer el *don* á su nombre, distincion que en aquella época solo se concedia á los más ilustres personajes.

Los bajeles debian armarse en el puerto de Palos de Moguer, y los vecinos de esta poblacion quedaban obligados á suministrar dos carabelas armadas.

Se expidieron muchas órdenes para que nadie pusiese inconveniente á la empresa, y por último el 8 de Mayo la reina nombró al hijo mayor de Colon paje del príncipe don Juan.

El dia 12 se separó el marino de los monarcas y se encaminó al convento de la Rábida donde tuvo el placer de abrazar á su protector y amigo fray Juan Perez.

Bien pronto fueron conocidas las órdenes expedidas por los monarcas, y sucedió lo que era consiguiente, es decir, que los vecinos de Palos empezaron á mirar con terror la atrevida empresa.

No hubo entonces cuento absurdo que no corriese de boca en boca y se creyó una locura lanzarse ciegamente en la inmensidad del desierto de agua que se llama Océano.

Empezó la resistencia y se buscaron mil pretextos para no cumplir las órdenes reales.

Tuvo Cristóbal Colon que quejarse de los obstáculos que se le oponian, y en 20 de Junio los soberanos dispusieron que las autoridades de la costa de Andalucía se apoderasen de los buques que les pareciesen mejores y pertenecieran á vasallos españoles.

Además Juan de Peñíscola, oficial de la real casa, fué como comisionado de apremio con doscientos maravedises diarios para hacer que las órdenes se cumpliesen.

A pesar de esto, la flota no se arreglaba; pero Martin Alonso Pinzon ofreció al marino un buque de que era dueño, comprometiéndose además á formar parte de la tripulacion, á trueque de partir las ganancias.

Esto animó á muchos habitantes de Palos, y pudieron vencerse así algunas dificultades.

Armáronse dos carabelas además del buque de Pinzon.

Mentira parece que en aquellos buques se atrevieran á llevar á cabo una empresa tan grande.

De los tres buques solo uno tenia cubierta, y

Era el viernes 3 de Agosto de 1492 por la mañana temprano cuando se desplegaron las velas y los buques salieron de la barra de Saltes, pequeña isla formada por los brazos del rio Odiel, frente á la ciudad de Huelva, poniendo la proa al Sudoeste, en direccion de las islas Canarias, desde donde pensaba navegar via recta al Occidente.

Cristóbal Colon dió principio aquel dia á un diario, cuyo prólogo es digno de ser conocido.

Dice así:

«*In nomine D. N. Jesu-Christi.*—Porque, cristianísimos, y muy altos, y muy excelentes, y muy poderosos príncipes rey y reina de las Españas y de las islas de la mar, nuestros señores, este presente año de 1492, despues de vuestras altezas haber dado fin á la guerra de los moros que reinaban en Europa, y acabada la guerra en la muy grande ciudad de Granada, á donde este presente año á dos dias del mes de Enero por fuerza de armas vide poner las banderas reales de vuestras altezas en las torres de Alhambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, y vide salir al rey moro

á las puertas de la ciudad, y besar las reales manos de vuestras altezas y del príncipe mi señor, y luego en aquel presente mes, por la informacion que yo habia dado á vuestras altezas de las tierras de Indias, y de un príncipe que es llamado Gran-Khan, que quiere decir en nuestro romance rey de los reyes, como muchas veces él y sus antecesores habian enviado á Roma á pedir doctores en nuestra santa fé, porque le enseñasen en ella, y que nunca el Santo Padre le habia proveido, y se perdian tantos pueblos creyendo en idolatrías é recibiendo en sí sectas de perdicion, vuestras altezas, como católicos cristianos y príncipes amadores de la santa fé cristiana y acrecentadores de ella, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y herejías, pensaron de enviarme á mí, Cristóbal Colon, á las dichas partidas de India, para ver los dichos príncipes y los pueblos y las tierras, y la disposicion de ellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversion de ellas á nuestra santa fé, y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se acostumbra de andar, salvo por el ca-

explicado en el prólogo que acabamos de copiar.

Alejáronse, y perdieron de vista la tierra.

No estaba Colon completamente tranquilo, pues temia que mientras se encontrasen cerca de Europa, los marineros, por cualquier motivo, quisiesen retroceder.

Era gente supersticiosa, y el menor contratiempo bastaria para detenerlos.

Al tercer dia la *Pinta* pidió socorro, porque se habia roto su timon; pero afortunadamente pudo arreglar la avería Martin Alonso Pinzon, que era el que mandaba dicho buque.

Al dia siguiente volvió á inutilizarse el timon, y entonces Cristóbal Colon dispuso arribar á las Islas Canarias para arreglar el bajel ó sustituirlo con otro.

Hízose lo primero, y se alteró tambien la forma de las velas de la *Niña*.

Para los marineros fué anuncio de horribles desgrácias el fuego que vieron salir del pico de Tenerife, y en vano Cristóbal Colon les dió explicaciones de los volcanes.

Tuvieron despues noticias de que cruzaban por aquellas aguas tres carabelas portuguesas, que tal vez intentaban apoderarse de Colon por no haber querido éste acudir cuando lo llamó el rey Juan.

El atrevido navegante dispuso inmediatamente darse á la vela y así lo hizo en la madrugada del 6 de Setiembre, saliendo de la isla de la Gomera y haciendo rumbo al Occidente.

CAPITULO XI.

Continuacion del viaje.—Descubrimiento de tierra.

Tres dias de calma los detuvo cerca de la costa.

Impacientábase Colon, pero nada le era posible hacer.

Por fin, el domingo 9 de Setiembre levantóse una brisa favorable, hincháronse las velas, y en el trascurso de aquel dia desapareció de la vista la última sombra de la isla de Ferro, considerada entonces el límite de la tierra.

Avanzaban ya á través de lo desconocido, de lo misterioso.

No hubo corazon que no se sintiera oprimido, pues todos creian que para siempre perdian de

vista la tierra, y todos pensaban, con tanto amor como dolor, en su pátria querida, en sus familias y en sus amigos.

Empleó Cristóbal Colon todo su talento para distraerlos y consolarlos, describiéndoles la magnificencia de los paises que iban á descubrir, aquellas islas llenas de oro y de piedras preciosas y con sus ciudades, cuya opulencia apenas puede concebirse.

Para evitar en parte motivos de terror, además del diario que escribia reservadamente, anotaba en otro las distancias que diariamente se recorrian, mermando algunas leguas para que así los marineros creyesen siempre que estaban más cerca de España.

El dia 11, y á unas ciento cincuenta leguas al Occidente de Ferro, encontraron un pedazo de mástil que parecia haber estado mucho tiempo en el agua.

En la noche del 13 observó Colon por primera vez las variaciones de la aguja de marear, pues ésta, en vez de señalar á la estrella del Norte, inclinábase como cinco ó seis grados al Noroeste,

y á la siguiente mañana la inclinacion era más considerable.

Este fenómeno era entonces desconocido.

Guardó Colon reserva profunda y siguió observando; pero al fin los pilotos se apercibieron tambien y se produjo una gran consternacion.

Si se inutilizaba completamente la aguja, ¿qué sería de ellos en la inmensidad del Océano?

En vano agotó Colon su ingénio para explicar el fenómeno, diciendo que la aguja no debia apuntar exactamente á la estrella polar, sinó á cierto punto fijo é invariable, pues aquella estrella, como todas, cambiaba describiendo una circunferencia alrededor del polo.

Esta explicacion fué aceptada, gracias al concepto de profundo astrónomo en que se tenia á Colon.

La verdadera causa de este fenómeno es aun desconocida.

El dia 14 se reanimaron los marineros al ver una garza y un pájaro de los trópicos llamado Robo de junco, pues creian que estas aves nunca se arriesgaban á larga distancia de la tierra, y

que por consiguiente cerca de la tierra se encontraban.

A la noche siguiente tuvieron un nuevo motivo de terror, pues vieron una gran ráfaga de fuego que á ellos les parecia descender del cielo al mar.

Avanzaban con mucha rapidez, pues constantemente los favorecia el viento.

Vieron grandes balsas de yerbas que venian del Occidente, flotando sobre las aguas.

En una de ellas se cogió un cangrejo.

Tambien distinguieron un pájaro blanco de los trópicos, y aparecieron despues alrededor de los bajeles muchos atunes.

El dia 18 de Setiembre continuaba soplando la brisa y estaba completamente tranquilo el mar.

Alonso Pinzon, por el vuelo de las aves y por el horizonte, creyó que la tierra estaba cercana hácia el Norte, y participándoselo así á Colon, y como su buque era el más velero, adelantóse hácia donde se descubria una neblina, que al ponerse el sol presentó tales formas, que todos creyeron ver islas.

Cristóbal Colon era de opinion distinta y dispuso que continuasen hácia Occidente.

Por más que diariamente vieron pájaros y otras señales de proximidad de la tierra, como tambien se desvanecian sus esperanzas, como siempre la inmensidad se presentaba ante sus ojos y el horizonte se alejaba á medida que avanzaban los bajeles, nuevamente cundió el desaliento y el terror.

Otro menos atrevido y con menos fé que Cristóbal Colon, hubiera cambiado varias veces de rumbo, ya al Norte, ya al Sur, por si á derecha ó á izquierda habia algunas islas; pero no lo hizo así porque tenia seguridad completa de que avanzando siempre hácia Occidente habia de llegar al fin al Este de la India.

El atrevimiento de Cristóbal Colon apenas se concibe.

El dia 20 cambió el viento, soplando de Sudoeste, y muchos pájaros pequeños de los que viven en las arboledas llegaron á los buques por la mañana, cantando y marchándose al anochecer.

La calma de aquellos mares era tambien motivo de terror para los marineros, pues creian que habian de quedar detenidos sin poder avanzar, ni tampoco retroceder, porque casi siempre el viento soplaba de Oriente ó Occidente.

Murmuraban todos, ya no sabia Colon qué hacer para tranquilizar los ánimos.

Empezáronse á ver síntomas de rebelion en los marineros.

Reuniéronse en pequeños grupos, y al fin se atrevieron á acusar al almirante.

Exigian que inmediatamente se retrocediera, diciendo que esto no podia significar cobardía, sinó prudencia, pues habian ido más allá de donde podia concebirse.

Algunos propusieron matar al almirante y volver á España diciendo que él mismo se habia arrojado al mar.

En situacion tan crítica se encontraba el 25 de Setiembre.

Los buques, por la ligereza del viento y la calma del mar, podian ir muy cerca los unos de los otros, y Colon pudo hablar bastante con Mar-

El desengaño produjo profundo abatimiento, y al fin el almirante, ya para satisfacer los deseos de Pinzon, ó por si se habia equivocado, dispuso el 7 de Octubre cambiar el rumbo al Sudoeste-Oeste en direccion en que volaban los pequeños pájaros.

Tres dias siguieron así, encontrando siempre señales de la proximidad de la tierra, como eran los pájaros, y entre ellos un pelícano y un pato, y las yerbas que flotaban estaban frescas y verdes como si se hubiesen acabado de arrancar de la tierra.

Empero como las ilusiones se habian desvanecido tantas veces, ya nada de esto animaba á la chusma, y cuando vieron que el tercer dia tocaba el sol á su ocaso sin haberse descubierto la tierra, volvieron á declararse en rebelion.

Muy difícilmente y arriesgando la vida pudo Cristóbal Colon dominar el alboroto.

Algun historiador, especialmente Oviedo, dice que el almirante pidió un plazo de tres dias para retroceder si no se encontraba la tierra; pero esto no está justificado, ni parece verosímil

si se tiene en cuenta el carácter de Cristóbal Colon.

Afortunadamente las indicaciones de tierra fueron tales al otro dia que ya no podia dudarse.

Además de muchas yerbas, vieron un pez verde, un ramo de espino con sus majuelas coloradas y recientemente arrancado, una caña, una tableta, y por último, recogieron un trozo de madera artificialmente labrado.

Las esperanzas renacieron otra vez.

Cuando anocheció, y despues de rezar, Cristóbal Colon habló á su gente, recordándoles la misericordia divina que los habia favorecido con tiempo tan bonancible, encareciéndoles la necesidad de obedecer las órdenes que habia dado al salir de las islas Canarias para que se navegase al Occidente setecientas leguas.

Suponiendo que tal vez aquella misma noche descubriesen tierra, puso un vigilante en el castillo de proa y prometió regalar un justillo de terciopelo al que descubriese la tierra, además de la pension.

Pasó el siguiente dia.

Por la noche subió Colon al castillo de popa, extendiendo la mirada con afan inconcebible.

A las diez le pareció que veia relumbrar una luz muy lejana.

Temió equivocarse y llamó á Pedro Gutierrez; pero éste creyó ver lo mismo, y Rodrigo Sanchez de Segovia aseguró que tambien habia visto la luz.

A las dos de la mañana resonó un cañonazo disparado en la *Pinta*.

Era la señal de haberse descubierto la tierra.

El feliz descubrimiento acababa de hacerlo un marinero llamado Rodrigo de Triana; pero el premio de la pension se adjudicó despues al almirante, fundándose en que era el primero que habia visto la luz.

No nos atrevemos á decir hasta qué punto fué justa semejante determinacion.

¿Qué sintió y qué pensó Cristóbal Colon en aquellos momentos?

Para comprenderlo hubiera sido menester penetrar en lo más recóndito de su alma.

Acababa de romperse el velo misterioso del Océano, y la gloria de Colon no tendria igual.

Como á dos leguas de distancia veíase la tierra, y acortaron velas, manteniéndose á la capa hasta que amaneciese.

¿Encontrarian algun desierto erial ó algun terreno fértil y habitado?

No es posible concebir la ansiedad conque esperaron el nuevo dia.

CAPITULO XII.

Primer desembarco de Colon en el Nuevo Mundo.

Dia inolvidable, dia de gloria sin igual el viernes 12 de Octubre de 1492.

Cuando los primeros rayos del sol se dejaron ver, pudo Cristóbal Colon contemplar una llanura de algunas leguas de circunferencia, llanura que le pareció un eden.

Espesos bosques de gigantescos arbustos; praderas alfombradas de verde yerba y aromáticas flores; cristalinos arroyos; bellísimas aves con plumaje de variados y vivos colores que cruzaban el espacio ó revoloteaban y gorgeaban entre la espesura, y todos los encantos que puede producir la Naturaleza.

La atmósfera estaba embalsamada, y el horizonte puro y trasparente.

¿Qué más podian desear?

Quedaron absortos, y la tristeza, el desaliento y la desesperacion convirtiéronse en júbilo.

Pudieron ver que muchos séres humanos se acercaban á la orilla para mirar con sorpresa profunda las naves, que debian parecerles grandes mónstruos brotados de las aguas ó aves gigantescas que habian descendido del firmamento.

Los habitantes de la isla estaban completamente desnudos.

Dispuso Colon que se echasen las anclas y se armasen los botes, engalanando el suyo con paños de escarlata.

Armáronse y vistieron sus mejores ropas los marineros.

El almirante tomó el estandarte real, ocupando su lancha, y en las demás se colocaron Martin Alonso Pinzon y Vicente Ibañez y casi todos los individuos de la tripulacion.

Cuando desembarcaron, arrodilláronse y besaron la tierra, dando gracias al Omnipotente.

Dos lágrimas de alegría se escaparon de los ojos de Colon, que desnudando la espada y tremolando el estandarte real, tomó posesion de la isla en nombre de los reyes de España, dándole el nombre de San Salvador.

Los naturales del país habian huido al ver á los extranjeros; pero se acercaron otra vez, contemplando con admiracion aquellos hombres cubiertos con relumbrantes armaduras y vistosos ropajes.

Los que pocas horas antes se habian rebelado contra Colon, los que le habian llamado loco y habian querido arrojarlo al mar, postráronse humildemente, besáronle las manos y le pidieron perdon, mostrándose profundamente respetuosos y sumisos.

Como no recibieron daño alguno, los habitantes de la isla acercáronse al fin á los extranjeros, examinándoles los rostros, cuya blancura les llamaba la atencion, y con no menos curiosidad la barba de que ellos carecian.

Todos eran bien formados, de color cobrizo, de bellas facciones, entre las que eran dignas de

atencion los ojos grandes, rasgados, negros y de mirada viva y penetrante.

Algunos llevaban pintado el rostro, y otros muchos tambien el cuerpo.

Entre ellos habia una jóven de extraordinaria belleza.

Lo mismo Colon que los marineros, mostráronse amables y pacientemente se dejaron examinar por los habitantes de la isla.

Parecian estos de condicion pacífica y suave. No llevaban más armas que largos bastones afilados, que podian hacer las veces de lanzas cortas ó de chuzos con puntas endurecidas al fuego, ó de un trozo de pedernal ó espinas de pescado, pues desconocian completamente el uso del hierro.

El almirante les ofreció algunos collares, cascabeles y otras bagatelas por el estilo que ellos recibian con muestras de regocijo y como si fuesen joyas de valor inestimable, pues creian que los extranjeros bajaban del cielo. En cambio ofrecian loros domesticados, grandes ovillos de algodon y una especie de pan hecho con la raiz de

yuca, ó sea el cazave, pues por este nombre es más conocido en Africa.

No podian entenderse sinó por señas, y como los habitantes de la isla señalaban hácia el Sur, Cristóbal Colon llegó á creer que habia llegado á las islas descritas por Marco Polo, como opuestas al Cathay en el mar de la China.

Aún no habia comprendido que se encontraba en un nuevo continente, y en su opinion, el país que se encontraba al Sur debia ser la famosa isla de Cipango.

Algunos pequeños adornos de oro que aquellas gentes llevaban en las narices ó en las orejas empezaron á excitar la codicia de los marineros, que viéndolo todo á través del prisma de sus deseos, traducian las señales de los habitantes de la isla como si quisiesen decir que hácia el Sur habia un gran rey que se servia de vajillas de oro.

La isla se llamaba por sus naturales Guanahani. Despues los ingleses le han dado el nombre de Cat-Island, ó isla del Gato. Es una de las Lucayas ó de Bahama, que se extienden al Sudoes-

te y Noroeste desde la costa de Florida á la española cubriendo el Norte de la costa de Cuba.

Todo el dia lo pasaron á la agradable sombra de aquella rica vegetacion, y al anochecer volvieron á los bajeles sin que ya les quedase duda de que nada tenian que temer de los habitantes de la isla.

Continuaron al dia siguiente recorriendo aquella parte, y el 14 fueron en los botes á reconocer la isla, dirigiéndose al Noroeste.

Los sencillos habitantes los llamaban para ofrecerles frutas, ó los seguian á nado ó en sus pequeñas canoas hechas de una sola pieza del tronco de un árbol.

Parecióle á Colon que la isla no tenia suficiente importancia para colonizarla, y aquella misma noche dispuso hacerse á la vela con la esperanza de encontrar en las regiones del Sur la famosa isla de Cipango.

Habia hecho embarcar á siete indios para que aprendiesen la lengua castellana y pudieran servir de intérpretes, y dar las noticias de que tanta necesidad tenian los atrevidos viajeros.

Los siete indios no opusieron ninguna resi tencia, sinó que, por el contrario, siguieron á C lon con entusiasmo.

¿Qué rumbo debian seguir?

Esto era lo que hacia dudar al almirante.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



VOLÚMEN NÚM. 95.
DE LA BIBLIOTECA MADRILEÑA.

OBRAS PUBL CADAS.	Ts.	Rs.
POR D. R. ORTEGA Y FRIAS.		
La Cruz de la Ermita. . .	2	3
El Amor de un Angel. . . .	1	1 1|2
Un Drama Negro.	2	3
La Nieta del Comendador. .	2	3
La Palma del Martirio. . .	1	1 1|2
El Angel de la Familia. . . .	1	1 1|2
El Envenenador..	1	1 1|2
POR D. E. LLOFRIU.		
Castigo del Cielo.	1	1 1|2
Heroísmo de una Madre. . .	1	1 1|2
La Madre de los Pobres. . .	2	3
Gloria, Dinero y Mujer. . .	2	3
El Naufragio del Grumete. .	1	1 1|2
Tempestades del Alma. . .	1	1 1|2
Tratado de Física Recreativa.	2	3
¡Maldito dinero!	2	3
POR D. E. HERNANDEZ.		
El Cazador de Tigres. . . .	2	3
La Estrella del Sur.	1	1 1|2
La Perla de la Costa. . . .	2	
Los Aventureros..	1	1 1|2
El Rio de Sangre..	1	1 1|2
La Fuente de las Gracias. .	1	1 1|2
Memorias de un Misionero. .	1	1 1|2
Un Año en Occeanía. . . .	2	4
Don Pedro el Cruel. . . .	2	3
Las Habitaciones Aéreas. . .	2	4
La Dama del Peine de Oro. .	1	1 1|2
Aventuras de un Navegante..	2	3
La Astronomía al alcance de todos.	2	3
Un invierno en Noruega. . .	2	3
Un viaje á la Mongolia. . .	2	3
POR EL CAPITAN BURTON.		
Peregrinacion á la Meca. . .	2	3
Viaje al País de los Mormones	2	3
...R D. VENTURA DE LA VEGA.		
...ías líricas.	2	3
...as íntimas.	1	1 1|2

OBRAS PUBLICADAS.	T...
POR D. A. DE SAN MARTIN.	
El Casamiento de Quevedo. .	
Memorias de un Desenterrado	
El Siglo del Can-can. . . .	
La Tumba de una Hija . .	
El Señor de las Gafas Verdes.	
Locura de Amor	
Los Vampiros del Siglo XIX	
Historia de un Renegado. . .	
QUEVEDO.	
Poesías de don Francisco de Quevedo Villegas.. . . .	
POR M. A. DUMAS.	
Un Gil Blas en California.. .	
Historia de un muerto.—Un baile de máscaras.—El cochero de cabriolé. . . .	
POR D. E. LLORENTE.	
Hazañas de un Solteron. . .	
VARIOS.	
Historia de Bertoldo.. .	
La Conquista de Madrid, por doña E. Feijóo y de Mendoza	
Un Inglés enamorado, arreglo del francés, por D. A. Castilla y Gutierrez.	
Cuentos de Hadas, por madame d'Aulnoy.	
Viajes del capitan Gulliver. .	
Los pieles Rojas, por F. Gerstaecker.	
El Contrabandista, por don Hipólito Castilla.	

VIDA Y VIAJES DE CRISTOBAL COLON.

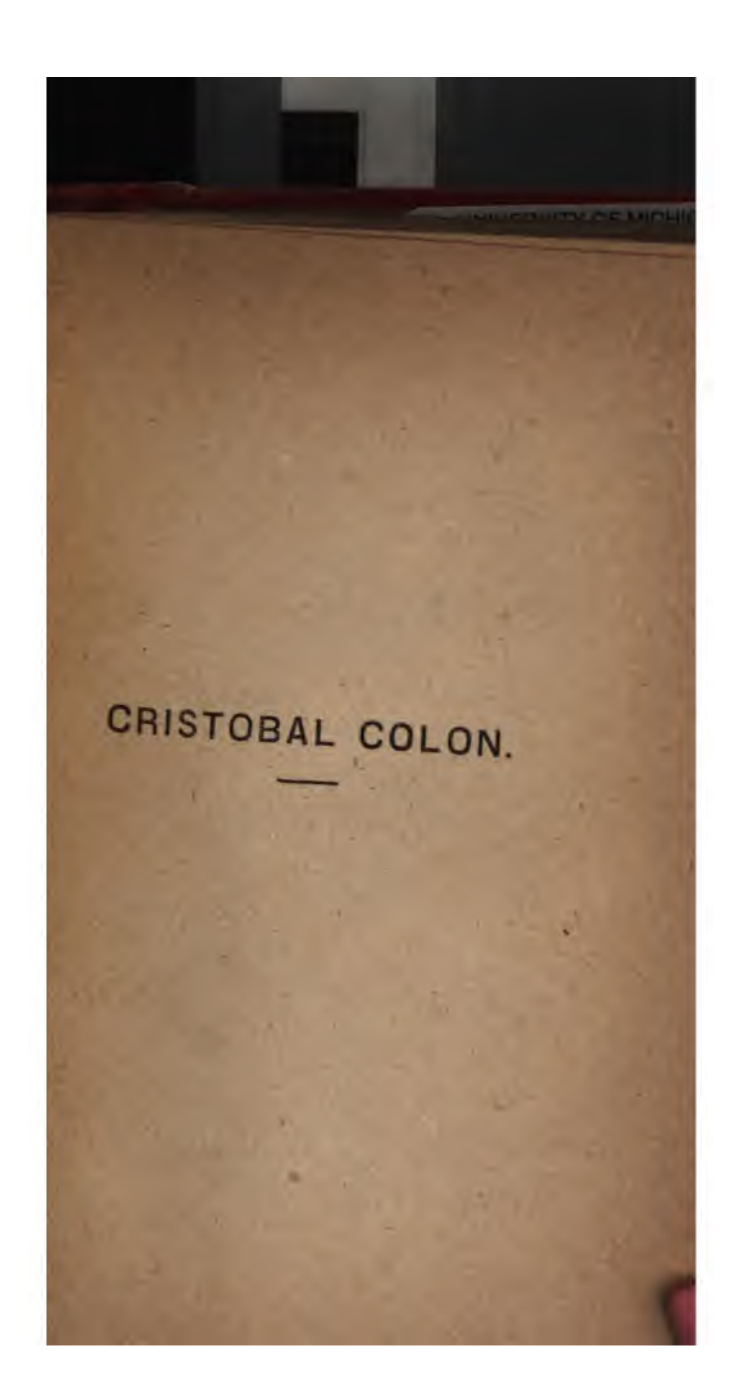
BIBLIOTECA MADRILEÑA.



REAL Y MEDIO CADA TOMO.

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO II.



CRISTOBAL COLON.





Y fué bendecido por el venerable sacerdote.

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

VIDA Y VIAJES

DE

CRISTOBAL COLON.

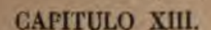
POR

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO II.

MADRID:
Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1874.



CAPITULO XIII.

Las islas de Bahama.—Descubrimiento de Cuba.—Costeo de la misma.

Siempre creyendo Colon que se encontraba en Asia y que habia llegado al archipiélago descrito por Marco Polo, y que se componia de siete mil cuatrocientas cincuenta y ocho islas, abundantes en especias y otros frutos de mucho valor, decidió desembarcar en la mayor de las que divisaban y que parecia encontrarse á unas cinco leguas y era más rica que la de San Salvador, pues segun habian podido entender por las señas de los indios, sus habitantes usaban brazaletes de oro macizo.

Navegaron aquel dia, y al acercarse la noche se mantuvieron á la capa.

A la mañana siguiente desplegaron las velas; pero tampoco pudieron llegar á la isla hasta que se ocultaba el sol, por impedirlo algunas corrientes contrarias.

Desembarcaron, pues, en la mañana del 16, y tomaron posesion, dándole el nombre de Santa María de la Concepcion.

Tuvieron lugar las mismas escenas con los indios.

Los españoles miraban afanosamente buscando los brazaletes de oro y las riquezas que codiciaban; pero nada de esto encontraron.

Volvieron á los buques.

Uno de los indios, al ver que lo alejaban demasiado de su tierra, se arrojó al agua y se refugió en una canoa.

El bote de la carabela lo persiguió inútilmente, y los marineros se apoderaron entonces de otro indio que iba solo en una canoa y llevaba algodon para cambiar por cascabeles.

Queria el almirante inspirar confianza á toda costa, y en vez de retener prisionero al indio, le hizo algunos regalos y lo dejó en libertad.

Esta prudente conducta produjo bien pronto los mejores efectos, pues aquella noche acudieron muchos naturales de las islas, ofreciendo frutas, raices y agua cristalina.

A la mañana siguiente desembarcaron en otra isla á que dieron el nombre de Fernandina, y ahora se llama Exuma.

Sus habitantes eran muy parecidos á los de las otras islas, si bien algunas mujeres llevaban pequeños delantales de algodon: las demás estaban completamente desnudas.

Habitaban en chozas construidas con ramaje bajo el de los gigantescos árboles.

Los lechos eran redes de algodon colgadas por ambos extremos y á los que daban el nombre de hamacas.

Fueron tratados los españoles con el respeto más profundo y agasajados en cuanto era posible á la pobreza y sencillez de aquella gente; pero ni la belleza del paisaje ni el buen trato que recibian era suficiente para satisfacer á los navegantes, que no pensaban más que en los montones de oro que habian esperado encontrar.

El dia 19 dejaron la Fernandina, haciendo rumbo al Sudeste en busca de una isla llamada Saometo, donde creian encontrar una mina de oro y un rey morador en opulenta ciudad.

Encontraron la isla, pero no el oro, ni el monarca, y le pusieron el nombre de la reina Isabel.

Al Sudoeste encontraron abundantes lagos de agua dulce.

En fuerza de hacer preguntas sobre el oro, los indios señalaron hácia el Sur indicando otra isla de gran extension llamada Cuba.

Otra vez creyó el almirante que se trataba de Cipango y resolvió darse inmediatamente á la vela, yendo despues á la llamada Bolúo, de la que hacian los indios maravillosas pinturas, y por último, atravesaria el continente indio, buscaria la ciudad de Quinsay y entregaria las cartas al gran Khan, lo cual prueba que aún no se habia convencido de que se encontraba en un nuevo continente que nada tenia que ver con el Asia.

El 24 de Octubre se dieron á la vela, y el 28 por la mañana se encontraron á la vista de Cuba.

Supónese que la parte que primero descubrió fué la costa Occidental.

Sorprendidos quedaron con la extension de la isla, sus grandes montañas y sus dilatadas llanuras bañadas por caudalosos rios.

En uno de fértiles orillas anclaron, desembarcando y tomando posesion de la isla, á la que dieron el nombre de Juana, y al rio de San Salvador.

Salieron dos canoas con indios; pero huyeron al ver que los extranjeros se acercaban en los botes para sondear el rio y buscar surgidero.

Entraron en dos chozas abandonadas, encontrando algunas redes hechas de fibras de palma, anzuelos y arpones de hueso y un perro de los que ya habian visto en otras islas y que no ladran.

Siguieron navegando rio arriba, siempre encantados ante aquella belleza.

No dudando ya de que se encontraba en Cipango, decidió costear la isla hácia el Occidente, en cuya direccion creia encontrar la ciudad donde habitaba el rey.

Visitó muchos lugares, observando cuidadosamente el interior de las chozas ó casas y encontrando algunos objetos que llamaron mucho su atencion.

Divisaron un cabo, al que llamaron de las Palmas por estar cubierto de arboleda, y es el que forma la entrada oriental de lo que hoy se llama laguna de Moron.

Los intérpretes dijeron á Martin Alonso Pinzon que detrás de aquel cabo habia un rio por el que en cuatro dias podia llegarse á Cubanacan, lugar abundante en oro. Creyeron los españoles que al decir Cubanacan hablaban los indios de Cublay Khan, el soberano tártaro.

En vista de esto, decidió el almirante buscar el rio y enviar un regalo al monarca; pero el rio no se encontró.

El 1.° de Noviembre fueron algunos botes á la playa para visitar las casas; pero los habitantes huyeron. Entonces Colon dispuso que fuese uno de los intérpretes á tranquilizarlos, y hecho así acudieron muchos con grandes cantidades de algodon y otros artículos de poca importancia.

Para excitar á los naturales á buscar el oro, prohibió el almirante que se comerciase con otra cosa que con este metal.

Por las noticias que daban entendió Colon que á unas cuatro leguas vivia el rey, y dispuso enviarle mensajeros.

Para esto designó á Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, que debian ir acompañados de dos indios, el uno natural de Guanahaní, y el otro de las orillas de aquel rio.

El viaje no dió el resultado que se deseaba.

El 6 de Noviembre volvieron los mensajeros. Habian llegado á una poblacion bastante grande, pues segun calculaban no tendria menos de mil habitantes. Fueron muy bien recibidos, mirados con sorpresa y respeto, y nada más.

Determinaron continuar el viaje.

Muchos indios querian acompañarlos, porque creian firmemente que aquellos buques con sus grandes velas habian de remontarse al cielo; pero no llevaron más que á uno de los principales con su hijo.

En aquella expedicion conocieron el tabaco.

Vieron que muchos indios enrollaban las hojas de una yerba formando como un canuto, encendiéndolo por un extremo y poniendo el otro en la boca para chupar.

Empezaban á desvanecerse las ilusiones de Cristóbal Colon; pero otras nuevas lo deslumbraron.

Mientras los mensajeros iban en busca de la ciudad soñada, dijéronle á Colon que al Oriente habia un sitio donde por la noche y á la luz de las antorchas se recogia oro, con el que hacian barras.

Suponiendo que se encontraba en la costa oriental del Asia, y como se acercaba el invierno, determinó el almirante tomar la vuelta del Sudeste donde creia encontrar una isla civilizada.

Tomó á bordo algunos indios más de ambos sexos con el fin de instruirlos y que además de servir de intérpretes pudieran luego extender entre los suyos las ideas religiosas.

Colon suponia que aquella gente no profesaba ninguna religion. Tambien sobre este punto se equivocaba.

El 12 de Noviembre tomó el almirante el rumbo que habia determinado para retrogradar en direccion de la costa.

Ya habia entrado bastante en el canal, ó sea entre las islas de Cuba y las Lucayas, y por pocos dias de diferencia no tuvo ocasion de convencerse de que se habia equivocado al creer que la isla de Cuba era un gran continente.

CAPITULO XIV.

Viaje en busca de la supuesta isla de Babeque.—Desercion de la «Pinta.»—Descubrimiento de la isla Española.

A lo largo de la costa navegaron dos ó tres dias sin descubrir ninguna poblacion de importancia, haciendo luego rumbo hácia Oriente con esperanza de llegar á la soñada Babeque; pero las corrientes de aire los obligaron á volver, llegando á un puerto seguro que llamaron Príncipe.

Exploraron algunas pequeñas islas que son conocidas con el nombre de Jardin del Rey.

El dia 19 se dieron otra vez á la vela tomando hácia Nordeste, llegando otra vez á dar vista á la isla Isabela y á la de Guanahaní.

Como el viento continuaba contrario, deter-

mino Colon volver á Cuba, haciendo señales para que lo siguiese la *Pinta*, que era la carabela mandada por Martin Alonso Pinzon.

Cerró la noche sin que la *Pinta* obedeciese, y al amanecer se vió que habia desaparecido.

No podia dudarse de que Pinzon habia querido disponer por su cuenta y sin reconocer la autoridad del almirante.

Así era la verdad, pues Martin Alonso Pinzon, dando oidos á uno de los indios que llevaba á bordo de su carabela, creyó que podria llegar á una region muy abundante en riqueza.

El 24 de Noviembre dobló otra vez Colon el cabo de Cuba y ancló en un puerto que llamó de Santa Catalina y que estaba formado por la embocadura de un rio en cuyo lecho encontraron piedras con vena de oro.

El 5 de Diciembre llegó al término oriental de Cuba, dudando entonces en cuanto al rumbo que debia seguir.

Habia distinguido al Sudeste otra tierra, que al verla los indios, exclamaron:

—¡Bohío!

Esta palabra significaba para Colon que aquel territorio era abundante en oro.

Los vientos no los favorecian; pero determinó Colon dirigirse hácia la nueva isla, adonde llegó dos dias despues, pudiendo contemplar grandes y escarpadas montañas, que se elevaban entre magníficas florestas y verdes llanuras.

Debia estar muy poblada aquella tierra, y así lo deducian de las muchas columnas de humo que veian ascender de puntos distintos.

Entusiasmáronse los viajeros.

La isla era Haiti, que efectivamente es tal vez la más hermosa porcion de tierra del mundo.

El dia 6 desembarcaron.

Los naturales habian huido.

Dieron al puerto, que está al extremo Occidental de la isla, el nombre de San Nicolás.

El dia 7 siguieron costeando hácia el Norte, descubriendo nuevas montañas y un fértil valle que corria hácia el interior y parecia muy bien cultivado.

La costa abundaba en peces, y con facilidad cogieron muchos.

Les pareció que el canto de algunos pájaros era igual al del ruiseñor y que encontraban semejanza en muchos detalles con los de la risueña Andalucía, razon por la cual dieron á la isla el nombre de Española.

No podian entablar relaciones con los naturales, porque habian abandonado la costa.

El dia 12 tres marineros vieron muchos indios, que huyeron presurosamente, pero persiguiéndolos consiguieron apoderarse de una jóven de extraordinaria belleza.

Estaba completamente desnuda, lo cual era una prueba de que no se encontraban en un país tan civilizado como habian creido; pero llevaba en la nariz un adorno de oro, que hizo concebir esperanzas de que en la isla abundase esta clase de metal.

Temblaba la jóven; pero se tranquilizó, pues el almirante la trató muy cariñosamente, poniéndola algunas ropas, collares y otros adornos y enviándola á tierra en compañía de algunos marineros y de tres intérpretes indios.

Quedó ella muy complacida.

Al dia siguiente dispuso Colon que algunos marineros bien armados y valerosos fuesen á la poblacion donde habitaba la jóven y que distaba como unas cuatro leguas y estaba situada en un hermoso valle á la orilla de un rio.

Aunque la poblacion habia sido abandonada, despues de las explicaciones tranquilizadoras de los intérpretes, volvieron como unos dos mil de sus habitantes, que eran más blancos y mejor formados que los de las otras islas.

Ofrecieron cuanto poseian.

Volvieron los españoles maravillados, aunque siempre echaban de menos el oro que con tanto afan buscaban.

Los habitantes de la isla, segun parece, disfrutaban la dicha de lo que pudiera llamarse estado natural y no conocian esas necesidades que nos ha creado la civilizacion.

La tierra les daba, sin necesidad de cultivo, sobra de frutos.

Segun lo que Colon dice de aquellos isleños no podian ser de sentimientos más nobles ni más *dulce* carácter; hé aquí lo que entre otras cosas,

decia Colon en una carta á Luis de Santangel, hablándole de los habitantes de la isla Española:

«Se hallan tan desprovistos de toda astucia y son tan pródigos de lo que poseen, que es imposible, sin cerciorarse personalmente, tener una idea de su sencillez y su generosidad. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen que no, antes convidan á la persona con ello, y muestran tanto amor, que darian los corazones, y cuando en pago de sus dones se les da cualquiera, ya precioso ó ya insignificante, se dan por contentos y satisfechos. En todas estas islas me parece que todos los hombres están contentos con una mujer, y á su mayoral ó rey dan hasta veinte. Las mujeres me parece que trabajan más que los hombres: ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que uno tenia, todos hacian parte, en especial de las cosas que forman las primeras necesidades.»

La descripcion más seductora es la que hace Pedro Mártir, pues nos pinta un pueblo absolutamente dichoso, diciendo que la tierra es tan

comun como el sol, que son muy pocas las necesidades que tienen, y que allí no se conoce el tuyo y el mio.

¿Puede aspirar á otra cosa la criatura?

Si fueron grandes los beneficios que al continente americano llevamos con la religion, no nos atreveríamos á decir otro tanto en punto á la civilizacion moderna.

Los atrevidos viajeros continuaban buscando inútilmente el oro, las perlas y las piedras preciosas, así como el almirante no desistia de su intento de buscar la isla de Babeque y las suntuosas ciudades descritas por Marco Polo y otros á quienes pudiéramos calificar de soñadores.

Apenas empezó á cambiar el tiempo favorablemente, Cristóbal Colon preparóse para continuar sus viajes, creyendo firmemente que habia de encontrar las poblaciones y las riquezas que buscaba.

Diéronse á la vela el 14 de Diciembre; pero no pudieron seguir el rumbo que se habian propuesto por estorbárselo vientos contrarios.

CAPITULO XV.

Costeo de la Española.—Naufragio.—El cacique Guacanagarí.—Fortaleza de la Navidad.—Salida de Colon para España.

Visitaron una isla frente á la de la Concepcion á la que dieron el nombre de isla de las Tortugas, por la abundancia de estas que allí encontraron.

Sus habitantes huyeron á las montañas.

El 16 de Diciembre hicieron otra vez rumbo á la Española.

Continuaron entablando relaciones amistosas, inspiraron confianza y fueron visitados por muchos isleños y por un cacique jóven y muy respetado de los suyos que lo llevaban en una especie de litera.

Seguido de dos ancianos entró en el buque y

fué recibido por Colon con toda clase de consideraciones.

Se le obsequió con algunos manjares y despues ofreció al almirante un tahalí preciosamente labrado y dos piezas de oro.

Cristóbal Colon le dió un trozo de tela, varias cuentas de ámbar, unos zapatos de color y un frasco de agua de azahar, enseñándole las monedas españolas para hacerle fijarse en los bustos en ellas grabados, hablándole del poderío de aquellos monarcas.

Uno de los ancianos consejeros del cacique le dijo á Colon que muy pronto llegarian á las islas en que abundaban preciosos minerales.

El dia 19 se dieron á la vela, y el 20 anclaron en un puerto al que llamaron Santo Tomás y que debe ser el que hoy se conoce con el nombre de Acul.

Acudieron muchos habitantes de aquella comarca, que ofrecian cuanto poseian y particularmente sus adornos de oro, porque habian advertido que era lo que más codiciaban los marineros.

Tambien se presentaron algunos caciques, invitando á Colon para que visitase sus poblaciones, y el dia 22 fueron muchos indios enviados por el gran cacique Guacanagarí, jefe de toda aquella parte de la isla.

Entregaron á Colon un ancho tahalí muy bien labrado, y una máscara de madera, con los ojos, nariz y lengua de oro, mostrando el deseo de que los extranjeros aproximasen sus buques á los dominios de aquel cacique, situados más al Oriente.

El viento impedia hacerlo así y el almirante envió al escribano de la escuadra con algunos marineros.

Guacanagarí residia en una poblacion bastante grande y que se levantaba á orillas del rio que entonces se llamó Punta Santa, y hoy Punta Honorata.

El cacique los recibió muy bien, les hizo muchos regalos y recibieron con regocijo cuanto los españoles les daban.

Habláronles de cierta region hácia Oriente llamada por ellos Cibao, y Cristóbal Colon, siempre

haciéndose ilusiones y pensando en la descripcion de Marco Polo, creyó que la palabra Cibao era una corrupcion de Cipango.

Dióse á la vela el 24 por la mañana, tomando el rumbo de Oriente y con intencion de anclar en el puerto del cacique Guacanagarí.

El viento era muy flojo y apenas avanzaban.

Llegó la noche, y Cristóbal Colon, aunque siempre vigilante, muy fatigado se retiró á descansar.

Entonces el timonel confió su puesto á un grumete que tambien se durmió, haciendo los marineros lo mismo.

Entretanto las corrientes de aquellas costas arrastraron el buque con rapidez á un banco de arena.

El grumete empezó á gritar al sentir el ruido de las aguas que se agitaban violentamente alrededor del barco.

Acudió Colon y tambien los marineros medio dormidos.

Dispúsose que el patron y algunos marineros

llevasen en el bote un ancla fuera de la popa, intentando así sacar el bajel; pero aturdidos aún, en vez de cumplir esta órden, dirigiéronse á la otra carabela, donde no quisieron admitirlos, acusándolos de cobardes.

Los de la otra carabela acudieron en seguida en socorro del almirante; pero ya no era tiempo, porque el casco del buque estaba abierto y la quilla enclavada en la arena.

Cristóbal Colon refugióse en la otra carabela.

Enviaron un mensaje al cacique, participándole la desgracia.

Dió Guacanagarí muestras de gran afliccion é inmediatamente envió á sus vasallos con cuantas canoas poseian, siendo tan eficaz su ayuda, que en poco tiempo descargaron el buque.

El dia 26 fué el mismo Guacanagarí á visitar al almirante, y viéndolo abatido, derramó lágrimas y le ofreció cuanto poseia.

Mientras hablaban llegó una canoa con indios que ofrecieron piezas de oro en cambio de cascabeles, que era lo que más estimaban.

En lá playa otros marineros encontraron in-

dios que les ofrecian respetables cantidades de oro á cambio de bagatelas que apenas tenian valor.

Cuando el cacique se convenció de que el oro agradaba tanto á los extranjeros, dijo que abundaba en un lugar no lejano y al que daba, lo mismo que otras veces, el nombre de Cibao.

Cada dia les llevaban á los españoles mayores cantidades de oro, y los obsequiaban constantemente.

Los marineros encontraban muy agradable aquella vida, y muchos desearon permanecer allí, diciéndole al almirante que no podian ir todos en una sola carabela.

Esto hizo reflexionar á Cristóbal Colon, decidiendo dar principio á la fundacion de una colonia.

Con los restos del buque destrozado podian construir un fuerte, donde colocarian los cañones que no necesitaban ni podian llevarse, dejando tambien provisiones para la guarnicion que allí se quedara, y que debia ocuparse en explorar el país, reconocer los manantiales de riqueza y

aprender el idioma mientras el almirante volvia á España para dar cuenta de su viaje y volver con nuevas fuerzas.

Púsose en práctica este plan, eligióse sitio y se prepararon para levantar una torre.

Los isleños, creyendo que los españoles se quedaban allí para defenderlos de los ataques de los caribes, ayudaron todos á la edificacion de la fortaleza sin que les ocurriese sospechar que así ellos mismos labraban el pesado yugo de su esclavitud.

Pocos dias despues llegó la noticia de que la carabela *Pinta* habia anclado en un rio al extremo oriental de la isla.

Colon envió inmediatamente una canoa con indios y un marinero que llevaba una carta para Pinzon, carta suave y conciliadora, pero en la que se daba la órden de que la *Pinta* se reuniera inmediatamente al otro buque.

Despues de tres dias volvió la canoa sin haber encontrado á la *Pinta*.

Terminada la fortaleza, dióle Colon, así como al puerto y á la poblacion, el nombre de la *Navi-*

dad, en memoria de haber escapado del naufragio en dia de Pascua.

Eligió treinta hombres de los de mejor conducta, poniéndolos bajo las órdenes de Diego de Arana, y dejándoles cuantos recursos podian necesitar.

Encargóles que respetasen al cacique y á todos los indios para no hacerse odiosos, y les recomendó que siempre estuviesen juntos y no fuesen más allá de los territorios de Guacanagarí.

El dia 2 de Enero de 1493 desembarcó el almirante para despedirse del cacique.

La carabela debia levar anclas el dia 3; pero no lo hizo hasta el 4.

La despedida habia sido muy tierna.

El pequeño buque se deslizó sobre la líquida superficie y desapareció haciendo rumbo hácia Oriente.

CAPITULO XVI.

Encuentro con Pinzon.—Lucha con los indios de la bahía de Samaná.

Siguieron hácia un promontorio cubierto de árboles y que formaba como una isla unida á la Española por una garganta de tierra muy baja.

A este promontorio dió Cristóbal Colon el nombre de Monte-Christi.

El dia 6 continuaron y doblaron el cabo, navegando como unas diez leguas.

Un marinero dió aviso de que divisaba la *Pinta*, y esta acudió inmediatamente, volviendo los dos buques á la bahía de Monte-Christi, porque los vientos eran contrarios.

Hizo Pinzon todo lo posible para justificar su conducta, y queriendo evitar conflictos, fueron sus excusas aceptadas como buenas por Colon.

Despues de vagar por entre algunas pequeñas islas, habia llegado Pinzon á la Española, donde permaneció tres semanas comerciando con los naturales, y reuniendo gran cantidad de oro del que se reservó la mitad como jefe del buque, repartiendo la otra mitad entre los marineros.

Hubiera querido el almirante continuar la exploracion de aquellas costas; pero ya no tenia confianza en Pinzon.

El dia 9 continuaron el viaje, llegando al rio donde habia estado anclada la *Pinta* y obligando á Pinzon á que restituyese á sus familias cuatro hombres y dos niñas de que se habia apoderado.

Siguieron costeando la isla, llegaron al cabo que se llamó del Enamorado y ahora del Cabron, y algo más allá surgieron en una dilatada bahía ó más bien un golfo de tres leguas de ancho y que se extiende mucho tierra adentro.

Desembarcaron y bien pronto vieron que los habitantes de aquel lugar no se parecian en nada

á los que hasta entonces habian visto, pues eran de aspecto feroz.

Llevaban el cuerpo pintado, los cabellos sujetos á la parte posterior de la cabeza, y ésta adornada con plumas de vivos colores.

Todos iban armados con flechas, clavas y espadas hechas de madera de palma tan dura y pesada como el hierro.

Sin embargo, no molestaban á los españoles, les vendieron algunos arcos y flechas, y uno de los indios condescendió en pasar á bordo de la carabela del almirante.

Este le hizo muchas preguntas, y el salvaje habló de una isla, que llamaba Mautimino, y que, segun entendió Colon, estaba poblada solo de mujeres, que recibian entre ellas á los hombres una vez al año con el objeto que no se extinguiese la raza. Los hijos varones eran enviados á sus padres, quedándose con las hembras.

Al acercarse á tierra el bote, más de cincuenta salvajes corrieron hácia la arboleda; pero bien pronto se tranquilizaron con las explicaciones que les dió el que habia hablado con el almirante.

Acercáronse entonces; pero bien pronto, desconfiando ó dejándose arrebatar por sus instintos feroces, corrieron en busca de sus armas y se lanzaron sobre los españoles, llevando cuerdas para atarlos.

Recibieron una dura leccion, quedando algunos muertos ó heridos, y huyendo todos espantados.

Esta fué la primera vez que se vertió por los europeos la sangre de los naturales del Nuevo Mundo.

Pertenecian á la tribu de los ciguayanos que ocupaban un distrito montañoso á lo largo de la costa y hácia el interior.

Al dia siguiente volvieron á presentarse como si nada hubiera sucedido, y el cacique visitó tambien al almirante, todo lo cual probaba que eran tan generosos y nobles como atrevidos.

El dia 16 salieron los españoles de la bahía, á la que dieron el nombre de Golfo de las Flechas, aunque hoy se le conoce únicamente por el de Samaná.

Tomaron el rumbo del Nordeste, creyendo en-

contrar la isla de los caribes y la de Mantinino habitada por mujeres.

No se atrevió, sin embargo, á continuar, porque los marineros deseaban ya volver á su pátria, y fué preciso que hiciesen rumbo á Europa.

Nada perdieron por no buscar lo que no existia.

Los seguiremos.

CAPITULO XVII.

Tempestades.—Llegada á las islas Azores.—Proceder del gobernador Juan Castañeda.

La favorable brisa se disipó, y lo restante de Enero lo pasaron con ligeros vientos de Oriente.

A principios de Febrero el viento les fué más favorable.

El dia 12 empezaron las olas á agitarse con violencia, soplando el viento fuertemente, y al otro dia, al ponerse el sol, se desencadenó la tempestad.

Los dos pequeños buques eran llevados en distintas direcciones por el oleaje.

Continuaron así el 14, y la *Pinta* desapareció.

El dia 15 no fué más venturoso.

El almirante y los marineros hicieron voto de ir en peregrinacion á la capilla de Santa María de Guadalupe y llevando un cirio de cinco libras.

La situacion no podia ser más angustiosa.

Si el buque se sumergia todo se habia perdido, porque no llegaria á España la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Lo que sufrió el almirante no puede concebirse, y sus angustias se revelan en una carta dirigida á los reyes y en la que dice:

«Hubiera llevado mi mala fortuna con más conformidad si solo mi persona hubiese estado en peligro, así porque soy deudor de la vida al sumo Criador, como porque otras veces me he hallado tan vecino á la muerte, que el menor paso era el último que bastaba para padecerla; pero lo que me ocasionaba infinito dolor y afan, era considerar que, así como Nuestro Señor fué servido de iluminarme con la fé y la certidumbre de esta empresa en que yo habia conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habian de quedar convencidos, y vuestras altezas servidos de

mí con gloria y aumento de su alto estado, quiere su Divina Majestad estorbarlo todo con mi muerte, y seria más tolerable cuando no fuese acompañada de la gente que traigo conmigo, con promesas de próspero suceso, la cual, viéndome en tanta afliccion, no solo maldecia su venida, sinó es el miedo ó el freno que les pusiesen mis palabras para no volver atrás, como estuvieron resueltos á hacerlo muchas veces; y sobre todo esto me doblaba el dolor la representacion de mis dos hijos, que habia dejado en Córdoba, en el estudio, destituidos de socorro en tierra extraña sin haber sabido que hubiese hecho servicio por el cual creyese que vuestras altezas tuviesen memoria de ellos.»

No, no le apenaba á Colon la pérdida de la vida, sinó la del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Era verdaderamente horrible que se perdiese en un dia el fruto de tantos años de afanes y sacrificios.

Escribió en pergamino una sucinta relacion de sus viajes y descubrimientos, envolviéndolo en

hule y encerrándolo en un barril vacío, prometiendo en el sobre del paquete una recompensa de mil escudos al que lo presentase sin abrirlo á los reyes de España.

Algo más tranquilo despues de haber adoptado estas precauciones, esperó confiando en la misericordia divina.

Al rayar el dia 15, el marinero Ruy García dió el grito de tierra.

Reanimáronse los abatidos espíritus.

Creian unos que se encontraban á la vista de la isla de Madeira, otros cerca de Lisboa, y muchos frente á las costas de España; pero el almirante opinaba que la tierra que se descubria era una de las islas Azores.

No se equivocaba.

El viento le era contrario, y estuvieron dos dias virando á vista de la isla hasta que en la tarde del 17 pudieron anclar; pero no pudiendo resistir el cable, les fué preciso alejarse otra vez de tierra.

Cuando les fué posible enviar el bote á tierra, supieron que se encontraban en la isla de Santa

María, la más al Sur de las Azores y del dominio de Portugal.

Al saber sus habitantes que el buque habia atravesado el Océano y descubierto un nuevo país, fué tal la sorpresa y la curiosidad, que obligaron á quedar en tierra á tres de los marineros para que les refiriese las particularidades de aquel viaje.

Los de la carabela recibieron algunas provisiones, y el gobernador de las islas felicitó á Colon.

Desembarcó la mitad de la gente, yendo todos descalzos y en procesion á una capilla dedicada á la Vírgen y situada en la playa.

Con fervor rezaban los marineros, dando gracias al Omnipotente cuando el populacho de la cercana villa, á pié y á caballo y con el gobernador á la cabeza rodeó el santuario, haciéndolos á todos prisioneros.

Así fueron recibidos por los hombres civilizados.

No pudo apercibirse Colon de esta desgracia, y á las once y viendo que los marineros no vol-

vian, se dirigió á otro sitio desde donde pudiera ver la capilla.

Distinguió gente armada y algunos que se apoderaron del bote, dirigiéndose á la carabela.

Recordó entonces el almirante el ódio con que lo miraban los portugueses, y dispuso que se armasen los marineros.

El gobernador iba en el bote, y despues de pedir que se le asegurase que no se atentaria contra su persona, disponíase á pasar á bordo de la carabela; pero los portugueses, desconfiando, se mantuvieron á buena distancia.

Indignado Colon le echó en cara al gobernador la fealdad de su conducta, siendo sus palabras contestadas con nuevos insultos.

Volvió el bote á la playa.

No sabia Colon qué determinacion adoptar.

Al dia siguiente se agitaron nuevamente las olas, arrebatando del surgidero la carabela y teniendo que dirigirse á la isla de San Miguel.

Dos dias lucharon con todas las contrariedades de los elementos, contrariedades doblemente

temibles, porque los marineros más útiles eran los que habian quedado prisioneros.

Algo se aplacó el temporal el dia 22, y decidió el almirante anclar en Santa María.

Poco despues se presentó un bote con dos eclesiásticos y un escribano, que despues de adoptar muchas precauciones, pidieron examinar los papeles de Colon y le aseguraron que el gobernador Castañeda estaba dispuesto á facilitarle cuantos auxilios necesitara.

A la mañana siguiente quedaron en libertad los marineros.

Habian estos recogido informes y sabido que el rey de Portugal habia dispuesto que se apoderasen de Colon donde quiera que lo encontrasen.

El monarca portugués estaba celoso, y su despecho le hizo cometer este abuso.

Con malos auspicios regresaba Cristóbal Colon al antiguo mundo.



CAPITULO XVIII.

Llega Colon á Portugal.—Visita al rey don Juan.—Odios contra Colon.—Vuelve á Palos.—Su viaje á Barcelona.—Recibimiento hecho por los reyes.

El dia 24 de Febrero se alejó el almirante de la isla de Santa María, y hasta el 27 lo favoreció el tiempo, haciéndole creer que con toda felicidad llegarian á las costas de España; pero la tempestad se desencadenó, y á todas horas la carabela vióse en peligro de sumergirse en el Océano.

Así continuaron uno y otro dia.

Era muy triste morir precisamente cuando habia triunfado y se encontraban tan cercanos á la española costa.

Por fin al amanecer del dia 4 de Marzo se encontraron frente á la roca de Cintra, á la entrada del Tajo y pudieron anclar frente á Rastelló, cu-

yos habitantes, que habian observado el peligro que corria el pequeño buque, acudieron á felicitar á los tripulantes.

Apenas aquellas gentes supieron que la carabela regresaba de un mundo hasta entonces desconocido, excitóse la pública curiosidad, y el almirante fué objeto de toda clase de atenciones.

El primer cuidado de Colon fué expedir un correo á los soberanos de España, y escribió tambien al rey de Portugal, que estaba en Valparaiso, pidiéndole licencia para ir con su buque á Lisboa, y asegurándole que no habia estado en las costas de Guinea ni en ninguna otra colonia portuguesa, sinó en los confines de la India.

El 8 de Marzo don Martin de Noroña llevó á Colon una carta del rey Juan, que se mostraba muy complacido, aunque en realidad continuaba devorado por los celos.

Fué Colon á Valparaiso y el monarca portugués lo recibió con toda clase de consideraciones, haciéndole muchas preguntas sobre el viaje y los descubrimientos, mostrando algunas dudas de

que las tierras de que Colon hablaba pudiesen pertenecer de derecho á la corona de Portugal, por estar comprendidas en la bula pontificia en que á esta nacion se la declaraba soberana de las tierras que se descubriesen desde el cabo Neon á las Indias.

Toda clase de razonamientos empleó el almirante para disipar las sospechas del rey; pero los cortesanos, envidiosos tambien y siempre aduladores, dijeron ál monarca que Colon merecia un terrible castigo, ya porque no podia ser verdad lo que aseguraba, así como por el orgullo insensato con que hablaba de sus descubrimientos, no faltando quien aconsejase asesinarlo.

Hay que tener en cuenta que el rey Juan habia rechazado los ofrecimientos de Colon, y se sintió despechado al tener la prueba de que fácilmente habia podido acrecentar su poder y su gloria, dejando perder la ocasion.

Los nobles sentimientos de don Juan II triunfaron al fin, y el almirante quedó en completa libertad y fué muy obsequiado.

No quiso continuar el viaje por tierra, aun-

que se le ofrecieron caballos y escolta, y dándose á la vela el dia 3, llegó á la barra de Saltes al amanecer del 15, y entró al medio dia en el puerto de Palos.

De allí habia salido el 3 de Agosto, y allí volvia triunfante despues de unos siete meses.

Pusiéronse en conmocion los habitantes de la pequeña poblacion.

Habian creido que los atrevidos viajeros no volverian, y por lo mismo que no se les esperaba, fué mayor el júbilo.

Resonaron las campanas, cerráronse las tiendas y la multitud corrió á saludar al almirante, yendo en procesion hasta la iglesia para dar gracias al Omnipotente.

Los que antes habian mirado á Colon con desden, los que habian creido que era un visionario ó un explotador de mala fé, lo contemplaron con respeto profundo.

Allí se habia presentado pidiendo una limosna, y algunos años despues el mendigo era un héroe, cuya gloria no tiene igual.

Envió nuevos correos á los reyes, que estaban

en Barcelona, y salió para Sevilla á esperar órdenes, llevando seis de los indios.

Uno de estos habia muerto, y tres quedaron enfermos en Palos.

Mientras Colon recibia las ovaciones de los habitantes de la poblacion, la *Pinta* entró en el puerto mandada por Martin Alonso Pinzon.

Debió éste sufrir mucho, porque creia que Colon habia perecido y que para él sería toda la gloria de aquella empresa; pero el Omnipotente lo dispuso de otro modo.

No quiso Pinzon ver al almirante, y entrando en su bote, se trasladó á tierra y se ocultó en su casa, ya porque temiese que entonces se castigara su desobediencia, ya porque se avergonzase.

No hay que quitar á Pinzon la parte de gloria que le corresponde en el descubrimiento del Nuevo Mundo, pues ya digimos que habia sido uno de los pocos que con entusiasmo habian acogido el proyecto, y que para realizarlo habia ofrecido toda su fortuna y su influencia.

En Sevilla recibió el almirante la órden de trasladarse á Barcelona.

Los reyes lo felicitaban con las más lisongeras frases, y le encargaban que empezase á tomar las medidas que creyese convenientes para armar una nueva escuadra y hacer otro viaje en condiciones más ventajosas.

Esto era cuanto deseaba Colon.

La noticia de los descubrimientos habia cundido con rapidez, y en todas las poblaciones por donde pasaba, fué Cristóbal Colon recibido con un entusiasmo indescriptible.

Llegó á Barcelona á mediados de Abril.

Su entrada en aquella ciudad á nada puede compararse.

En las calles se apiñaba la multitud, y en las ventanas, balcones y hasta en los tejados veíanse los espectadores ansiosos de contemplar al héroe de aquella fiesta.

Llegó el almirante á presencia de los monarcas, que se pusieron en pié, arrodillóse y les pidió la mano para besarla; pero ellos no quisieron aceptar de tan gran hombre esta muestra de vasallaje, y haciéndole levantar y dirigiéndole palabras cariñosas, mandáronle que tomase asiento,

lo cual era entonces distincion que solo hubiera merecido un príncipe.

Hizo Colon el relato de su viaje, describiendo con entusiasmo y vivos colores el territorio que habia descubierto, presentando despues á los indios, las aves, las muestras de frutos y metales preciosos.

Fué escuchado con atencion profunda y con admiracion.

Concluido el relato, arrodilláronse los reyes y todos hicieron lo mismo, entonándose entonces con el acompañamiento de la música el *Te Deum laudamus*.

Por muchas mejillas corrió el llanto.

El acto era solemne y conmovedor.

Retiróse el almirante á su alojamiento acompañado de la córte y aclamado en todas partes por la multitud.

Otra vez volvió á pensar en su piadoso proyecto de rescatar el Santo Sepulcro, haciendo voto de armar en el término de siete años un ejército de cuatro mil caballos y cincuenta mil peones, y otra fuerza igual en los cinco años sucesivos.

Preciso es no olvidar que la realizacion de esta empresa era quizás el móvil principal de todos los sacrificios que hizo Cristóbal Colon, lo cual prueba la grandeza y elevacion de sus miras, pues antes que á ser dueño de grandes riquezas atendia al rescate del Santo Sepulcro, empresa que inflamaba entonces el ánimo de los varones más ilustres.

CAPITULO XIX.

Colon en Barcelona.—Bula pontificia.—Preparativos para el segundo viaje.—Alonso de Ojeda.—Salida de Colon.—Descubrimiento de las islas caribes.—Dominica y Marigalante.

La noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo extendióse por el antiguo y fué recibida por todos con admiracion, y juzgando algunos que el suceso tenia más de divino que de humano.

Era Colon en Barcelona y por parte de los poderosos objeto de toda clase de atenciones y aun de adulaciones.

El primer cuidado de los reyes fué enviar embajadores á la córte pontificia, solicitando una bula que les reconociese el derecho de soberanía en los territorios que acababan de descubrirse.

Acababa de subir al trono el célebre Alejandro VI, á quien los historiadores acusan de vicios y crímenes que apenas pueden concebirse. Suponíase que estaba bien dispuesto en favor del rey Fernando, puesto que Alejandro VI era natural de Valencia, y por consiguiente habia sido súbdito de la corona de Aragon; pero era al mismo tiempo muy astuto y hábil diplomático, y por consiguiente los monarcas cuidáronse de hacerle comprender con disimuladas frases que estaban dispuestos á continuar posesionados del Nuevo Mundo aun sin la aprobacion de la Santa Sede.

Afortunadamente al descubrimiento no se le habia dado todavía su verdadera importancia, pues nadie habia sospechado que se trataba de una nueva parte del mundo, sinó que seguia creyéndose que eran los confines orientales del Asia, y esto contribuyó mucho á que en 2 de Mayo de 1493 se expidiese la bula con los mismos derechos, privilegios é indulgencias que se habian concedido á la corona de Portugal.

Los soberanos españoles empezaron á ocuparse de los preparativos para una nueva expedicion,

y á fin de que todo se hiciese con regularidad, dieron el encargo en calidad de superintendente á Juan Rodriguez de Fonseca, arcediano de Sevilla y despues patriarca de las Indias.

Era el arcediano hombre maligno y muy aficionado á los asuntos mundanales, segun asegurá hasta el mismo Las Casas, y segun pudo verse despues.

Se le asociaron como tesorero Francisco Pinelo, y como contador Juan de Soria, que merecian toda su confianza.

Situáronse en Sevilla, estableciendo además en Cádiz una aduana para todo lo tocante á la navegacion.

Nadie podia ir á establecerse en el Nuevo Mundo sin licencia de los soberanos, de Colon ó de Fonseca.

Semejante prohibicion estaba en armonía con las ideas de aquel tiempo y ejerció gran influencia para que el comercio no pudiera extenderse como convenia.

A Colon y á Fonseca se les autorizó para fletar los buques que creyesen convenientes, y para

tomarlos por fuerza á sus dueños si rehusaban venderlos por el precio que se creyese justo.

Hechos los preparativos, salio Cristóbal Colon el 28 de Mayo de Barcelona.

Entretanto el rey, receloso de que don Juan II intentara adelantarse con alguna expedicion, lo entretenia con negociaciones diplomáticas, dando una y otra prueba de su astucia y habilidad.

Muy curiosos son los detalles de aquella lucha de ingénio; pero no los damos á conocer porque no caben en los límites de este libro.

Recibió Colon órdenes para que apresurase su partida.

No necesitaba excitaciones el almirante, y bien pronto preparó una flota de diez y siete buques grandes y pequeños donde debian ir, además de los marineros, experimentados labradores, mineros, carpinteros y otros artesanos, así como tambien caballos, ganado y animales domésticos, granos, semillas de varias plantas, viñas, cañas dulces, mercancías y otros muchos objetos de los que podian ser más útiles.

Entre las personas notables que quisieron to-

mar parte en la expedicion se encontraba el jóven don Alonso de Ojeda, miembro de una noble familia y que se habia educado bajo la proteccion del duque de Medinaceli.

Durante la guerra con los moros habia dado pruebas de un valor heróico, y segun dicen de él los historiadores, era «fornido y bien proporcionado, de tez morena y llena de grata animacion, y sus miembros tenian una agilidad fabulosa. Diestro en las armas, inimitable en los ejercicios guerreros, arrogante para guiar un corcel, y como nadie entendido en los botes de lanza. Osado de corazon, libre de ánimo, abierto de mano, fiero en el combate, pronto en las querellas, y más aún en perdonar y olvidar las injurias.»

Representó gran papel en las expediciones al Nuevo Mundo y ha servido de héroe de novelescas aventuras.

El padre Las Casas, al dar á conocer á Ojeda, hace mencion de una de sus hazañas, que nos parece oportuno referir.

Héla aquí:

La reina Isabel encontrábase un dia en la torre de la catedral de Sevilla, y Alonso Ojeda, para entretener á su majestad y dar pruebas de su agilidad y valor, se subió á una gran viga que sobresalia del muro como unos veinte piés, quedando al aire uno de sus extremos y á tan gran altura de la tierra que desde allí parecian enanos los que por la calle pasaban, y solo de mirar abajo extremecíase el más sereno.

Ojeda subió, como hemos dicho, y con la mayor desenvoltura recorrió toda la viga hasta llegar al otro extremo, levantando entonces una pierna y girando velozmente sobre el otro pié.

Luego, con la misma serenidad volvió hasta la torre, colocó un pié en la pared y arrojó una naranja que pasó sobre el chapitel, probando así su fuerza muscular.

Tantas personas solicitaron formar parte de la empresa, que hubo que negar á muchos el permiso, aunque lo solicitaron sin derecho á sueldo alguno, y no pocos consiguieron introducirse furtivamente en las embarcaciones, resultando así que aunque se habia limitado á mil el número de

las personas, se reunieron próximamente mil y quinientas.

Los gastos fueron mucho mayores de lo que se habia calculado, lo cual dió ocasion á sérios disgustos entre el contador Juan de Soria y Cristóbal Colon, haciéndose preciso que los soberanos espidiesen nuevas órdenes para que al almirante se le tratara con el respeto que merecia.

En aquellas cuestiones tomó alguna parte el arcediano Fonseca, y como quedó vencido, miró desde entonces con ódio á Cristóbal Colon.

Recibióse la noticia de que una carabela portuguesa habia salido de Madeira, tomando el rumbo de Occidente.

El rey Fernando reclamó sobre este punto al de Portugal, y éste contestó que efectivamente habia salido aquel buque, aunque sin su permiso, y que enviaria otros tres para obligarlo á retroceder.

El 25 de Setiembre partió al fin la flota, y despues de tocar en la Gran Canaria, anclaron el 5 de Octubre en la Gomera, donde se proveye-

ron de leña y agua, comprando además terneras, cabras, ganado lanar y ocho cerdos que fueron orígen de los que hoy se conocen en América.

El dia 7 entregó el almirante al comandante de cada buque un paquete cerrado y sellado que contenia noticias sobre el derrotero para llegar al puerto de la Navidad, residencia del cacique Guacanagarí. Estos pliegos no debian abrirse sinó en caso de que algun buque se separase de los demás.

Siguieron el rumbo al Sudoeste, porque Colon deseaba internarse hácia la parte meridional en busca de las islas de los caribes descritas por los indios.

A fines de Octubre se desencadenó una tempestad.

El 2 de Noviembre supuso Colon que se encontraban cerca de tierra, y durante toda la noche vigilaron más cuidadosamente que nunca.

No se habia equivocado, pues al amanecer distinguieron tierra hácia Occidente.

La isla fué llamada Dominica, por ser aquel dia domingo.

A medida que avanzaban descubrian otras islas cubiertas de vigorosa vegetacion y veian las pintadas aves que cruzaban el espacio.

Las tripulaciones se reunieron sobre cubierta para dar gracias al Omnipotente por la proteccion que les habia dispensado.

La alegría era indescriptible.

Las islas mencionadas forman parte de las llamadas Antillas, piélago que traza un semicírculo desde el límite oriental de Puerto-Rico á la costa de Pária, en el continente del Sur, levantando como una barrera entre el mar de los caribes y el resto del Océano.

En vano buscaron anclaje aquel dia en la Dominica, y tuvieron que dirigirse á otra, á la que Colon puso Marigalante, que era el nombre del buque en que él iba.

Desembarcaron, tomando posesion en nombre de los reyes de España.

No vieron entonces señales de que aquella isla estuviese habitada, y se dieron otra vez á la vela para dirigirse á una de mayor extension.

CAPITULO XX.

La isla de Guadalupe y sus habitantes.—La de San Juan Bautista.

Turuqueira llamaban los indios á la otra isla á donde arribaron los españoles, y á la que el almirante puso el nombre de Guadalupe en cumplimiento de la promesa que había hecho á los religiosos de Nuestra Señora de Guadalupe en Extremadura.

Admiraron allí el elevado pico de una montaña, que fluia manantiales de agua muy cristalina, comprendiendo al fin que era el cráter de un volcan.

A tres leguas de distancia distinguieron un inmenso torrente.

Los habitantes, al ver á los europeos, huyeron

tan poseidos de terror, que algunos abandonaron á sus hijos.

A estos les puso Colon algunos adornos, dejándolos ir á reunirse con sus padres.

La poblacion tenia veinte ó treinta casas cuadradas, y hechas de troncos de árboles con cañas y ramas y cubiertas de hojas de palmera.

Cada casa tenia su pórtico que la defendia de los ardores del sol.

A la entrada de una de ellas vieron algunas imágenes de serpientes regularmente entalladas en madera.

En el interior de aquellas habitaciones se encontraba poco más ó menos lo mismo que en las de la Española.

Con horror contemplaron algunos huesos humanos, que creyeron eran vestigios de los festines de aquellos salvajes. En todas las casas habia cráneos que parecian servir de vasos y utensilios domésticos.

Volvieron al bote, continuaron como dos leguas, y al anochecer anclaron en un puerto bastante cómodo.

hombres se habian ausentado con el rey para ir á otra isla en busca de cautivos. Entretanto sus mujeres, que eran muy valerosas, defendian la costa.

Algunos muchachos de los cautivos acudieron tambien á los buques pidiendo amparo. Aquellos desdichados vivian porque eran de los que los isleños guardaban, privándolos de la virilidad para engordarlos y que su carne fuese así más tierna y sabrosa.

No sabia el almirante qué resolucion adoptar. Deseaba volver á la isla Española, pero no queria dejar abandonado á Diego Marquez y sus ocho compañeros.

Entonces, el atrevido Alonso de Ojeda se ofreció á penetrar hasta el interior de la isla con cuarenta hombres en busca de los extraviados.

No descansó Alonso de Ojeda en algunos dias; pero tampoco encontró á sus nueve compañeros.

Ya los creyeron perdidos para siempre y determinaron darse á la vela, cuando distinguieron las señales que aquellos infelices hacian desde la costa.

Sus macilentos rostros revelaban lo que habian sufrido.

Habian recorrido bosques y montañas, y milagrosamente consiguieron llegar otra vez á la orilla del mar.

El 10 de Noviembre levaron anclas, haciendo rumbo al Noroeste y dando nombre á las islas que encontraron.

El dia 14 anclaron en una isla llamada por los indios Ayay, y á la que se dió el nombre de Santa Cruz.

Veinticinco hombres fueron á tierra en un bote para buscar agua y adquirir noticias.

Llegaron á un lugar de donde los hombres habian huido, y encontraron algunas mujeres y jóvenes cautivos.

Entretanto una canoa con dos mujeres y algunos indios, volvió un cabo y se encontró de pronto frente á la flota.

Largo rato permanecieron asombrados y sin advertir que el bote se les acercaba.

Al apercibirse de la proximidad de los españoles quisieron huir, y como el bote [illegible] la

retirada hicieron uso de sus flechas, entablando valerosamente la lucha.

Lo mismo peleaban las mujeres que los hombres, y á una de ellas la trataban con mucho respeto.

Fué preciso echar á pique la canoa; pero desde el agua seguian luchando desesperadamente, y costó mucho trabajo apoderarse de los que quedaron vivos, entre ellos un hijo de la que parecia ser reina.

Continuaron el viaje, encontrando otras muchas islas y llegando al fin á una bastante grande y cubierta de magnífica vejetacion.

Los naturales la llamaban Boricon y le pusieron el nombre de San Juan Bautista, que aún conserva la capital y que es la misma de Puerto-Rico.

De allí eran naturales casi todos los cautivos.

Al dia siguiente anclaron al extremo occidental y en una bahía muy abundante en pesca.

Desembarcaron, y siguieron por un camino á cuyos lados veíanse enrejados de cañas que cer-

caban frondosos jardines, llegando á una aldea donde no encontraron persona alguna, porque todos habian huido.

Obligados por los ataques de sus enemigos, los habitantes de aquella isla habianse hecho tambien feroces, pero se concretaban á mantenerse á la defensiva.

Dos dias despues determinó el almirante alejarse de las islas caribes y dirigirse á la Española.

CAPITULO XXI.

Llegan al puerto de la Navidad.—Destruccion de la fortaleza.—Traicion de Guacanagarí.—Fundacion de Isabela.—Expedicion de Alonso de Ojeda.—Conatos de rebelion.—Expedicion del almirante á las montañas de Cibao.

Los tripulantes ansiaban llegar á la Española, de cuya isla se les habia hecho la más seductora pintura por los que acompañaron al almirante en su primera expedicion.

El dia 22 de Noviembre llegó la flota á la extremidad oriental de Haiti.

Gozaba Colon con la alegría que habian de experimentar los que habian quedado en la Navidad.

Llegaron algunos indios con un mensaje, rogando á Colon que desembarcara y prometiéndole grandes cantidades de oro; pero la flota no se detuvo, llegó al Golfo de las Flechas, y allí desem-

barcó uno de los indios que habian estado en España y habian sido bautizados.

El 25 anclaron en Monte-Christi, donde se pensaba establecer una colonia.

Recorriendo la costa encontraron los cuerpos mutilados y desfigurados de un hombre y un muchacho, y luego otros dos cadáveres que evidentemente eran de europeos.

Empezó el almirante á temer que Arana y su gente hubiesen sido víctimas de la ferocidad de los caribes, y continuando el viaje llegaron el 27 al anochecer frente al puerto de la Navidad.

No se atrevieron á desembarcar entonces.

Dispararon dos cañonazos; pero no contestaron los de la fortaleza, ni vieron luces ni señal alguna.

Por todas partes tinieblas, silencio y quietud.

A media noche se acercó una canoa á la escuadra, y los indios preguntaron por el almirante.

Preguntó éste por los españoles y la respuesta fué confusa.

Por lo que pudieron entender, muchos habian muerto naturalmente, y otros en contiendas entre ellos mismos, retirándose algunos á distintos parajes de la isla donde se habian establecido, tomando muchas mujeres indias y olvidándose para siempre de su pátria.

Guacanagarí, en un ataque de los feroces habitantes de las montañas de Cibao, habia sido herido y se encontraba en una choza de las cercanías.

Grande era la desgracia; pero no habia motivo para sospechar del bondadoso carácter de los habitantes de aquella parte de la isla.

Al dia siguiente esperaron al cacique que no se presentó, así como tampoco se distinguia ninguna canoa.

Dispuso el almirante enviar un bote para reconocer la costa, y los exploradores, en lugar de la fortaleza no encontraron más que ruinas carbonizadas.

Los indios habian desaparecido.

Vióse precisado Colon á ir él mismo, y tuvo el desconsuelo de no encontrar por allí más que

las ropas y utensilios de los europeos, todo destrozado.

Dispararon los cañones y los arcabuces con la esperanza de que algun fugitivo acudiese á la señal; pero no sucedió así.

La aldea era un monton de escombros.

Exploraron los alrededores, y en algunas chozas encontraron artículos de los europeos.

Con gran trabajo pudieron conseguir que se les acercasen algunos indios y les diesen explicaciones.

Supieron entonces que los españoles se habian entregado á toda clase de escesos, queriendo cada cual reunir grandes cantidades de oro, y no contentos con las dos ó tres esposas que á cada uno habia dado el cacique, abusaban de su superioridad, apoderándose de las mujeres y las hijas de los indios, y entablando despues entre ellos sangrientas luchas para disputarse la posesion de la presa.

En vano Diego de Arana quiso restablecer la disciplina.

Muchos soldados abandonaron la fortaleza.

Gutierrez y Escobedo se internaron en las montañas con algunos hombres, y allí Caonabo pudo satisfacer el ódio que profesaba á los extranjeros, cayendo despues sobre la fortaleza y reduciéndola á cenizas, lo mismo que la poblacion.

Quiso el almirante fundar un nuevo establecimiento, y mandó que una carabela explotase la costa hácia Oriente.

A los de la carabela se les presentaron dos indios suplicando á los españoles fuesen á ver á Guacanagarí, y así lo hicieron encontrando al cacique herido.

Dió éste nuevas explicaciones de los pasados desastres, asegurando que habia hecho lo posible para defender á los europeos.

Luego fué Colon, consiguiendo que el enfermo se dejase reconocer por un cirujano.

No encontraron estos signos de ninguna herida; pero el cacique se quejaba apenas ponian la mano en el sitio de la pierna donde decia haber recibido el golpe.

Sospechóse que Guacanagarí era un traidor y que representaba una farsa.

A ruegos de Colon y á pesar de la supuesta herida, fué el cacique á bordo del buque *Almirante*, encontrando allí á los caribes hechos prisioneros, y á diez mujeres libradas del cautiverio.

Entre estas habia una de singular hermosura, á quien los españoles llamaban Catalina.

El cacique se dirigió á ella con una galantería que rayaba en ternura.

Al dia siguiente fué á bordo un hermano de Guacanagarí, y se observó que hablaba particular y secretamente con las mujeres indias, y en especial con Catalina.

El dia pasó sin novedad.

A media noche, cuando todos dormian, Catalina despertó á sus compañeras y les propuso arrojarse al agua para recobrar la libertad.

Hiciéronlo así, y cuando nadaban, alarmóse el centinela al oir el ruido, avisando de lo que sucedia.

Tripuláronse los botes, persiguieron á las fugitivas; pero estas consiguieron ganar la costa y ocultarse en los bosques.

Ya no podia dudarse de que el cacique se habia enamorado de Catalina.

Al dia siguiente fueron para exigirle que devolviera las diez mujeres; pero habia desaparecido con todos sus vasallos.

Ya no pudo quedar duda de la traicion del cacique.

Los españoles empezaron á desalentarse, opinando que debian abandonar aquella costa.

El terreno era bajo, húmedo y mal sano, y no habia piedras con qué edificar.

En vista de estas circunstancias dispúsose que algunos bajeles recorriesen una parte de la costa; pero no encontraron lugar como lo deseaban.

Levaron anclas el 7 de Diciembre con intencion de buscar el puerto de la Plata; pero el mal tiempo les obligó á refugiarse en otro diez leguas al Oriente de Monte-Christi.

Descubrieron una poblacion india, dos rios y hermosa vejetacion.

Por los indios supieron que no estaban lejanas las montañas de Cibao, ricas en oro.

Determinaron, pues, colonizar allí.

Desembarcaron provisiones y armas y se situaron en una llanura y en las cercanías de un pequeño tajo.

Allí debia fundarse la primera ciudad cristiana del Nuevo Mundo, á la cual dió el almirante el nombre de Isabela.

Trazáronse calles y plazas y se dió principio á edificar un templo, un almacen para provisiones y una residencia para el almirante.

Estos edificios se hicieron de piedra, y las casas particulares de madera.

La alegria se turbó muy pronto, pues los españoles empezaron á perder la salud.

Cristóbal Colon no se vió libre de las enfermedades; pero la fuerza de su voluntad lo dominaba todo.

Debian volver á España muchos de los buques, y al almirante le entristecia que no fuesen cargados con los tesoros que esperaba encontrar, acumulados por los que quedaron en el fuerte de la Navidad.

Creyendo siempre que se hallaba en la soñada

isla de Cipango, dispuso enviar una expedicion al interior para que explorase antes de la partida de los buques.

El elegido fué Alonso de Ojeda, que salió á principios de Enero de 1494 en compañía de los más valerosos.

Marcharon directamente al Sur y hácia el interior.

El tercer dia se encontraba en una elevada sierra.

Bajaron á la llanura que descubrian y allí encontraron franca hospitalidad por parte de los indios.

Buscaban afanosamente al feroz Caonabo.

Con alegría descubrieron en las montañas abundantes partículas de oro y en particular en los lechos de los torrentes.

Volvieron muy gozosos, asegurando que en aquellos terrenos se encontrarian inmensos tesoros que explotar, y Colon entonces envió nueve de sus buques á España.

Rodearon la nueva poblacion de un muro de piedra, poniéndose así á cubierto de repentinos

ataques de los indios, aunque estos mostraban las mejores disposiciones.

Ya muchos empezaban á cansarse del trabajo; sus ilusiones se desvanecian, pues habian creido que todo era llegar al Nuevo Mundo y volver cargados de oro.

Miraron con envidia á los que regresaron á España, y algunos mostraron públicamente su descontento.

A la cabeza de estos se puso Bernal Diaz de Pisa, diciendo que debian aprovecharse de la enfermedad de Colon para apoderarse de uno de los buques y volver á su pátria.

A tiempo se descubrió el complot y los cabecillas fueron presos; pero habia quedado la semilla que de vez en cuando debia producir sus desastrosos frutos.

Restablecido de su enfermedad, Cristóbal Colon, con cuatrocientos hombres bien armados se alejó el 12 de Marzo del puerto para explorar el interior.

La marcha fué muy penosa entre aquellas escabrosidades.

Despues de algunos dias llegaron á las gargantas de la montaña desde donde dominaban el interior.

El golpe de vista no podia ser más seductor; bosques, aldeas, verdes llanuras y cristalinos arroyos.

El ejército, haciendo resonar las trompetas y atabales entró en la llanura.

Los naturales miraron con asombro aquella tropa relumbrante, y huyeron aterrados para ocultarse en sus viviendas.

Parecian muy pacíficos.

Ofrecian cuanto tenian á los españoles.

Llegaron á las orillas de un ancho rio llamado por los naturales el Yaguí, y al que Colon dió el nombre de rio de las Cañas.

Era el mismo, que despues de serpentear por la vega desemboca cerca de Monte-Christi y al cual ya habia llamado el almirante rio de Oro.

Así continuaron algunos dias más hasta llegar á una sierra que limitaba la llanura y que los naturales dijeron ser las montañas de Cibao.

El camino se hizo entonces muy difícil, y mu-

chas veces tenian que abrirse paso á través de la maleza.

Encontrábanse en la region de los tesoros; pero allí el terreno era árido, excepto en algunos puntos atravesados por cristalinas corrientes, en cuyas arenas encontraron muchas partículas de oro.

Estaban á diez y ocho leguas de la colonia y no les pareció prudente internarse más, decidiendo levantar un fuerte en una eminencia rodeada por el rio Janique.

La guarnicion que allí quedase podria explotar el oro de las arenas.

Acudieron los habitantes de las cercanías, y llevaron oro en abundancia para cambiarlo por cascabeles y otras bagatelas.

Los indios hablaban de criaderos de oro donde se encontraban trozos de este metal de gran tamaño. Ellos lo miraban con desden, y lo daban como cosa que tiene poquísimo ó ningun valor; pero todavía era menester internarse más para llegar á los sitios donde el precioso metal abundaba.

CAPITULO XXII.

Expedicion de Juan de Luján.—Vuelve Colon á la Isabela.—Enfermedades.—Otro viaje á Cuba.—Descubrimiento de Jamáica.

Entretanto un caballero llamado Juan de Luján habia explorado en otra direccion la isla, volviendo con las noticias más lisonjeras.

Tuvo Cristóbal Colon ocasiones de convencerse de que los indios profesaban una religion, pues creian en la existencia de un sér omnipotente con el que se comunicaban por medio de otros dioses de segundo órden llamados Zemis, y cuyas grotescas efigies conservaban en sus casas y miraban con profundo respeto.

El 29 de Marzo regresó el almirante á Isabela, encontrándose conque las semillas echadas en la tierra empezaban ya á producir plantas. El trigo

sembrado á fines de Enero tenia espigas á los dos meses, y en un par de semanas desarrollábanse las hortalizas.

Los soldados que á las órdenes de Pedro Margarite habian quedado en el fuerte de Santo Tomás, que así se llamó el levantado en las montañas, empezaron á cometer excesos con los indios, y Colon tuvo que enviar nuevos refuerzos.

No era esto lo que más temores infundia al almirante, sinó las enfermedades y la escasez de medicamentos.

Vióse precisado Colon á disminuir las raciones, lo que produjo gran descontento, acrecentando cuando dispuso que trabajasen hasta los indivíduos de familias nobles, fundándose en que consumian lo mismo que los demás.

Así dieron principio los ódios contra aquel gran hombre.

Dispusiéronse nuevas expediciones al interior de la isla, dando el mando general á Pedro Margarite.

Alonso de Ojeda partió, pues, el 9 de Abril, con cuatrocientos hombres.

Al llegar al rio del oro supo que tres españoles habian sido robados por cinco indios y que el cacique no habia castigado á los ladrones.

De uno de éstos se apoderó el valeroso Ojeda, mandando que en la plaza del lugar le cortasen las orejas, aprisionando al cacique, á su hijo y su sobrino, y enviándolos al almirante.

Pronunció éste la sentencia de muerte, y cuando los presos suplicaban y tal vez Colon estaba dispuesto á perdonar, llegó un ginete de la fortaleza, diciendo que al pasar por la aldea del cacique cautivo habia encontrado cinco españoles prisioneros, á los que consiguió salvar, gracias al terror que infundian los caballos.

Adoptó el almirante acertadas disposiciones, delegó su autoridad en su hermano don Diego, y con tres carabelas se alejó el 24 de Abril para volver á la isla de Cuba, distinguiendo esta isla el dia 29 por el lado de Moysí.

Atravesó el canal navegando por la costa del Sur y anclando en un puerto al que llamó por sus dimensiones Puerto Grande y que hoy se llama Guantánamo.

Desembarcaron, encontrando algunas chozas abandonadas, porque los naturales habian huido.

Los buscaron y encontraron, consiguiendo inspirarles confianza el intérprete, que era uno de los jóvenes indios que en España se habian bautizado y á quien pusieron por nombre Diego Colon.

El 1.° de Mayo se dieron á la vela con rumbo al Occidente.

Los isleños acudian á la orilla, haciendo á los españoles señas para que desembarcasen.

Hiciéronlo así en otro puerto, que debe ser el que hoy se llama Santiago de Cuba.

Lo mismo que en todas partes, preguntaron allí si habia oro, y respondieron señalando hácia el Sur y asegurando que existia una isla donde abundaba el precioso metal.

Pensáron que fuese Babeque, objeto de las quiméricas esperanzas de Colon, y al dia siguiente, 3 de Mayo, despues de tomar el rumbo de Occidente, viraron al Sur y abandonaron la costa de Cuba.

Dos dias despues descubrieron las montañas de Jamáica.

Al acercarse á tierra, salieron á recibirlos muchas canoas con salvajes que blandian sus lanzas con ademan amenazador.

Consiguieron apaciguarlos, y continuando su rumbo, anclaron en el puerto que hoy se llama de Santa Ana.

Al amanecer del siguiente dia siguieron costeando occidentalmente, encontrando otro puerto en que podian reparar algunas averías de los buques.

Algunos botes fueron á sondear la entrada, pero fueron acometidos por muchos salvajes que ocupaban grandes canoas y arrojaban sus lanzas á los españoles.

Los dejaron en paz, y los buques entraron y anclaron en el puerto, viendo entonces que la costa se cubria de indios, que parecian dispuestos á entablar una lucha.

Preciso era carenar el buque del almirante y enviar á tierra gente en busca de agua; pero tambien era necesario hacer que los indios se convencieran de la superioridad de los europeos.

El almirante envió los botes llenos de gente

bien armada, y una descarga de flechas fué bastante para poner en dispersion á los indios.

Estos, al siguiente dia, entraron en relaciones amistosas con los españoles.

Sus canoas eran las mayores que habian visto, y muy bien labradas.

Zarparon y navegaron veinticuatro leguas, llegando al extremo occidental de la isla.

Determinó el almirante volver á Cuba.

Al ir á darse á la vela se le presentó un jóven indio, pidiendo lo llevasen los españoles á su tierra.

Los parientes y amigos del jóven le suplicaban para que se quedase, y él, despues de vacilar, decidióse al fin, ocultándose en un rincon del buque para no ver llorar á sus hermanas.

Tanto podia en el jóven la curiosidad y el deseo de ver el mundo habitado por aquellos hombres extraordinarios.

De este indio no hacen otra mencion los historiadores de aquella época. Sentimos no saber el efecto que en su ánimo produjo la civilizacion europea.

A este último puerto, visitado por los españoles, le dió Colon el nombre de Buen Tiempo.

Los descubrimientos se sucedian con rapidez; pero no se encontraba el oro codiciado, y lo peor de todo era que creyendo siempre el almirante que estaba en los dominios del gran Khan, no se alejaba de la Española y de Cuba.

CAPITULO XXIII.

Vuelta á Cuba.—Los jardines de la reina.—Costeo del Sur de Cuba.

El 18 de Mayo llegó la escuadra á la isla de Cuba, frente á un gran promontorio, á que dió el nombre de Cabo de la Cruz, desembarcando y siendo bien recibido en una poblacion bastante grande.

Al dia siguiente siguió el rumbo occidental, llegando á un golfo donde se vieron acometidos de una gran tempestad, que por fortuna duró poco tiempo.

Despues descubrieron muchas islas de distinta extension, y para no dar á cada una un nombre, las llamó el almirante los Jardines de la Reina.

Pensó primero dejar este archipiélago á la

derecha; pero se acordó despues de las noticias dadas por Marco Polo y decidió no perder de vista el continente, creyendo que así llegaria á los dominios del gran Khan.

Muy peligrosa era la navegacion por entre aquellas islas.

Casi todas estas estaban desiertas. En una encontraron algunas chozas deshabitadas y grandes depósitos de pescados.

Al salir de aquel laberinto se dirigieron á un punto montuoso de la isla de Cuba, desembarcando en una poblacion grande y siendo muy bien recibidos por los naturales.

Aquella provincia era llamada por estos Ornofay.

Más allá, segun todos decian, y hácia el Occidente, encontrábase otra vez el mar con poco fondo y cubierto de islas.

En cuanto á la de Cuba, nadie conocia sus límites; pero decian que los habitantes de Maugon darian más noticias.

La semejanza del nombre de Maugon con el de Maugui, recordó á Cristóbal Colon una de las

ás ricas provincias del gran Khan, y creyendo
e si continuaba hácia Occidente llegaria á las
marcas más civilizadas del territorrio asiático,
nde, como afirmaban algunos escritores, sus
abitantes tenian colas que procuraban ocultar
on sus ropas talares.

Siguió, pues, el indicado rumbo, teniendo á
a izquierda la inmensidad de los mares, y á la
erecha las provincias indicadas.

Los habitantes de la costa acudian para admi-
ar y saludar gozosos á los extranjeros.

Por espacio de dos dias navegaron, atrave-
ando el golfo de Jagua, y llegando repentina-
ente donde el mar aparece blanco por las partí-
ulas calizas que se levantan del fondo y extien-
en á bastante distancia.

Encontraron muchos escollos, y empezaron
temer nuevas desgracias.

A pesar de todo esto no quiso Colon retro-
der.

Envió una carabela para que explorara los
nales formados entre las islas.

La carabela volvió, diciendo sus tripulantes

que no encontraban el término de aquel laberinto y que por aquella parte la costa era muy baja y húmeda.

No retrocedieron y descubrieron al fin una bahía distinguiendo al Norte montañas, y al Sur y Occidente algunas islas.

Anclaron, y algunos hombres saltaron á tierra en busca de leña y agua.

Mientras así lo hacian, un ballestero penetró en la floresta, retrocediendo muy pronto y pidiendo auxilio, porque acababa de ver por entre los claros del bosque á un hombre vestido con largas y blancas ropas talares, muy parecido á un fraile mercenario, y otros dos con túnicas blancas que les llegaban hasta la rodilla, llevando como escolta otros treinta armados de clavas y lanzas.

Apresuráronse á volver á los buques los supersticiosos españoles, dando la noticia á Colon, que se regocijó creyendo que ya estaba en los dominios del gran Khan y en la provincia de Maugui.

Al otro dia envió una partida bien armada,

que penetró en los bosques y llegó á una verde llanura.

Allí se detuvieron, porque estaban muy fatigados.

Al otro dia una nueva partida siguió por otro camino y descubrió las huellas de un grande animal con garras, lo cual les hizo volver presurosamente á los buques.

Como no consiguieron encontrar á los supuestos habitantes de las blancas túnicas, continuaron navegando al Occidente, y á las nueve leguas pudieron comunicar con los habitantes de la costa.

Tambien ignoraban estos si aquel territorio tenia límites.

Siguió la escuadra.

Otra vez encontraron laberintos de islas, y á más ó menos distancia de la orilla del mar columnas de humo que daban indicio de la existencia de algunas poblaciones.

Encontraron que la costa volvia al Sudoeste, lo cual convenia por casualidad con las descripciones de Marco Polo.

No era menester más para que Colon creye[se] firmemente que iba á doblar el Aureo Querson[e]so, traspasando las comarcas bañadas por el Ga[n]ges, atravesando el estrecho de Bab-el-mandel llegando á las playas del mar Rojo.

Empero los tripulantes se desalentaban, de[-]cian que ya habian recorrido bastante aquell[a] costa para convencerse de que era la de un con[-]tinente, y que se exponian á quedarse sin provi[-]siones y á perecer.

Queriendo Colon presentar una prueba de que no se habia equivocado, navegó cuatro dias más y dispuso luego que se abriese una informacion en la que constasen las declaraciones hasta de los grumetes y marineros sobre el convencimiento de que la costa no era de una isla, sinó de un continente.

Sin embargo, con un dia más de navegacion hubieran podido descubrir las islas del Sur y la alta mar, y continuando otros dos ó tres dias hubieran llegado á los extremos de Cuba, desvaneciéndose así sus ilusiones; pero no sucedió, y segun ya hemos dicho, el almirante murió cre-

yendo que Cuba era el principio Occidental ó el fin Oriental del continente asiático.

El 13 de Junio viró al Sudeste, llegando poco despues á una isla montañosa, á la que dió el nombre de Evangelista, y conocemos ahora con el de Pinos.

A fines de Junio se encontraron otra vez frente á la provincia de Ornofay, y el 7 de Julio anclaron á la entrada de un rio.

El cacique de aquel territorio los recibió muy bien y con sus vasallos observó atentamente como se celebraba el sacrificio de la misa, diciéndole luego á Cristóbal Colon:

—Lo que has estado haciendo está bien hecho, porque parece que es tu modo de dar gracias á Dios. Me han dicho que has venido á estas tierras con una poderosa fuerza, y que has subyugado muchos países y extendido el terror por los pueblos, pero no por eso te llenes de vanagloria. Sabe que segun nuestra creencia, las almas de los hombres tienen dos viajes que hacer despues que se han separado de sus cuerpos. Uno á un lugar triste, súcio y tenebroso, preparado para los que

han sido injustos y crueles con sus semejantes; otro á una mansion agradable y deliciosa para los que han promovido la paz sobre la tierra. Por lo tanto, si tú eres mortal, y esperas fenecer, y crees que á cada uno se premiará segun sus obras, no dañes injustamente al hombre ni hagas mal á los que á tí no te lo han hecho.

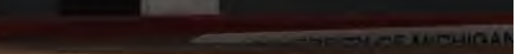
El salvaje no podia ser más elocuente, ni más sanas sus doctrinas.

Admirado quedó Colon, respondiendo que su mision era de paz, que iba para dar á conocer la religion verdadera y para protejerlos contra los feroces caribes.

El intérprete habló de las maravillas que habia visto en España y fué escuchado con profunda sorpresa.

Algunos dias permanecieron en aquel rio al que dieron el nombre de la Misa.

El 16 de Julio se despidieron del cacique y se dieron á la vela, llevando á un indio jóven que quiso seguirlos.



CAPITULO XXIV.

Costeo del Sur de Jamáica.—Viaje por el Sur de Española.—Regreso á Isabela.—Bartolomé Colon.—Abusos de don Pedro Margarite.—Su salida de la isla.—Guerra con los indios.—Alonso de Ojeda.—Su atrevimiento y su ingénio.—Triste situacion de la colonia.

Despues de sufrir algunos temporales llegaron el 18 de Julio al cabo de la Cruz.

Para volver á la Española era el viento contrario, y el dia 22 hicieron rumbo á Jamáica con intencion de circunnavegar esta isla.

Ya los indios no se les mostraban allí hostiles; por espacio de un mes permaneció en su costa, haciendo lo posible para navegar hácia Oriente.

El dia 19 perdió de vista el extremo oriental de Jamàica, y siguiendo hácia Oriente, descubrió al otro dia la Española.

El tiempo se presentó otra vez tormentoso, y tuvieron que refugiarse en el canal de Saona.

En los últimos dias de Setiembre acometió al almirante una enfermedad que le privó de la memoria, de la vista y de todas sus facultades, y creyendo los marineros que su jefe estaba próximo á morir, aprovecharon la brisa y lo llevaron á Isabela en un estado de insensibilidad absoluta.

Los habitantes de la nueva poblacion se regocijaron al ver la escuadra que creian perdida.

Cuando Colon empezó á recobrar el conocimiento, encontró á la cabecera de su lecho á su hermano Bartolomé, de quien estaba separado muchos años hacia.

Bartolomé habia ido á Inglaterra mientras Colon estaba en España, con el fin de solicitar proteccion de Enrique VII.

Este acogió las proposiciones mejor que ningun monarca; pero cuando dispuso que Bartolomé fuese en busca de su hermano, encontráronse con que este habia emprendido ya su primer viaje.

Despues de mil aventuras y soportar la mise-

ría, llegó á Sevilla cuando Cristóbal había partido con la segunda expedicion.

Los reyes católicos pusieron tres buques á las órdenes de Bartolomé, y éste partió, llegando á Isabela cuando el almirante acababa de salir para Cuba.

Era Bartolomé activo y emprendedor, y aunque demasiado severo, sus cualidades le hacian muy á propósito para empresas arriesgadas.

Estaba dotado de muy clara inteligencia, poseia bastantes conocimientos, era atrevido y hábil navegante y no tan entusiasta como su hermano; era más frio, juicioso y astuto.

El almirante, enfermo y agoviado por los graves negocios que á su cargo tenia, confirió inmediatamente á su hermano Bartolomé la investidura de gobernador de la provincia, nombramiento que al rey Fernando le pareció una usurpacion del poder real.

Esta determinacion era tanto más necesaria cuanto que don Pedro Margarite habia cometido muchos abusos y olvidado las instrucciones prudentes del almirante.

En el fuerte de Santo Tomás habia quedado Alonso de Ojeda, y Margarite empezó á recorrer el país, despojando á los indios de cuanto poseian, y cometiendo excesos con sus mujeres.

No bastaron las amonestaciones de don Diego Colon, y Margarite, apoyado por los caballeros cuyo amor propio se sentia herido, y particularmente por el padre Boil, continuó cometiendo excesos.

El citado fraile era tal vez el más terrible de los agitadores.

Decidieron apoderarse de los buques que habia llevado Bartolomé Colon y así lo hicieron, dándose á la vela para España.

Quedó el ejército sin jefe, y los soldados exparciéronse en bandadas, cometiendo toda clase de abusos y dando lugar á que los generosos huéspedes se convirtieran en implacables enemigos.

Las represalias principiaron, y el cacique Guatiguana dió muerte á diez españoles, y además incendió una casa donde habia cuarenta enfermos.

Orgulloso con este triunfo, amenazó su fuerte recien levantado y llamado la Magdalena, obligando á sus defensores á encerrarse hasta recibir socorros de Isabela.

Entretanto el célebre Caonabo, el feroz cacique de Maguano, preparábase para hacer tambien la guerra á los extranjeros. No contaba con el temerario valor de Alonso de Ojeda, que tenia tambien en su favor la costumbre de guerrear con los moros, y que por no haber sido nunca ni siquiera levemente herido, llegó á creer que era invulnerable bajo la proteccion de la vírgen, cuya imágen llevaba siempre sobre su pecho.

Reunió Caonabo diez mil guerreros, esperando sorprender á los de la fortaleza, pero se encontró conque éstos vigilaban, y dispuso entonces cercarlos para evitar que recibiesen ningun socorro y se viesen obligados por el hambre á capitular.

No se desalentó Alonso de Ojeda, soportó las privaciones, hizo muchas salidas y dió muerte á tantos indios, que al fin Caonabo tuvo que alejarse sin conseguir lo que deseaba; pero en cam-

bio pensó atacar la naciente poblacion de Isabela, que estaba débilmente guarnecida.

A este fin quiso hacer una alianza con los demás caciques de la isla; pero se opuso el cacique Guacanagarí, lo cual fué otra prueba de que injustamente habia sido acusado de enemigo de los españoles.

Fué á visitar al almirante, dándole á conocer el plan de Caonabo.

Adoptó el almirante algunas disposiciones para pacificar la isla, reforzando la guarnicion del fuerte de la Magdalena y castigando á los vasallos de Guatiguana, procediendo en seguida á entablar relaciones amistosas con el cacique Guarionex, una de cuyas hijas fué casada con el indio Diego Colon.

Inmediatamente se levantó una fortaleza de muy buenas condiciones en el corazon del territorio de este monarca.

Faltaba lo más importante, que era aniquilar al feroz Caonabo.

Pensaba Colon cómo habia de conseguirlo, cuando Alonso de Ojeda, con el atrevimiento que

lo distinguia, ofreció apoderarse por medio de un ardid del terrible cacique.

La proposicion fué aceptada, y Ojeda con diez hombres bien armados y montados, lanzóse á través de los bosques, recorriendo más de sesenta leguas hasta llegar á la residencia de Caonabo.

Acercósele con mucho respeto, diciéndole que iba en amistosa embajada de parte del almirante. Enseguida le propuso hacer un viaje á Isabela con el fin de tratar con Colon, ofreciéndole la campana de la capilla, que era objeto de la admiracion de los indios, creyéndola cosa sobrenatural.

No pudo Caonabo resistir la tentacion; pero se hizo acompañar por muchos de sus guerreros, diciendo que un soberano de su importancia no podia presentarse en parte alguna sin gran comitiva.

Tal vez abrigaba siniestras intenciones; pero Ojeda no se dió por vencido y se dispuso á continuar aquella lucha de astucia y de ingénio.

Emprendieron la marcha.

El caballero español, cuando estaban cerca del rio Jena, sacó un juego de esposas de acero perfectamente bruñidas y le dijo al cacique que eran ornamentos celestiales que se ponian los reyes para las grandes ceremonias, proponiéndole ir á bañarse con él al rio y colocarse despues aquellos régios adornos, continuando el viaje sobre el mismo caballo de Ojeda.

Sorprendido y admirado quedó el cacique; debió trastornarlo la vanidad y aceptó el ofrecimiento, siguiendo á Ojeda y á los diez soldados hasta el rio donde todos se bañaron.

Dejó que luego le pusiesen las relumbrantes esposas, y que lo colocasen á la grupa del caballo de Ojeda.

Así se presentaron á los guerreros indios, que se entusiasmaron al ver á su jefe sobre uno de aquellos animales que tanto terror les infundian.

Dieron varias vueltas por el campo, y aprovechando la ocasion más oportuna, internáronse en un bosque.

Una vez lejos de los indios, los diez españo-

les apiñáronse alrededor de Ojeda, amenazaron con la muerte al cacique y acabaron de sujetarlo de manera que le era imposible huir.

Alejáronse rápidamente.

Aun tenian que recorrer más de sesenta leguas; pero no desmayaron, y evitando entrar en las poblaciones, sufriendo el hambre y sin descansar apenas, Alonso de Ojeda entró triunfante en la colonia con el cacique cautivo y atado alrededor de su cuerpo.

Caonabo se presentó al almirante con altivez y declaró que apenas le fuese posible aniquilaria á los extranjeros.

Fué encerrado en la misma casa de Colon.

Para que se comprenda el carácter del cacique, basta decir que nunca se puso en pié cuando se le presentaba Colon, mientras que á Ojeda lo trataba con respeto profundo, diciendo que á éste lo acataba, porque era más valeroso y se habia atrevido á lo que ningun hombre hubiera sido capaz de hacer.

El caballero español volvió á Santo Tomás.

Poco tiempo despues un hermano de Caonabo

quiso atacar la fortaleza; pero Alonso de Ojeda, sin querer esperarlo tras los muros, salió con su escasa caballería y se lanzó impetuosamente sobre el enemigo, que huyó espantado, quedando el jefe y otros muchos prisioneros.

La situacion de la colonia no mejoraba, pues los comestibles europeos estaban casi agotados, y los colonos, sin comprender que la verdadera riqueza estaba en la feracidad de aquel suelo, no querian ocuparse más que en buscar metales preciosos, resultando así que muchos contraian gravísimas enfermedades, ó que perecian de hambre, pues aun no se habian acostumbrado á los alimentos que se usaban en el país y que despues se vió tenian las mejores condiciones para los que habitaban en aquel clima.

Si pronto no llegaba algun recurso, produciríanse grandes conflictos.

Parece imposible que Cristóbal Colon, á su edad, y despues de lo mucho que habia sufrido, soportase tantas fatigas y privaciones.

CAPITULO XXV.

Llegada de Antonio de Torres.—Vuelve á España con esclavos.—Expedicion contra los indios.—Imposicion del tributo.—Intrigas contra Colon.—Viaje de Aguado.—Su conducta.—Tempestad.

La situacion mejoró mucho porque llegó á Isabela Antonio Torres con un buque cargado de provisiones. Además lo acompañaban un médico y un boticario y muchos indivíduos de oficios distintos y muy útiles para la colonia.

Entregó al almirante cartas muy satisfactorias de los reyes.

Hubiera querido Colon regresar entonces á España para defenderse de las calumnias que pudiera inventar el traidor Margarite; pero se lo impidió su enfermedad y decidió enviar á don Diego con todo el oro que pudo recoger y más de quinientos prisioneros indios, que debian ser vendidos como esclavos en Sevilla.

Esta última determinacion es indudablemente una mancha en la historia gloriosa de Cristóbal Colon; pero hay que tener en cuenta la época en que vivia y que hasta la iglesia católica declaraba que era legítima la esclavitud cuando se trataba de los que no habian querido aceptar las verdades de nuestra religion.

Debemos advertir que el padre Las Casas condenó siempre la esclavitud, y defendia á Colon diciendo que si los hombres doctos y piadosos ignoraban la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el almirante lo ignorase tambien?

Uno de los hermanos de Caonabo, llamado Manicaotes, quiso rescatar al cautivo.

Otra vez se formó la liga contra los extranjeros, y los caciques, excepto Guacanagarí, reunieron en la vega fuerzas numerosas.

Decidió Colon salirles al encuentro, aunque no pudo disponer por de pronto más que de doscientos infantes y veinte caballos, si bien llevaban la ayuda de veinte perros de presa á los que tenian gran miedo los indios.

Componian estos un total de cien mil hom-

bres, cifra que nos parece exajerada, aunque siempre resulta un gran ejército si se rebaja la mitad.

Los españoles se dividieron en varios grupos, acometiendo por distintos puntos á la vez con sus armas de fuego, y espantados los indios emprendieron la fuga cuando Alonso de Ojeda cargó impetuosamente el centro con su caballería, y los perros hacian presa en la garganta de los isleños.

La lucha fué breve.

Los indios se sometieron, exceptuando el cacique Bohechío, cuyo territorio estaba en el extremo Occidental de la isla y defendido por ásperas montañas.

Allí se retiró con su hermana la bella Anacaona, mujer de Caonabo.

El almirante impuso tributos que todos los indios mayores de catorce años debian pagar con oro del que recogian.

Levantáronse muchas fortalezas.

Bien pronto fué insoportable el yugo para los isleños, y no pudiendo conquistar su antigua independencia con las armas, decidieron no culti-

var los frutos, maiz y raices, y destruir los que estaban ya creciendo para que los españoles pereciesen de hambre.

Esto produjo el resultado contrario al que deseaban, pues desesperados los conquistadores, maltrataron cruelmente á los isleños, obligándolos á trabajar.

Ni Guacanagarí se libró del tributo, y lleno de amargura y odiado por los suyos, huyó á las montañas, donde murió en medio de la miseria.

Entretanto Margarite y sus compañeros minaban en la córte de Castilla la reputacion del almirante, acusándolo de haber engañado á los reyes y asegurando que la isla Española no podia producir ningun provecho, sino ocasionar gastos.

Como tenian parientes de gran influencia y les ayudaba el fraile Boil, consiguieron que se adoptasen algunas medidas que demostraban la desconfianza del rey.

Preparóse una flota, y encargóse á Fonseca que nombrase una persona para que fuese á informarse de lo que en la isla pasaba, si bien obrando con la intervencion del almirante.

Dieron tambien permiso para que todos los españoles que quisieran fuesen á establecerse por su cuenta al Nuevo Mundo, lo cual era una violacion de lo pactado con el almirante.

Muy oportunamente llegó entonces Antonio de Torres con el oro y los esclavos y haciendo la más halagüeña pintura del Nuevo Mundo.

Esta circunstancia favoreció al almirante; retiróse el poder dado á Fonseca, y se nombró á Juan Aguado.

A fines de Agosto de 1495 salió Juan Aguado de España con cuatro carabelas bien provistas, y llegó á Isabela cuando el almirante se encontraba en el interior de la isla restableciendo la tranquilidad.

Engreido Juan Aguado creyóse suprema autoridad, mandó prender varias personas, y exigió cuentas á todos los empleados.

Creyeron los colonos que habia concluido la influencia de Colon, y todos se convirtieron en sus enemigos y acusadores.

Nunca con más razon pudo decirse que del árbol caido todos hacen leña.

Aguado recogió con avidez todas aquellas

acusaciones, y cuando se presentó á Colon, de quien habia recibido grandes beneficios, le habló con arrogancia.

Cuando aquel ruin enemigo creyó que tenia suficientes informes para perder á Colon, preparóse para volver á España.

Creyó el almirante que debia hacer lo mismo, pues solo así se defenderia de las calumnias y haria comprender la razon por qué su empresa no habia producido aún las ventajas que todos esperaban.

Cuando iban á zarpar los buques, se desencadenó sobre la isla una terrible tormenta.

Al medio dia empezó á silbar furiosamente el viento; relumbraban los relámpagos, acumulábanse, y aquellas corrientes de fuego descendian á la tierra, la recorrian, y abrasaban los bosques y quebrantaban las montañas.

Tres horas duró la tempestad, y algunos de los buques se destrozaron y sumergieron.

No quedó sano más buque que la *Niña*, y con los restos de los demás dispuso Colon que se construyese otra carabela, resultando así que no les fué posible emprender inmediatamente el viaje.

CAPITULO XXVI.

Descubrimiento de las minas de Hayna.—Vuelta de Colon á España.—Propone otro viaje.—Contrariedades y dilaciones.

Mientras se construia la carabela tuvo lugar un feliz suceso, que vamos á referir con algunos detalles porque es de mucho interés.

Un jóven aragonés llamado Miguel Diaz, que militaba á las órdenes del adelantado tuvo una querella con otro español, hiriéndolo gravemente.

Temeroso al castigo huyó con seis amigos, vagando por la isla y llegando á la costa del Sur, cerca de la desembocadura del Ozema, donde hoy está la ciudad de Santo Domingo.

Los naturales dieron bondadosamente hospitalidad á los fugitivos.

Colon recibió la noticia con júbilo inmenso, pues aquellas riquezas habian de servirle de mucho para probar las ventajas de su empresa y anonadar á sus detractores.

Dispuso que inmediatamente se levantase una fortaleza en las márgenes del Hayna.

Siempre creyendo que se encontraba en el extremo oriental del Asia, supuso Colon que habia pasado por el golfo de Pérsia y cerca de Tropobana, siendo aquella isla el antiguo Ofir de donde habia sacado Salomon el oro para el templo de Jerusalen.

Más tranquilo ya, dispúsose á volver á España.

Nombró á su hermano don Bartolomé comandante de la isla con el título que le habia concedido ya de adelantado.

Terminada la carabela, á la que se llamó *Santa Cruz*, el 10 de Marzo partió el almirante y Aguado con doscientos veinte pasajeros de los más inútiles y más turbulentos de la colonia.

El cacique Caonabo, un hermano suyo, algunos de sus sobrinos y treinta indios fueron tambien embarcados.

En vez de hacer rumbo al Norte para llegar al término de los vientos occidentales siguió hácia Oriente, porque todavía no era bastante práctico en la navegacion de aquellos mares.

El 6 de Abril encontrábase todavía en las inmediaciones de las islas caribes, y como ya escaseaban las provisiones, ancló el dia 9 en Marigalante, y al siguiente se hizo á la vela para Guadalupe.

Envió á tierra un bote bien armado; pero de los bosques salieron muchas mujeres con flechas, para oponerse al desembarco.

Dos indios de Española fueron nadando hasta la orilla para aplacar à las amazonas; pero estas respondieron que no podian suministrar provisiones y que los extranjeros acudiesen á sus maridos, que estaban al extremo Norte de la isla.

Fueron allí los botes, y antes de tocar á tierra aparecieron muchos indios, gritando y disparando sus flechas.

Fué preciso hacer uso de las armas de fuego, y así se les ahuyentó.

El 20 de Abril se alejaron de Guadalupe des-

pues de haber dado libertad á algunos de los naturales que habian hecho prisioneros, si bien una mujer, la esposa del cacique, quiso quedarse á bordo con una hija, porque se enamoró repentinamente de Caonabo.

Aquella mujer se habia defendido contra los españoles, y luchando cuerpo á cuerpo con uno, lo hubiese ahogado á no acudir prontamente sus compañeros.

Adelantaban poco y otra vez las provisiones escasearon.

A principios de Junio empezaron á sufrir los horrores del hambre, y algunos propusieron que se diese muerte á los prisioneros indios para alimentarse con su carne.

Gran trabajo le costó á Colon contener á los marineros.

Cuando llegó la noche de aquel dia tan terrible, mandó el almirante que se cargasen velas para no llegar á tierra en medio de la oscuridad.

Burláronse los pilotos; pero al dia siguiente descubrieron la tierra, y desde entonces la opi-

nion de Colon era escuchada como la voz de un oráculo.

El 11 de Junio anclaron en la bahía de Cádiz despues de ocho meses de navegacion.

Durante la navegacion había muerto Caonabo, conservando hasta el último momento su altivo carácter.

El aspecto miserable de la tripulacion produjo muy mal efecto.

Esperábase ver regresar á los aventureros cargados de oro, y los encontraban pobres, enfermos y desesperados.

En vano el almirante se esforzaba para atenuar el efecto producido por las noticias desconsoladoras que exparcian los marineros.

Encontraron en el puerto de Cádiz otras tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño y próximas á partir con provisiones para la colonia.

Aprovechó el almirante la ocasion para escribir á su hermano, recomendándole nuevamente que pacificase la isla y que explotase las minas de oro con la mayor actividad.

El 12 de Julio de 1496 escribieron los soberanos á Colon, dándole la bienvenida é invitándolo á pasar á la córte.

Estaba Colon muy abatido, lo cual no era extraño despues de lo mucho que habia sufrido, y de lo que comprendia que le esperaba sufrir.

Los reyes acogieron muy bien á Colon, y reanimándose éste, habló de los últimos descubrimientos, asegurando que en la isla Española debia estar el antiguo Ofir, y que Cuba era parte del rico continente.

Propuso una nueva expedicion, y aunque se le prometió complacerlo, no se hizo tan pronto como era menester, pues el rey Fernando estaba entonces demasiado ocupado con las guerras y las intrigas diplomáticas que sostenia en la mayor parte de Europa.

En el otoño se mandó al fin adelantar al almirante seis millones de maravedises para que preparase la escuadra.

Regresó entonces Pedro Alonso Niño, que deteniéndose en Huelva para ver á su familia, es

cribió á los reyes que tenia á bordo de sus buques una cantidad de oro muy considerable.

Entonces el monarca dispuso que los seis millones se le diesen á Colon del oro que traia Pedro Alonso Niño.

Esto fué un nuevo entorpecimiento, pues cuando Niño se presentó á la córte se supo que el oro no existia, sinó que estaba representado por los muchos prisioneros indios que habia traido y que habian de venderse.

Otra vez los envidiosos se ensañaron contra Colon, y los soberanos no quisieron ocuparse con tanto afan del Nuevo Mundo. Sin embargo, la reina miraba siempre con cariño aquella empresa y consiguió que se allegasen algunos recursos, confirmando de nuevo los derechos concedidos á Colon, y ofreciéndole además en la isla Española una heredad de cincuenta leguas de largo por veincinco de ancho con el título de duque ó de marqués.

No quiso aceptar Colon, diciendo que esta gracia aumentaria la saña de los envidiosos. Entonces se le concedió el derecho de establecer un

mayorazgo, derecho de que hizo uso al otorgar testamento en Sevilla en el año 1498.

Como el entusiasmo público se habia enfriado, ofreciéronse muchas dificultades para encontrar buques y aventureros que quisiesen ir al Nuevo Mundo.

Solo la constancia de Colon pudo vencer tantos obstáculos y triunfar de todas las intrigas que sus enemigos pusieron en juego.

Fonseca fué uno de los que más trabajaron en contra del almirante.

Preparóse éste á partir en el mes de Mayo de 1498 con sus buques provistos como mejor le fué posible.



CAPITULO XXVI.

Tercer viaje de Colon.—Descubrimiento de la Trinidad.—El golfo de Pária.—Vuelta á la isla Española.—Nueva teoría de Colon.

El dia 30 de Mayo salió Colon de Sanlúcar de Barrameda.

Se proponia seguir distinto derrotero, partiendo del cabo de las islas Verdes y navegando al Sudoeste hasta la línea equinocial, virando entonces al Occidente y siguiendo hasta llegar á tierra ó á la longitud de Española.

No pudo hacerlo así con exactitud, porque tuvo noticia de que una escuadra francesa cruzaba por el cabo de San Vicente, y volvió al Sudoeste, llegando el 19 de Junio á la Gomera, donde encontró un corsario francés con dos presas españolas.

Al ver la escuadra del almirante huyeron los

franceses, dejando uno de los buques apresados.

El otro pudo recobrarse tambien.

El dia 21 envió tres de sus buques directamente á Española con provisiones, y con los otros tres prosiguió entonces su viaje al cabo de las islas Verdes.

Al llegar á los trópicos enfermó el almirante, pero no se desalentó.

El dia 5 de Julio dejaron la isla de Buenavista.

El dia 13 se habia despejado el cielo, antes nebuloso, y el calor era insoportable; se derretia la brea, se abrian las junturas de los buques, y se pudrió hasta la carne salada.

Con la esperanza de encontrar una temperatura más benigna, cambiaron de rumbo.

Con los buques en muy mal estado, escasísimas las provisiones y casi sin agua, pasaron dias y dias.

El 31 un marinero distinguió tres cimas de montañas y dió el grito de tierra.

Al aproximarse los buques vieron que las tres

montañas se unian en su base, y como el almirante habia decidido dar el nombre de la Santísima Trinidad á la primera tierra que descubriese, creyóse que era providencial la aparicion de aquellas tres montañas unidas en una.

Llegaron al extremo oriental de las islas, dándole el nombre de Punta Sabra, y les fué preciso explorar otras cinco leguas de la costa al Sur para buscar seguro fondeadero.

Al dia siguiente, 1.° de Agosto, continuaron hácia Occidente.

Por todas partes se presentaba el terreno muy fértil, y á pesar de encontrarse próximos al Ecuador, la temperatura era muy agradable, lo cual sorprendió mucho á los españoles.

Aquel dia, y mientras costeaban, vió Colon tierra al Sur, pero supuso que era una isla, á la que dió el nombre de Santa, y ni remotamente sospechó que era el continente que con tanto afan habia buscado.

Continuaron hácia el Sudoeste el dia 2, acercándose á un promontorio de tierra firme, al que llamaron el Gallo, y anclaron allí.

Salió de tierra una gran canoa con veinticinco hombres, armados de flechas y con escudos. Eran más blancos y mejor formados que los que hasta entonces habian visto.

No fué posible conseguir que se acercasen mucho á los buques, y huyeron y desaparecieron cuando los botes se acercaron á tierra.

El color de aquella gente y lo templado del clima fueron motivo para que el almirante, dando vuelo á su imaginacion, formulase otra teoría de que hablaremos oportunamente.

Era muy rápida la corriente, comprimida entre la punta del Arsenal y la de la tierra firme, lo cual ofrecia grandes peligros. Sin duda por esto el sitio aquel fué llamado Boca de la Sierpe.

Sondearon, y convencidos de que podian navegar por aquel estrecho, aprovecharon la brisa y bien pronto se encontraron en una mar tranquila.

A la izquierda se extendia el dilatado golfo que despues se llamó Pária y que suponian fuese mar, comprendiendo ser error cuando probaron el agua y vieron que era dulce.

Navegando al Norte vieron dos elevados pro-

montorios, uno frente á otro; el primero en la isla de la Trinidad, y el segundo al Oeste en el cabo de Pária.

Este pasaje era mucho más peligroso que la Boca de la Sierpe, y se le llamó Boca del Dragon.

Creyendo siempre que la costa de Pária era una isla, deducia el almirante que se encontraba en el interior de ésta, y no queriendo arrostrar los peligros de la Boca del Dragon, viró al Norte el domingo 5 de Agosto.

La costa era bellísima, y se veian grandes extensiones de terreno muy bien cultivados, pero no se presentaban sus habitantes.

Anclaron en un rio, y entonces se les acercó una canoa, de cuyos tripulantes se apoderaron los españoles, obsequiándolos y enviándolos á tierra. Entonces llegaron á los buques otros muchos indios, que aseguraron estaba la tierra mucho más poblada al Occidente.

Algunos siguieron con la escuadra hasta un punto que llamaron la Aguja, encontrando el terreno bien cultivado y muy poblado.

Acudieron muchos indios, y convidaron á Colon en nombre de su rey.

Las canoas eran allí grandes, ligeras y con un camarote en el centro.

Todas estas circunstancias, que revelaban mayor grado de cultura, debieron ser para los españoles una prueba de que se encontraban en el territorio de más importancia descubierto hasta entonces; pero no sucedió así, y siguieron creyendo que era una isla.

Fué Colon muy obsequiado, y vió que muchos indios llevaban collares y brazaletes de perlas. Preguntó dónde las recogian, y respondieron que en el mar al Norte de Pária.

Tan precioso hallazgo fué para Colon una prueba de la exactitud con que un célebre lapidario llamado Ferrer, aseguraba que las perlas, el oro y las piedras preciosas se encontraban en más abundancia cuanto más se acercaba uno al Ecuador.

Creíase entonces que las perlas eran las gotas del rocío que se introducian por la boca de las ostras, y estas abundaban tanto por allí, que se

veian cubriendo los troncos de las raices de los árboles que crecian á las orillas del mar.

Deseoso de circunnavegar la supuesta isla, alejáronse el 10 de Agosto de aquel lugar encantador, al que dieron el nombre de los Jardines, y siguieron costeando el golfo hácia Occidente para buscar una salida por el Norte; pero la magnitud del buque en que iba Colon no les permitió continuar mucho por allí, y tuvo que retroceder para buscar salida por la Boca del Dragon.

Llegaron á este punto el dia 14 y lo atravesaron felizmente, aunque temian perecer.

Al Nordeste descubrieron dos islas, llamándolas Asuncion y Concepcion, y el 15 descubrieron las de Margarita y de Cubagua. Esta, á cuatro leguas de la tierra firme, era estéril, y al acercarse á ella vieron muchos indios pescadores de perlas que huyeron.

Envióse un bote, y viendo uno de los marineros que una india llevaba un collar con muchos hilos de perlas, le ofreció un plato roto de Valencia y pintado de vivos colores, y obtuvo en cambio muchas perlas. Entonces dispuso Colon que

cielos. Esta parte se la figuraba en el interior del recien descubierto continente, por debajo del Ecuador.

A la misma causa atribuia la variacion de la aguja.

No solamente la temperatura, sinó el color de los últimos indios que habia visto, le sirvió de prueba para la nueva teoría.

Tampoco sobre este punto debia desengañarse mientras viviese.

Ocupémonos ahora de lo que habia hecho el adelantado durante la ausencia de su hermano.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.


OF MICHIGAN

VOLÚMEN NÚM. 96.
DE LA BIBLIOTECA MADRILEÑA.

OBRAS PUBL CADAS.	Ts.	Rs.
POR D. R. ORTEGA Y FRIAS.		
La Cruz de la Ermita. . .	2	3
El Amor de un Angel. . . .	1	1 1/2
Un Drama Negro.	2	3
La Nieta del Comendador. .	2	3
La Palma del Martirio. . .	1	1 1/2
El Angel de la Familia. . . .	1	1 1/2
El Envenenador..	1	1 1/2
POR D. E. LLOFRIU.		
Castigo del Cielo.	1	1 1/2
Heroísmo de una Madre. . .	1	1 1/2
La Madre de los Pobres. . .	2	3
Gloria, Dinero y Mujer. . .	2	3
El Naufragio del Grumete. .	1	1 1/2
Tempestades del Alma. . .	1	1 1/2
Tratado de Física Recreativa.	2	3
¡Maldito dinero!	2	3
POR D. E. HERNANDEZ.		
El Cazador de Tigres. . . .	2	3
La Estrella del Sur.	1	1 1/2
La Perla de la Costa. . . .	2	3
Los Aventureros..	1	1 1/2
El Rio de Sangre..	1	1 1/2
La Fuente de las Gracias. .	1	1 1/2
Memorias de un Misionero. .	1	1 1/2
Un Año en Occeanía. . . .	2	3
Don Pedro el Cruel. . . .	2	3
Las Habitaciones Aéreas. . .	2	3
La Dama del Peine de Oro. .	1	1 1/2
Aventuras de un Navegante..	2	3
La Astronomía al alcance de todos.	2	3
Un invierno en Noruega. . .	2	3
Un viaje á la Mongolia. . .	2	3
POR EL CAPITAN BURTON.		
Peregrinacion á la Meca. . .	2	3
Viaje al País de los Mormones	2	3
POR D. VENTURA DE LA VEGA.		
Poesías líricas.	2	3
[illegible]las íntimas.	1	1 1/2

OBRAS PUBLICADAS.	Ts.
POR D. A. DE SAN MARTIN.	
El Casamiento de Quevedo. .	2
Memorias de un Desenterrado	1
El Siglo del Can-can. . . .	1
La Tumba de una Hija . .	1
El Señor de las Gafas Verdes	1
Locura de Amor	1
Los Vampiros del Siglo XIX	2
Historia de un Renegado. . .	1
QUEVEDO.	
Poesías de don Francisco de Quevedo Villegas.. . . .	
POR D. E. LLORENTE.	
Hazañas de un Solteron. . .	2
POR M. A. DUMAS.	
Un Gil Blas en California.. .	2
Historia de un muerto.—Un baile de máscaras.—El cochero de cabriolé. . . .	1
VARIOS.	
Historia de Bertoldo.. . .	2
La Conquista de Madrid, por doña E. Feijóo y de Mendoza	2
Un Inglés enamorado, arreglo del francés, por D. A. Castilla y Gutierrez.	2
Cuentos de Hadas, por madame d'Aulnoy.	2
Viajes del capitan Gulliver. .	1
Los pieles Rojas, por F. Gerstaecker.	1
El Contrabandista, por don Hipólito Castilla.	2

VIDA Y VIAJES DE CRISTOBAL COLON.

BIBLIOTECA MADRILEÑA.

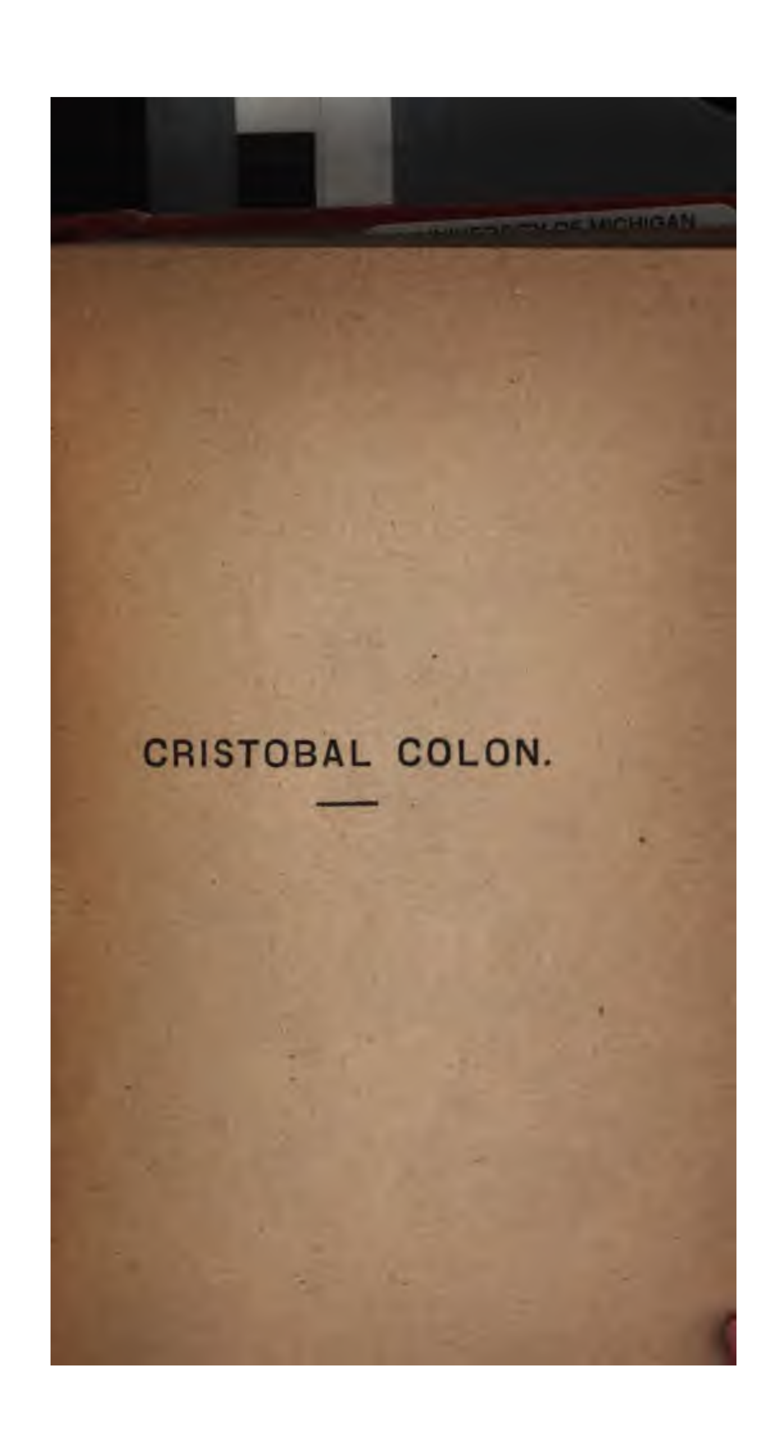


REAL Y MEDIO CADA TOMO.

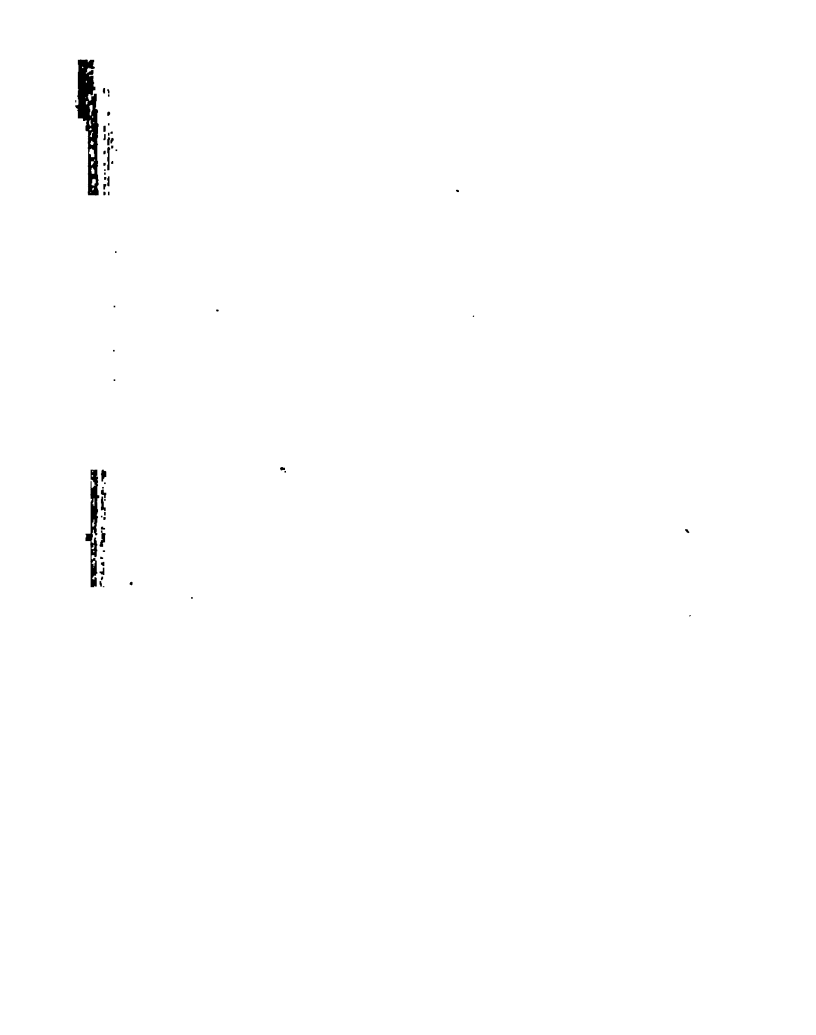
POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO III.





CRISTOBAL COLON.







Colon toma posesion en nombre de los Reyes Católicos de las tierras descubiertas por él.

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

VIDA Y VIAJES

DE

CRISTOBAL COLON.

POR

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO III.

MADRID:
Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1874.

En Julio llegaron las carabelas mandadas por Niño, con las provisiones, que fueron un gran socorro, y las cartas de Colon en que mandaba que se fundase una ciudad y puerto en la desembocadura del Ozema.

Volvió el Adelantado á San Cristóbal, y para la fundacion de la nueva ciudad eligió la márgen oriental del rio donde encontró bastante fondo y buen anclaje.

Extendíase allí una vega deliciosa.

La esposa de Miguel Diaz siguió tratando cariñosamente á los españoles, como habia prometido.

Terminada la nueva fortaleza, á la que se llamó Isabela y despues Santo Domingo, don Bartolomé, dejando allí una guarnicion de veinte hombres, salió á recorrer los dominios de Behechio, caudillo que dominaba en el distrito de Jaragua que comprende toda la costa Occidental, incluso el cabo Tiburon, extendiéndose al Sur hasta la isla Beata.

Con este cacique, segun ya hemos dicho, vivia su hermana Anacaona, viuda del célebre Cao-

nabo. El nombre de esta mujer en lengua india significa flor de oro.

Era una de esas criaturas á quienes se puede llamar extraordinarias: estaba dotada de una gran inteligencia y de una imaginacion ardiente y fecunda.

Gozaba reputacion de inspirada poetisa, y fué la autora de los romances históricos que cantaban los indios en sus danzas nacionales, y que expresaban su dolor al verse dominados y esclavizados por los extranjeros.

No hay nada más dulce, más melancólico ni más conmovedor que esos cantares que son como un lamento exhalado por el alma.

Anacaona no parecia que guardase rencor á los españoles, sin duda porque comprendia que su esposo habia buscado sus desgracias al provocar una lucha tan temeraria como estéril.

Ejercia aquella hermosa mujer gran influencia sobre su hermano Behechio y le recordó lo que le habia sucedido á Caonabo, aconsejándole que fuese amigo de los extranjeros.

El cacique salió al encuentro de don Barto-

lomé con un ejército numeroso; pero dejando las armas, se acercó al Adelantado y le dirigió amistosas frases.

Llegáron á la capital y fueron recibidos por muchas mujeres que cantaban y bailaban.

Las matronas llevaban pequeños delantales que les llegaban hasta la mitad del muslo, y las vírgenes estaban completamente desnudas y sin otro adorno que una redecilla en la cabeza.

Al salir de aquellos frondosos bosques, pisando una alfombra de flores tan bellas, y tan naturalmente presentadas, los españoles, segun dice Pedro Mártir, imaginaron que se les aparecian las fabulosas driadas ó las hadas y ninfas nacidas de las fuentes.

Luego llegó la célebre Anacaona reclinada en una litera conducida por seis indios, y sin que tampoco cubriese su desnudez más que el pequeño delantal que usaban las mujeres casadas.

Fueron muy obsequiados los españoles y se convino en que el cacique pagase un tributo casi todo en comestibles por ser escaso el oro en aquella comarca.

Volvió el Adelantado á Isabela, encontrando la colonia en la situacion mas triste, pues se habian agotado las provisiones llevadas por Pedro Alonso Niño, muchos colonos habian muerto, y otros muchos estaban enfermos gravemente.

Los indios, cansados de vejaciones, huyeron á las montañas, prefiriendo vivir libres y sustentarse con raíces y yerbas.

La sed de oro habia sido causa de que los españoles abandonasen el cultivo de las tierras sin que les ocurriese pensar que con oro no habian de comer.

Se murmuraba contra Colon, quejábanse del abandono en que se les tenia y si hubieran dispuesto de buques habrian regresado á Europa.

El Adelantado, para ocupar á los descontentos y alimentar las esperanzas mandó construir dos carabelas, destinando á muchos colonos al interior y estableciendo una cadena de puestos militares desde Isabela á Santo Domingo.

Esta última disposicion impuso por algun tiempo á los indios; pero al fin empezaron á manifestarse hostiles.

Para esto hubo una causa. Con el padre Boil habian ido otros dos religiosos, el uno llamado Ramon Pave, del órden de San Jerónimo, y el otro Juan Borgoñon, franciscano.

Residieron en la vega, trabajando celosamente para convertir á los naturales, y consiguieron que se bautizase una familia de diez y seis personas cuyo jefe recibió el nombre de Juan Mateo; pero lo que más interesaba era la conversion del cacique Guarionex.

Este se habia prestado á escuchar las exhortaciones, y aprendió el Credo, el Padre Nuestro y el Ave-María, que con su familia repetia diariamente; pero un español sedujo ó trató de seducir á la esposa favorita del cacique, y éste indignado renunció una fé y religion que á su parecer no reprobaba semejantes actos.

Alejáronse los misioneros, edificando antes una capilla donde pudiera rezar la familia de Juan Mateo; pero muchos indios invadieron el santuario, destrozaron las imágenes y dijeron que todo lo hacian por órden de Guarionex.

El Adelantado dispuso que se diese principio

á un proceso para castigar á los criminales.

Preciso es no olvidar lo que era aquella época.

Los pobres indios, que aún no podian tener ni remota idea de nuestra religion, serian declarados herejes y sacrílegos y castigados con la muerte y el fuego.

El mismo padre Roman, con una candidez lastimosa, hace entre otras circunstancias mencion de que las destrozadas efigies habian sido enterradas en un campo sembrado de raíces parecidas al rábano ó al nabo, las cuales crecieron milagrosamente, tomando la forma de cruces.

El horroroso castigo que á los indios se impuso, más bien que el miedo, produjo la indignacion, y Guarionex protestó enérgicamente por la muerte inhumana que se habia dado á sus súbditos.

Todos los caciques quisieron aliarse para atacar al enemigo comun, y aunque Guarionex vaciló porque conocia la superioridad de los españoles, decidióse al fin, conviniendo en reunirse con ejércitos numerosos, cayendo repentinamente sobre los españoles.

Así don Bartolomé sabia conquistar las voluntades, y es preciso reconocer que no valia menos que su hermano. Tiene un gran mérito su habilidad por haber terminado casi sin efusion de sangre una insurreccion imponente y terrible en todos sentidos.



CAPITULO XXIX.

Conspiracion de Roldan.—El Adelantado vá al fuerte de la Concepcion.—Segunda insurreccion de Guarionex.—Campaña.—Las montañas de Ciguay.

Entre estos colonos se encontraba uno llamado Francisco Roldan, y habia servido como criado al almirante; pero que demostrando claro talento y aparentando fidelidad, consiguió que se le hiciese alcalde ordinario, nombrándolo despues alcalde mayor de la colonia.

Ensoberbecióse, tuvo envidia de los mismos á quienes debia su fortuna, y creyendo que menguaba el prestigio de Colon, declaróse enemigo de éste, así como de don Bartolomé y de Diego, empezando á conspirar y haciendo muchos partidarios.

Halagaba las pasiones de los más ruines, ha-

ciéndoles deslumbradoras promesas, y propuso asesinar al Adelantado en los momentos en que éste debia presenciar la ejecucion de un delincuente.

No pudo consumarse el crímen, porque el Adelantado indultó al criminal, y por consiguiente el plan abortó.

Esperó Roldan, y cuando don Bartolomé se encontraba en Jaragua, esploró los ánimos de los colonos y creyó fácil provocar una insurreccion.

Volvió el buque con el tributo de la provincia de Jaragua, y cuando se hubo descargado, se le sacó á tierra.

Roldan hizo correr la voz de que esta determinacion significaba desconfianza por parte de los dos hermanos, que á toda costa querian evitar que se enviasen á España noticias de los abusos que cometian, y los descontentos empezaron á pedir que el buque se echase al agua y fuese á España por víveres.

En vano don Diego quiso apaciguarlos.

No sabiendo éste como conjurar la tormenta,

dispuso que inmediatamente fuese Roldan á la vega con cuarenta hombres, lo cual produjo el efecto contrario al que era de desear, pues aprovechando la ocasion, púsose de acuerdo con los caciques, prometiéndoles ayuda y aconsejándoles que no pagasen el tributo.

Despues de reunirse hasta setenta hombres, decidió apoderarse del fuerte de la Concepcion; pero Miguel Ballester, gobernador de la fortaleza, se opuso á la entrada de los sublevados.

Convencido don Bartolomé de que Roldan era un traidor, decidió socorrer la fortaleza, yendo él mismo con un destacamento y enviando un mensaje á Roldan, reconviniéndole y mandándole presentarse en el fuerte sin ningun cuidado, pues se le aseguraba la vida.

Obedeció Roldan y conferenció con el Adelantado, que se asomó á una ventana.

No quiso el rebelde hacer entrega del mando de su pequeño ejército, ni renunciar el empleo que se le habia concedido.

Aprovechando la ausencia de don Bartolomé, dirigiéronse los amotinados á Isabela, y al grito

Ballester salió al encuentro del traidor; pero éste dijo que no iba para tratar de paz, sinó á pedir la libertad de algunos indios que debian ser embarcados para España, y que mientras no se le concediese esto, no escucharia ninguna proposicion.

Semejante conducta inspiró al almirante los más sérios temores, porque no tenia completa seguridad en todos los que hasta entonces parecian fieles.

Provocar una lucha era poner de manifiesto la fuerza de los sublevados, fuerza bastante para triunfar ó siquiera sostenerse.

En semejante conflicto dispuso el almirante que se le presentase toda la fuerza armada de Santo Domingo, y no lo hicieron más que setenta, excusándose muchos con fingidas enfermedades.

Escribió Colon á los reyes, rogándoles dispusieran que Roldan volviese á España; pero éste y sus amigos enviaron tambien cartas para justificar la rebelion.

Diéronse los buques á la vela.

El almirante continuó las negociaciones con los sublevados.

Escribió el 20 de Octubre una carta á Roldan.

Las exigencias de éste crecian á medida que se le hacian ofrecimientos, y llegaron á ser tales, que Colon se vió precisado á romper por entonces toda negociacion, reanudándose despues y conviniéndose al fin en que Roldan y sus compañeros se embarcasen para España desde el puerto de Jaragua; que cada uno llevaria su certificado de buena conducta; que se les entregarian algunos esclavos, y que se les permitiria llevar sus mujeres naturales de la isla.

Este contrato se firmó por Roldan el 16 de Noviembre en el fuerte de la Concepcion, y por el almirante el 21 en Santo Domingo.

Así terminó por entonces la insurreccion, dirigiéndose los insurrectos á Jaragua para esperar los buques en que debian volver á Europa.

Entonces Colon, con su hermano don Bartolomé, emprendió algunas excursiones para restablecer el órden en la isla.

dicion tocase en las tierras pertenecientes al rey de Portugal, ni á las descubiertas antes del año 1495.

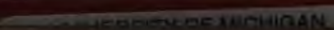
El golfo de Pária habia sido descubierto despues, y por consiguiente quedaba abierto á la codicia de los nuevos aventureros.

Cuatro fueron los buques armados en Sevilla con la ayuda de muchos especuladores, entre los que se contaba el comerciante florentino Américo Vespucio, que debia dar nombre al continente descubierto por Colon.

En el mes de Mayo de 1499 zarpó la flota, llegó al Sur del Nuevo Mundo y entró en el golfo de Pária. Visitaron despues los aventureros la isla Margarite y descubrieron el golfo de Venezuela.

Fueron á las islas caribes, hicieron muchos prisioneros, que debian vender como esclavos en España, y necesitando provisiones, hicieron rumbo á la Española.

Informado de esto Roldan, regresó á Santo Domingo despues de haber obtenido de Alonso de Ojeda la promesa de presentarse al almirante.



CAPITULO XXXI.

Continúa Ojeda dando que hacer.—Conspiracion de Gevera y Mujica.—Castigos.—Cambia la situacion de la isla.—Esperanzas de Colon.

Mucho le desagradó á Colon cuanto le dijo Roldan, pues veia en todo ello una infraccion de los privilegios que se le habian concedido, y además la prueba de lo que sus enemigos trabajaban para hacerle mal.

Nunca pensó Ojeda cumplir lo prometido, y en vez de ir á visitar al almirante, dirigióse á la provincia de Jaragua.

Bien recibido fué allí por los antiguos partidarios de Roldan, que estaban descontentos y deseaban un nuevo jefe audaz y astuto para rebelarse otra vez; pero el almirante dió pruebas de previsor y envió á Roldan con una escolta, lle-

gando éste á Jaragua precisamente cuando los sublevados se disponian á ir á Santo Domingo.

Así se evitó el golpe, y Roldan y Ojeda, ambos muy astutos, hicieron por engañarse el uno al otro sin conseguirlo.

Despues de muchas conferencias y algunas escaramuzas, Alonso de Ojeda partió, sin que por entonces volvieran á tener noticias suyas. Supónese que volvió á las caribes para aumentar su botin de esclavos, que luego fueron vendidos en Cádiz.

Predestinado estaba Colon á no tener un dia de tranquilidad, pues terminado el desagradable asunto de Ojeda, tuvo lugar otro incidente de mayor importancia.

Para que se comprenda lo que sucedió, es preciso que demos á conocer los antecedentes.

Segun la afirmacion de algunos historiadores de aquella época, Roldan se habia enamorado de una hija de Anacaona, la viuda de Caonabo, pero ocultó su pasion cuanto le fué posible, y no hizo por entonces nada para satisfacerla.

En semejante situacion llegó á Jaragua un

caballero jóven llamado don Hernando de Guevara, pariente de Adrian de Mojica, que habia sido uno de los agentes más activos de la rebelion de Roldan. Habia ido Guevara por órden del almirante, como desterrado y para volver á España con Ojeda; pero llegó tarde y se estableció allí con autorizacion de Roldan.

Entretanto los antiguos rebeldes que habian ido á Cahay pidieron terrenos, y como no se les satisfizo completamente, empezaron á dar muestras de disgusto, acusando duramente á Roldan, su antiguo caudillo en los tiempos de revueltas.

Bien pronto don Hernando de Guevara se interesó tambien vivamente por la belleza singular de Higuenamota, que así se llamaba la hija de Anacaona, y ya no quiso trasladarse á la provincia de Cahay, como primero habia pensado, sinó que quedó en Jaragua.

Fué correspondida su pasion y protegida por la madre, y aún llegó el caso de que Guevara declarase formalmente que queria casarse con la india, recibiendo antes ésta el agua del bautismo.

La garra de los celos atormentó á Roldan; pero no quiso que se le acusase de obrar por el impulso de sus pasiones, y se concretó á llamar á Guevara, reconviniéndolo por estar engañando á la inocente india, y mandándole que inmediatamente se trasladase á Cahay.

Tuvo que obedecer el enamorado jóven; pero queriendo vengarse, acudió á su pariente Mojica y ambos se pusieron á la cabeza de los descontentos con el fin de caer repentinamente sobre Roldan y asesinarlo, ó sacarle los ojos, segun otros afirman se dispuso.

Afortunadamente Roldan tuvo noticias de la conspiracion, y con la actividad que lo distinguia, se anticipó á dar el ataque, apoderándose de Guevara y enviándolo á Santo Domingo, porque él no se creia con facultades para adoptar otra resolucion.

Al saber esto Adrian de Mojica, enfurecióse, fué á Bonas, que puede decirse era el foco de las insurrecciones, y pidió ayuda á Pedro Riquelme, alcalde nombrado por Roldan.

Bien pronto tuvieron un cuerpo respetable de

descontentos, y juraron matar á Roldan y al almirante y matar al preso.

Encontrábase entonces Colon en el fuerte de la Concepcion, y por un prófugo de los sublevados tuvo noticias de lo que se tramaba.

No perdió tiempo el almirante, y con seis criados y cuatro escuderos, todos bien armados, se dirigió por la noche á la residencia de los sediciosos, sorprendiéndolos, apoderándose de Mojica y algunos más y llevándolos al fuerte de la Concepcion.

Inclinado á la clemencia era el almirante, y muchas pruebas dió de que era una de esas almas nobles que gozan más otorgando el perdon que satisfaciendo la venganza; pero se convenció de que era absolutamente preciso mostrar energía, pues de otra manera no era posible imponerse á las turbas de desalmados.

Muy crítica era la situacion, pues la Vega debia sublevarse de un momento á otro, y habia necesidad de acudir prontamente al remedio.

Inmediatamente mandó Colon que Mojica fuese ahorcado del asta de la bandera del fuerte.

El criminal perdió el valor apenas se le notificó la terrible sentencia, pidió un sacerdote para confesar, y espantado ante la muerte y queriendo ganar tiempo, en vez de ocuparse de sus culpas, acusó á sus enemigos y empezó la confesion muchas veces.

Cansado Colon dispuso que al delincuente se le arrojase por la muralla, y sin dar tiempo á que los conspiradores pudiesen hacer nada, encerró á Pedro Riquelme y á todos los persiguió, imponiendo los más severos castigos.

No hubo ya quien se atreviera á rebelarse, y hasta los indios empezaron á mostrarse más sumisos y civilizados, pues muchos se vistieron y recibieron el bautismo.

Hubo que lamentar muchas desgracias; pero el escarmiento fué saludable.

Convencidos los descontentos de que nada habian de conseguir con las rebeldías, dedicáronse al cultivo de la tierra, y pronto mejoró muy notablemente la situacion de la isla.

Tan lisonjero resultado lo atribuia Colon á la proteccion divina, y así lo asegura, recordando

las visiones que habia creido contemplar en momentos en que su imaginacion se exaltaba. A este propósito refiere que uno de los tristes dias que más habia sufrido y que su abatimiento era profundo, porque la fiebre lo devoraba, oyó una voz que le decia:

—«¡Hombre de poca fé, nada temas ni te apures! Yo te protegeré. Los siete años del término de oro no han espirado, y en esto y en todas las otras cosas, yo tendré cuidado de tí».

El dia que creyó haber oido la voz misteriosa recibió la noticia del descubrimiento de nuevas minas.

Y sin embargo, mientras con tan ciega fé aguardaba un ruiseño porvenir, tramábanse las más criminales intrigas y se preparaba su ruina para siempre.

No descansaban sus implacables enemigos, ponian en juego toda clase de medios, y aprovechaban el regreso y los informes de Alonso de Ojeda para continuar su obra.

El que habia descubierto un mundo, realizando la mayor de las empresas, debia ser victi

y como si fuese la más grave de las acusaciones.

Una gota de agua orada una piedra, y sucedió que al fin el rey Fernando, receloso por carácter, llegara á desconfiar del que le habia prestado tan grandes servicios.

Cuantos volvian de América se quejaban y acusaban á Colon y á sus hermanos, diciendo que las tierras descubiertas no eran más que un cementerio de españoles, y que no debia esperarse que jamás produjesen lo bastante para compensar lo que costaban.

El rey pensó que en aquellas quejas podia haber exageraciones; pero dedujo que, aún siendo exageradas, encerraban algun fondo de verdad.

Ya sabemos que el rey Fernando no habia mirado nunca con muy buenos ojos á Cristóbal Colon.

Por el contrario, la reina Isabel lo defendia; pero llegó tambien un momento en que creyó que el almirante se habia envanecido demasiado y abusaba de su posicion.

Debemos recordar que la reina se habia opuesto siempre á la esclavitud y la habia prohibido, y sin embargo, Colon seguia opinando de distinta manera y enviando á España como esclavos muchos infelices indios de los que se rebelaban.

Llegaron á España los descontentos que habian conspirado con Roldan, y todos traian esclavos en gran número, entre los cuales se veian algunas jóvenes de cuya pureza se habia abusado.

Vivamente herida la reina en sus sentimientos humanitarios y religiosos, mostróse indignada y exclamó:

—¿Qué derecho tiene el almirante para regalar mis vasallos?

Y queriendo dar una prueba del horror con que miraba aquellos ultrajes hechos á la humanidad, dispuso que se llevasen á la isla Española todos los indios esclavos devolviéndoles la libertad.

Si todas las resoluciones de aquella gran mujer se hubiesen cumplido fielmente, no tendríamos ahora que avergonzarnos con el borron de la esclavitud.

Creyeron los monarcas que era de necesidad absoluta averiguar lo que sucedia en el Nuevo Mundo, y determinaron enviar una persona con ámplios poderes que en caso necesario procediera hasta contra el almirante, si así lo creia justo.

Más de una vez Colon habia pedido que se le enviase un hombre probo y de talento que hiciese de juez, y otra persona imparcial que como árbitro arreglase las diferencias y cuestiones habidas con Roldan. Esta peticion debia servir para justificar la determinacion de los reyes, pues apareceria que no habia querido hacerse más que complacer al almirante.

La mision era en extremo delicada y difícil la eleccion de la persona, y despues de reflexionar muy detenidamente fué designado don Francisco de Bobadilla, oficial de la real casa y comendador de una de las órdenes militares.

Para apreciar con más exactitud la clase de instrucciones que á Bobadilla se dieron, conviene hacernos cargo de las cartas que le dirigieron los reyes, pues así tambien se comprenderán las impresiones que estos iban experimentando.

La primera carta es de 21 de Marzo de 1499; se concreta á las quejas dadas por Colon contra un alcalde y otras personas que contra él se habian rebelado, terminando así: «Por lo cual os mandamos informaros de la verdad de lo antedicho; averiguar quién y cuáles personas fueron las que se levantaron contra el dicho almirante y nuestra magistratura y por qué causa, y qué robos y otras injurias han cometido, y además extender vuestras investigaciones á todas las otras materias relativas á las premisas, y obtenido el informe y sabida la verdad, cualesquiera que halleis culpables, arrestad sus personas y secuestrad sus efectos; y ya aprehendidos, proceded contra ellos y los ausentes civil y criminalmente, imponiéndoles las multas y castigos que creais propios.»

En esta carta no se vé más que el deseo de atender á las quejas de Colon y castigar á los rebeldes; pero dos meses despues, el 21 de Mayo, se escribió otra carta que, sin nombrar á Colon, se dirigia á los consejeros, justicias, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y propietarios de

las islas y tierra firme, informándoles del nombramiento de Bobadilla para el gobierno, con plena jurisdiccion civil y criminal, y entre otras cosas dice: «Es nuestra voluntad que, si el dicho comendador Francisco de Bobadilla creyese necesario para nuestro servicio y los fines de la justicia, que cualesquiera caballeros ú otras personas que están al presente en aquellas islas, ó que lleguen en adelante, las abandonen y no vuelvan á residir en ellas, y que vengan y se presenten ante nos, se le pueda mandar así en nuestro nombre y obligarlos á partir; y á quien quiera que así se le mandase, por la presente ordenamos que, inmediatamente, sin detenerse á hacernos preguntas ó consultas, ó á recibir de nos otra carta ú órden y sin interponer apelacion ni súplica, obedezca aquello que él diga y mande, bajo las penas que imponga en nombre nuestro.»

En el mismo dia se escribió otra carta á Colon, dándole solamente el título de almirante del mar Océano, y mandándole á él y sus hermanos entregar las fortalezas, bajeles, casas, armas, municiones, ganados y todas las demás propiedades

reales á Bobadilla como gobernador, bajo pena de sufrir el castigo á que se sujetan aquellos que rehusan rendir fortalezas y otros puestos de confianza cuando se lo ordenan sus soberanos.

Las dos últimas cartas de que acabamos de hacer mencion debia reservarlas Bobadilla para en el caso de que creyese que era justo proceder contra el almirante y sus hermanos.

En suspenso estuvo esta medida por espacio de un año, y al fin partió Bobadilla á mediados de Julio de 1500 con dos carabelas, en que iban, como guardia de honor, veinticinco hombres alistados para un año de servicio, y además seis frailes y muchos indios que regresaban á su pátria.

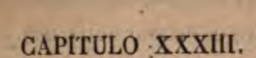
Como si fuese poco todo esto, entregáronse á Bobadilla algunas cartas firmadas en blanco para que las llenase como mejor le pareciese, dirigiéndolas á las personas que fuese menester.

No pueden darse mayores pruebas de confianza.

Sobre el carácter y demás cualidades de Bobadilla son contrarias las opiniones, pues mien-

tras Oviedo lo presenta como muy religioso y mucho talento, otros dicen que no podia desempeñar fielmente aquella mision, por ser po ambicioso y díscolo.

Esta última opinion está justificada po proceder.



CAPITULO XXXIII.

Llegada de Bobadilla á Santo Domingo.—Se apodera del mando.—Llama á Colon.

En la mañana del 23 de Agosto se divisaron desde Santo Domingo las dos carabelas, que esperaban el viento favorable para entrar en el puerto.

El almirante se encontraba todavía en el fuerte de la Concepcion; el Adelantado y Roldan continuaban persiguiendo á los últimos rebeldes, y don Diego Colon estaba de gobernador interino en la plaza.

Creyó éste que en aquellos buques se les enviaban provisiones y venia el hijo del almirante, y envió un bote para averiguar esto.

El mismo Bobadilla respondió que iba con órdenes de los monarcas para entender en el grave asunto de las rebeliones, y luego hizo algunas preguntas sobre el estado de la isla.

Temblaron los que habian cometidc desmanes y se regocijaron los que se creian con derechc para hacer alguna reclamacion, pues á nadie le ocurrió sospechar que el golpe fuese dirigido contra Colon.

Entraron las dos carabelas en el rio, y la primera impresion que experimentó Bobadilla no pudo ser más desagradable, pues vió dos horcas con los cuerpos de dos españoles rebeldes, lo cual le hizo creer que era cierto cuanto se referia de las crueldades y abusos del almirante y de sus hermanos.

No desembarcó aquel dia; pero recibió á cuantos fueron á visitarlo y no oyó más que quejas y acusaciones, resultando así que en su opinion quedase comprobada la culpabilidad del almirante.

A la mañana siguiente desembarcó, yendo á la iglesia para oir misa, y encontrando allí á don

Diego Colon, á Rodrigo Perez, lugar teniente, y á otras personas de distincion.

Terminada la ceremonia salieron del templo, parándose á la puerta en medio de la multitud, y allí dispuso Bobadilla que se leyese la primera de las cartas de que dejamos hecha mencion, pidiendo en seguida que se les entregaran los presos Hernando de Guevara, Pedro Riquelme y los demás.

Contestó don Diego que esto no podia hacerlo nadie más que el almirante, á quien avisaria y enviaria una copia de la carta.

No quiso Bobadilla facilitar la copia, y replicó que, puesto que sus facultades se ponian en duda, se veia obligado á probar que era gobernador con autoridad superior á la del mismo almirante.

Atónita escuchaba la multitud, esperando ansiosamente el fin de aquella disputa, y el comisionado presentó y leyó la segunda carta, nombrándole gobernador de las islas y tierra firme.

Ni don Diego ni Pedro Riquelme quisieron darse todavía por vencidos, y observaron que la

respeto profundo, y su mirada, aunque dulce, hacia temblar á sus ruines y cobardes enemigos.

—¿Por qué vacilais?—preguntaba.

Ni el último de los soldados aventureros se atrevió á obedecer; pero como nunca falta un miserable, presentóse uno de los criados de Colon, un triste y desvergonzado cocinero, como dice Las Casas, y se ofreció á poner á su señor los grillos, remachando los hierros *con tanta prontitud y ahinco, como si le estuviese sirviendo escogidas y sabrosas viandas. Yo conocia al tal*, añade el citado historiador, *y creo se llamaba Espinosa.*

Siguió el almirante dando pruebas de su grandeza de alma, y mirando, no con ódio, sinó con desdén profundo á sus enemigos.

No se rebajó ni aún á pedir explicaciones á Bobadilla, pues el hacerlo así se lo prohibia su dignidad.

Aún no estaba Bobadilla tranquilo, pues si bien el almirante se encontraba en su poder, no sucedia lo mismo con el Adelantado, que no se resignaba fácilmente y que era de ánimo marcial,

siendo de temer que adoptase alguna violenta resolucion al saber que su hermano era objeto de los mayores ultrajes.

En tal situacion Bobadilla envió á decir á Cristóbal Colon que convenia escribiese á su hermano, mandándole que se presentara pacíficamente en Santo Domingo, y prohibiéndole ejecutar los reos de muerte que tuviera en su poder.

La elevacion de espíritu de Colon mostróse entonces como nunca, pues inmediatamente escribió la carta, y tan expresiva que don Bartolomé no acertó á resistir y dejó las tropas, encaminándose á Santo Domingo sin más compañía que la de algunos criados.

Tambien fué encadenado y llevado á una de las carabelas, sin permitirle comunicarse con sus hermanos.

No quiso Bobadilla ver al almirante, y debemos creer que al miserable le faltaba valor para arrostrar la tranquila mirada de su víctima.

Todos los antiguos rebeldes fueron admitidos como testigos, y no es menester decir lo que resultaria de semejante informacion.

nioso estado á que se habia reducido á Colon, y allí, lo mismo que en Cádiz y en Sevilla, levantóse general clamoreo contra el comisionado que habia abusado de sus poderes.

La reaccion se habia producido, y el almirante fué considerado como una víctima inocente sacrificada á la ambicion y á todas las más ruines pasiones.

En los salones del alcázar de la Alhambra se murmuraba sin recato, y no era posible que sin hacerse odioso se mostrase el gobierno contrario á la pública opinion.

Andrés Martin, capitan de la carabela en que iba Colon, permitió á éste que enviase secretamente la carta á doña Juana de la Torre, de manera que este interesante documento llegó antes que el proceso ó informacion que remitia Bobadilla para justificarse.

Cumplió doña Juana fielmente el encargo y leyó la carta á la reina, que se indignó al saber las humillaciones que se habian hecho sufrir á Colon.

El rey, aunque no era muy afecto al almiran-

te, mostróse enojado, y declaró que Bobadilla habia abusado de los poderes que se le dieron.

Llegaron tambien cartas de Alonso de Villejo y del alcalde de Cádiz, en cuyo poder estaban los prisioneros.

Inmediatamente los monarcas enviaron una órden para que se pusiese en libertad á Colon y á sus hermanos, guardándoles toda clase de consideraciones y dándole al primero por via de indemnizacion dos mil ducados. Tambien se le invitó á pasar á la córte.

Así lo hizo, presentándose en Granada el 17 de Diciembre, no como un infeliz arruinado, sinó ricamente vestido y con numeroso acompañamiento.

Su presencia impresionó vivamente á la reina, que no pudo contener el llanto, pues ya hemos dicho que Colon ejercia una influencia inexplicable, esa influencia que ejercen todos los séres privilegiados por la naturaleza.

Lo mismo Fernando que Isabel procuraron animar á Colon con las más cariñosas palabras.

No necesitaba defenderse el almirante, pues su justificacion más completa eran los abusos de sus enemigos.

Desde aquel dia fué objeto de toda clase de consideraciones y se le prometió devolverle sus bienes y el goce de sus privilegios y dignidades, que era lo que más le interesaba, pues ante todo miraba su gloria, su reputacion, y queria volver á Santo Domingo desagraviado y triunfante.

Mientras esto sucedia, otros sucesos de mucha importancia tenian lugar, sucesos que debian influir muy poderosamente en la suerte de Cristóbal Colon.

Nos referimos á los diferentes viajes de descubrimientos que habian emprendido muchos especuladores, aprovechando la licencia general concedida por los monarcas en 1495.

El rey, imposibilitado de armar por su cuenta muchas escuadras, complacíase en ver cómo, sin hacer ningun gasto, se extendian sus dominios y se llenaban las arcas reales con los derechos que pagaban aquellos especuladores.

A estos les sirvieron siempre de guías las car-

tas y diarios de Cristóbal Colon, y emprendian los viajes, deslumbrados por las pinturas hechas de la costa de Pária.

Allí, segun entonces se creia, abundaban las perlas hasta el punto de que con muy poco trabajo podian recogerse grandes cantidades, y se esperaba encontrar mayores riquezas si se exploraba más aquella costa.

En los viajes de los aventureros hubo circunstancias dignas de especial mencion, y por consiguiente, aunque sea con brevedad, tenemos que ocuparnos de este asunto.

CAPITULO XXXVI.

Otros viajes de descubrimientos.—Nicolás de Ovando, sucesor de Bobadilla.—Vuelve á pensar Colon en el rescate del Santo Sepulcro.—Emprende su cuarto viaje.—Llega á Santo Domingo.—Tempestad y rara coincidencia.

Al mismo tiempo que Ojeda, Pedro Alonso Niño, de quien ya hemos hablado, se puso de acuerdo con un comerciante rico de Sevilla y armaron una carabela de cincuenta toneladas, emprendiendo el viaje en la primavera de 1499.

Llegaron á tierra firme por el Sur de Pária y navegaron ciento treinta leguas paralelamente á lo que hoy son las costas de la república de Colombia, visitando la que despues se llamó costa de las Perlas.

Desembarcaron en varios puntos y pudieron hacer muy buenos negocios con las mercancías

que llevaban, cambiándolas por respetables cantidades de oro y de perlas.

Tambien los Pinzones armaron una flotilla de cuatro carabelas en Palos y en la que se embarcaron muchos pilotos de los que habian ido á Pária con el almirante.

No quiso Pinzon seguir el mismo rumbo que Cristóbal Colon habia seguido en sus anteriores viajes, y dándose á la vela en Diciembre de 1499, pasó las islas Canarias y el cabo de las islas Verdes, tomó al Sudoeste hasta perder de vista la estrella polar, poniéndole en gran apuro el nuevo aspecto del horizonte, pues aún no era conocido el hemisferio del Sur, ni la bella constelacion de la Cruz, que en aquellas regiones supl[illegible] de la estrella del Norte.

A pesar de esto, Pinzon continuó su [illegible] lerosamente, y el 26 de Enero de 1500 [illegible] gran promontorio al que puso el [illegible] de Santa María de la Consolacion [illegible] pues de San Agustin.

Desembarcó y tomó posesion en no[illegible] los reyes católicos.

Aquel territorio forma parte de lo que hoy se llama el Brasil.

Siguió al Occidente, descubrió el Marañon, hoy rio de las Amazonas, atravesó el golfo de Pária y continuó por el mar Caribe y el golfo mejicano hasta llegar á las islas Bahamas, donde perdió dos de sus bajeles.

Regresó á Palos en Setiembre con la gloria de ser el primer europeo que habia pasado la línea equinocial y de haber descubierto el Brasil desde el Marañon hasta sus límites orientales.

En premio de estos servicios se le concedió autoridad para colonizar y gobernar las tierras que habia descubierto.

Poco despues de la expedicion de los Pinzones, organizó otra Diego Lope, natural tambien de Palos.

Siguió el mismo rumbo que Pinzon, y descubrió más del continente del Sur que ningun otro viajero en aquella época y bastantes años despues.

Dejó atrás el cabo de San Agustin, convencióse de que la costa ulterior corria hácia el Sudoes-

te, y desembarcó posesionándose en nombre de los reyes de España.

Todos los tripulantes grabaron su nombre en el tronco de un árbol gigantesco, que diez y siete hombres en rueda no podian abarcar.

En el mes de Octubre habia salido de Cádiz otra expedicion de dos bajeles mandada por Rodrigo Bastidas.

Exploró la costa de Tierra firme y siguió hasta un puerto llamado despues el Retiro y donde posteriormente se fundó otro con el nombre de Dios.

Perdió casi todos sus bajeles, y muy trabajosamente pudo llegar á Jaragua, siguiendo por tierra con la tripulacion hasta Santo Domingo.

Allí lo aprisionó Bobadilla, bajo pretexto de que habia comerciado en oro con los naturales de Jaragua.

Tambien los extranjeros emprendieron viajes al Nuevo Mundo.

En el año 1497, Sebastian Cabot, hijo de un comerciante veneciano residente en Bristol, se puso al servicio de Enrique VII de Inglaterra, llegando al mar del Norte, y con la misma idea de

Colon, fué en busca de las costas de Cathay esperando encontrar al Noroeste paso para la India.

Descubrió á Newfoundlant, costeó el Labrador hasta el quincuagésimo sexto grado de latitud Norte, siguió al Sudoeste hasta las Floridas, y cuando empezaron á escasear las provisiones, volvió á Inglaterra.

Portugal era el que hacia fijar más la atencion de los monarcas españoles.

Vasco de Gama, caballero muy valeroso y sábio, habia conseguido al fin doblar el cabo de Buena Esperanza, abriendo el camino tan buscado para las Indias.

Apenas regresó salió una flota de diez buques, para visitar los paises nuevamente descubiertos.

Se hizo á la vela el 9 de Marzo de 1500, al mando de Pedro Alvarez de Cabral.

Quiso este evitar las calmas que reinan en la costa de Guinea y se dirigió bastante á Occidente.

El 25 de Abril descubrió á deshora una tierra desconocida para los tripulantes, porque aun no

habian oido hablar de los viajes de Pinzon y de Lope.

La costearon hasta pasar el décimo quinto grado de latitud Sur, desembarcando en un puerto á que dieron el nombre de Seguro, y tomando posesion en nombre de la corona de Portugal.

Así llegó á ser el Brasil colonia de los portugueses, estando al Oriente de la línea convencional que limitaba los respectivos territorios.

Una vez dadas estas noticias, nos ocuparemos otra vez de Cristóbal Colon y de las resoluciones adoptadas por los reyes católicos.

Los muchos descubrimientos de que acabamos de hablar empezaron á infundir recelos al monarca español.

Para asegurar la posesion del continente determinó establecer jefaturas locales en los puntos de más importancia, sujetándolas á un gobierno central residente en Santo Domingo.

Así la autoridad de Colon acrecentaba mucho, lo cual no era agradable para el rey.

Tal vez éste se creyó engañado en las estipulaciones primitivas, porque no habia previsto que

los territorios que iban á descubrirse fuesen tan ricos y de tanta extension.

A todo esto debió contribuir el rumor de que el almirante pensaba declararse independiente.

Además eran muchos los ofrecimientos que se hacian para armar expediciones por particulares y dar parte del producto á la corona.

No tenian, pues, necesidad los soberanos de conceder dignidades y prerogativas por lo que se les ofrecia de balde.

Indudablemente el monarca habia decidido no devolver por entonces á Cristóbal Colon las dignidades y privilegios concedidos solemnemente por un tratado.

Con el pretesto de evitar que las facciones de la isla Española se levantasen otra vez impulsadas por el ódio personal que abrigaban contra Colon, hízose aparecer como más prudente quitar el mando á Bobadilla y darlo á otra persona de reconocido talento para que lo ejerciese por dos años, tiempo suficiente para que desapareciesen los ódios.

En virtud de este acuerdo fué nombrado don

Nicolás de Ovando, comendador de Lares.

El padre Las Casas dice que Ovando era muy capaz de gobernar mucha gente, pero no de gobernar á los indios, á quienes hizo incalculables injurias.

Era, segun se aseguraba, amante de la justicia, enemigo de los avaros, sóbrio en la vida doméstica, y tan humilde que cuando llegó á ser maestre de la órden de Alcántara, no permitia que le diesen el título de su empleo; pero tambien parece que bajo la capa de su fingido desinterés, modestia, dulzura y cortesía, abrigaba mucha ambicion.

Entretanto continuaban llegando quejas de la conducta de Bobadilla, que cometia toda clase de abusos, haciendo trabajar á los indios lo que no podian soportar sus fuerzas, y permitiendo que fuese un tirano cada uno de los españoles establecidos en la isla.

Apoderábanse de las mujeres más jóvenes y bellas, se hacian llevar en hombros por aquellos desdichados, y los castigaban cruelmente á la menor falta de respeto.

Nunca habia pensado Bobadilla en las consecuencias que debía producir un error ó un acto de debilidad. Con el fin de hacerse partidarios, habia satisfecho muchas exigencias, resultando así que siempre habia descontentos que pidiesen, y á los que era preciso dar.

Las propiedades de la corona las vendia á bajo precio, y concedió permiso para explotar las minas, contribuyendo al gobierno con la undécima parte de los productos, en vez de la tercera que antes se exigia. Así las rentas de la corona debian bajar, y para compensar la diferencia, tuvo que aumentar los acopios de oro.

A los pobres indios se les obligó á trabajar, ayudando á los españoles, ya en la explotacion de las minas, ya en el cultivo de los campos, sin darles otra recompensa que el mísero alimento, y tratándolos tan cruelmente como á las bestias. Aquellos infelices eran esclavos de hecho, aunque no lo fuesen por el nombre, y no podian hacer resistencia, porque esta se consideraba como un acto de rebelion y eran castigados con la muerte.

El último aventurero, que en España no era más que un miserable, tal vez un criminal perseguido por la justicia, se daba en Santo Domingo la importancia de un gran señor, y en todas partes se presentaba como en país conquistado, cometiendo todos los abusos.

¿Era así como se llevaban al Nuevo Mundo los beneficios de la civilizacion y el de la fé cristiana?

No; para esto no habia realizado su empresa Cristóbal Colon.

Y todos estos crímenes, porque crímenes eran, se cometian impunemente.

La autoridad de Ovando se extendia á las islas y tierra firme, y ante todo debia disponer que Bobadilla regresase á España con la flota. Sin pérdida de tiempo debia investigar los abusos y castigar á cuantos hubiesen delinquido, sin distincion de clases ni categorías, revocando además la autorizacion para acopiar oro, exigiendo la tercera parte del que hubiese recogido, y la mitad del que en adelante se recogiese.

La reina, siempre obedeciendo los impulsos

de su corazon, recomendó especialmente á Ovando que se tratase bien á los indios, pagándoles puntualmente como á los demás jornaleros cuando se les obligase á trabajar en las minas para el servicio real.

A pesar de esta humanitaria solicitud, autorizábase llevar á la colonia esclavos negros, nacidos entre cristianos, esto es, los que nacian en España, y particularmente en Sevilla, hijos de los traidos de la africana costa.

No era menester más para que el criminal tráfico de carne humana llegase al doloroso punto que hemos visto.

En cuanto á Colon no se hizo más que disponer se averiguase los perjuicios que habia sufrido, y que se le indemnizase, facultándolo para nombrar un factor que interviniese el sello del oro y recogiese la parte que al almirante correspondia.

Autorizóse á Ovando para que usase sedas, brocados, piedras preciosas y otros adornos prohibidos entonces con el fin de poner coto al despilfarro y ostentacion excesivos de los ricos, y

además se le facultó para tener una guardia particular de veinte escuderos, diez de ellos de á caballo. Así se presentaría con el decoro propio de su elevado empleo.

Se le proveyó de ganados, aves, artillería y toda clase de armas y municiones abundantes.

La flota en que debia ir era la mayor que hasta entonces habia cruzado el Océano. Se componia de treinta bajeles, cinco de unas cien toneledas, veinticuatro carabelas de treinta á cuarenta, y una barca de veinticinco.

Más de dos mil quinientas personas iban en aquella expedicion, muchas de distinguida clase con sus familias.

El 13 de Febrero de 1502 salió la flota, y muy pronto sufrió una tempestad, perdiéndose uno de los bajeles con ciento veinte de los pasajeros.

Los demás llegaron el 5 de Abril á Santo Domingo.

Permaneció en Granada Cristóbal Colon, y como no habia nacido para la ociosidad, pensó otra vez en su proyecto de rescate del Santo Sepulcro.

Acudió á los soberanos, presentándoles una memoria ó libro donde habia recopilado con la ayuda de un fraile cartujo las profecías y pasajes de la Sagrada Escritura que convenian á sus fines, diciendo además que tenia muchas pruebas de estar predestinado para llevar á cabo tan gran empresa, y que el descubrimiento del Nuevo Mundo no habia sido sinó uno de tantos medios como le proporcionaba el Omnipotente.

Entre otras cosas dice:

«Animado por este celo vine á vuestras majestades; todos los que oyeron mi proyecto se mofaron de él; todas las ciencias que sabia no me aprovecharon de nada; siete años pasé en vuestra córte real disputando el caso con personas de mucha autoridad y doctas en las artes, y al fin decidieron que todo era vano. Solo en vuestras majestades hubo fé y constancia. ¿Quién dudará que vino aquella luz de las Santas Escrituras, iluminando á vuestras majestades y á mí con rayos de maravilloso lustre?»

En esta época pareceria extravagante la empresa de Colon; pero en aquellos tiempos estaba

en armonía con el espíritu que dominaba en la sociedad.

Sin embargo, la empresa era demasiado grande para que pudiera realizarse inmediatamente.

Entonces Colon propuso hacer un nuevo viaje al Nuevo Mundo, porque aún creia encontrar para ir á la India una vía más directa y segura que la que habia encontrado Vasco de Gama.

Esto halagaba mucho al rey, y dispuso que se armase en Sevilla otra escuadra con la que Colon debia emprender su cuarto viaje.

Prohibiéronle tocar en la Española, temerosos de que su presencia produjese algun conflicto; pero le permitieron que lo acompañasen su hermano don Bartolomé y su hijo Fernando, que entonces tenia catorce años.

Salió de Cádiz el 9 de Mayo de 1502 con cuatro carabelas.

Si encontraba el estrecho que buscaba, daria con aquellos frágiles buques la vuelta al mundo.

Los años y las enfermedades habian quebrantado su salud, y ya no podia soportar las mismas fatigas que en otro tiempo.

Estaban en lo que hoy se llama costa de Mosquitos.

Navegaron como unas sesenta leguas, y muy necesitados de leña y agua, anclaron el 16 de Setiembre en la embocadura de un abundante rio, por donde entraron los botes.

Cuando estos regresaban, creció repentinamente el mar, y sus olas se precipitaron contra las aguas del rio, produciendo una conmocion tan violenta, que uno de los botes se sumergió con cuantas personas llevaba á bordo.

Tan horrible desgracia contristó profundamente el ánimo de Colon, que dió al rio el nombre del Desastre, y se dieron inmediatamente á la vela, anclando el dia 25 entre el continente y una pequeña isla cubierta de palmas, cocos, anavas y un fruto delicado y aromático, que el almirante equivocaba siempre con el mirabolano de las Indias Orientales.

La isla era llamada por los naturales Quiribirí, y Colon le dió el nombre de La Huerta. Enfrente, y como á una legua de distancia, habia un lugar indio, llamado Cariarí, en la orilla de

un hermoso rio. El país inmediato era fresco y estaba salpicado de colinas y florestas con gigantescos árboles.

Apenas los habitantes vieron los buques, acudieron á la costa, llevando sus armas para defenderse; pero cuando se convencieron de que nada debian temer, dominados por la curiosidad, hicieron señas para que desembarcasen los extranjeros, y despues fueron á nado hasta los buques, cargados de mantas de algodon, túnicas y adornos de oro, todo lo cual ofrecieron á los españoles.

Colon les hizo muchos regalos y nada aceptó, creyendo que así los halagaría más; pero sucedió todo lo contrario, porque los indios, tomando por desprecio lo que era generosidad, abandonaron en la playa cuanto habian recibido, y allí encontraron los españoles al siguiente dia todos los objetos.

Querian los habitantes del país infundir confianza á toda costa á los extranjeros, para que estos desembarcasen, y cuando uno de los botes se acercó cautelosamente á tierra en busca de agua,

Permanecieron allí hasta el 9, navegando al Occidente hasta el cabo llamado despues Nombre de Dios; pero el mal tiempo les obligó á retroceder, refugiándose entre tres pequeñas islas.

Los buques hacian mucha agua y estaban muy deteriorados, y para repararlos tuvieron que permanecer allí hasta el dia 23.

Cuando siguieron su derrota les fué preciso abrigarse otra vez en un puerto al que por su pequeñez le pusieron el nombre del Retrete y que estaba infestado de caimanes.

Fueron muy bien recibidos por los indios, que cambiaban fácilmente cuanto poseian; pero durante la noche los marineros saltaban á tierra y cometian mil excesos, lo cual fué ocasion de graves disgustos y reyertas.

Empezaron las tripulaciones á murmurar porque se les obligaba á hacer aquel viaje con buques averiados, y tal vez el mismo Colon empezó á dudar del éxito de su empresa, pues determinó volver á la costa de Veragua para buscar las célebres minas.

Abandonaron el puerto del Retrete el dia 5 de Diciembre.

Sufrieron una de esas horrorosas tempestades de los trópicos.

Por fin el dia 17 pudieron entrar en un puerto parecido á un canal, donde tuvieron tres dias de reposo.

En aquella parte los indios hacian sus chozas sobre travesaños que colocaban sobre el ramaje de los árboles.

Hasta el dia despues de Navidad los vientos tempestuosos los llevaron en distintas direcciones hasta que anclaron en un rio que los naturales llamaban Yebra y al que el almirante dió el nombre de Belen.

Este rio dista una ó dos leguas del de Veragua.

Fueron bien recibidos y Colon dispuso que se explorase el terreno en busca de las minas.

Los indios continuaban asegurando que Veragua era el lugar donde más abundaba el oro.

Don Bartolomé subió como legua y media por el rio y entró en buenas relaciones con uno de

los caciques, recogiendo una buena cantidad de oro.

Con la repentina crecida de los rios sufrieron los buques nuevas averías.

El 6 de Febrero emprendió don Bartolomé una nueva exploracion con ayuda de los guías que le facilitó el cacique Quivian.

Aunque este desconfiaba de los extranjeros, no se atrevió á oponerse.

Penetraron como unas cuatro leguas por el interior de aquella comarca, llegando á unas selvas donde todo el suelo estaba impregnado de oro.

Hicieron los españoles varias excursiones y en todas partes encontraban el precioso metal.

Oyeron hablar allí de una nacion del interior muy adelantada en las artes y en la guerra, que llevaba ropas y armas como los españoles.

Estos rumores vagos y exagerados debian referirse al imperio del Perú ó á Méjico.

Parecióle al almirante que el sitio era á propósito para formar una colonia, y sobre todo, como le habian arrebatado la isla Española, y los

aventureros habian invadido la costa de Pária en busca de las perlas, le alhagaba dominar en una region mucho más rica que cualquiera de las otras.

Don Bartolomé se ofreció á quedar allí con la mayor parte de la gente mientras su hermano iba á España en busca de refuerzos y provisiones.

Inmediatamente levantaron algunas casas de madera en una pequeña altura cerca del rio Belen.

Pocas provisiones les quedaban; pero la tierra producia excelentes frutos, y los rios y costas abundaban en pescado. Además, los naturales hacian brevajes de varias especies, ya del jugo de la piña, del maíz ó de una especie de palmera.

Entretanto, habian cesado las lluvias, y disminuyendo las aguas del rio no quedaba sobre la barra más que media braza de agua, de manera que los buques no pudieron salir y tuvieron que esperar otra vez las lluvias que tanto les habian incomodado.

Quivian, el cacique de Veragua, miraba con secreta indignacion á los extranjeros, y dió órden para que se reuniesen todos sus guerreros pretestando la necesidad de hacer la guerra á una provincia vecina.

No sospechó el almirante que se trataba de atacar á los españoles; pero el escribano Diego Mendez comprendió la verdad y se ofreció á ir en un bote armado al rio Veragua para observar el campamento indio.

Su atrevida proposicion fué aceptada.

Encontró más de mil indios armados, les ofreció su ayuda y fué rechazado.

Todavía el almirante no quiso creer en la traicion; pero Mendez se ofreció á ir por tierra con un solo compañero á espiar al mismo cacique.

La empresa era temeraria.

Con gran peligro y en fuerza de astucia consiguió llegar á la residencia del cacique.

La habitacion de éste se encontraba en la parte más elevada de la colina.

Opusiéronse los indios á que avanzasen los

dos españoles; pero el atrevido Mendez, habiendo oido que Quivian tenia una herida en la pierna, dijo que era cirujano y que iba á curarlo.

Llegaron á la cumbre, donde encontraron nueva oposicion, sin conseguir ver al cacique.

Convencidos de que no se habian equivocado, volvieron al puerto los dos españoles.

Dispúsose entonces sorprender al cacique, y don Bartolomé con setenta y cuatro hombres bien armados, entre los que iba Diego Mendez, subió por el rio y desembarcó al pié de la colina.

Quivian le envió un mensaje pidiéndole que no entrase en su casa y que fuese solo ó con poco acompañamiento.

Así lo hizo el Adelantado, pues no llevó más que cinco hombres, advirtiendo á los demás que acudiesen al oir el disparo de un arcabuz.

El cacique salió de su vivienda y recibió con mucha cortesía á don Bartolomé.

Este habia convenido con sus cinco compañeros, que cuando él asiese á Quivian por un brazo, acudiesen ellos y uno disparase el arcabuz.

Hízose así, y aunque el cacique intentó esc

parse no lo consiguió, pues don Bartolomé tenia mucha fuerza.

Acudieron los demás españoles y aprisionaron á cincuenta personas que habia en la casa.

Mientras don Bartolomé perseguia á los indios, los prisioneros fueron conducidos á los buques; pero Quivian logró fugarse arrojándose al rio.

El triunfo conseguido por los españoles no debia producir el resultado que deseaban.

El cacique no habia muerto en el rio, y bien pronto intentaria vengarse.

Era Quivian uno de esos hombres tan enérgicos como valerosos y activos, y no podia desalentarse por haber sido una vez derrotado.

La muerte no era para él tan horrible como la opresion de los extranjeros, y decidió luchar hasta vencer ó sucumbir.

Con esta constancia no habian contado los españoles, que ya empezaban á considerarse dueños de la situacion.

Por de pronto desapareció Quivian.

En su casa se habian encontrado muchos ador-

nos de oro macizo, entre los que se veian brazaletes y algunas coronas.

Separóse la quinta parte para el tesoro real y el resto se repartió entre los que habián llevado á cabo la arriesgada empresa, reservándose solamente Colon una de las coronas.

A todos les esperaban las más duras pruebas.

CAPITULO XXXIX.

Desastres de la colonia.—Determinacion del almirante.—Se aleja de Veragua.—Llegada á Jamáica.—Encalladura de los buques.

Las lluvias, que son muy frecuentes en aquellas montañas, hincharon otra vez el rio y el almirante pudo salir con tres carabelas, dejando la otra para el servicio de la colonia.

A una legua de la costa se detuvo para aguardar viento favorable, y el 6 de Abril mandó un bote á tierra á las órdenes de don Diego Tristan para que llevasen agua y leña á los buques.

Mientras tanto Quivian habia reunido sus guerreros, y silenciosamente se acercó á la colonia.

Los españoles estaban descuidados, porque no creian que los indios intentasen un ataque en

mucho tiempo, y de repente se vieron acometidos.

Don Bartolomé juntó algunos españoles, Diego Mendez hizo lo mismo, y entre ambos consiguieron poner en fuga á los indios.

Despues aconsejaron á Diego Tristan que no continuase subiendo el rio; pero el capitan desoyó estos consejos y avanzó como una legua.

Bien pronto se vieron acometidos por millares de indios que los rodeaban, y aunque se defendieron heróicamente sucumbieron al número, sin que se salvase más que un soldado, que llevó la triste noticia á la colonia.

Enviaron un aviso al almirante pidiéndole socorro, y no creyéndose seguros en las casas, alejáronse de la selva formando un baluarte con el bote de la carabela, cajas y otros objetos donde colocaron falconetes.

Como si estas desgracias fuesén pocas, los prisioneros que habia en uno de los buques intentaron fugarse.

Algunos lo consiguieron y los demás fuero encerrados; pero al dia siguiente los encontrar

muertos, porque se habian ahorcado con las cuerdas que encontraran en el castillo de proa que les servia de prision.

Este suceso entristeció profundamente al almirante, cuya intranquilidad aumentaba el ver que Tristan no volvia.

El aviso enviado por don Bartolomé no habia llegado, porque el estado del mar habia impedido que el bote navegase, y tuvo que retroceder.

Entonces un tal Pedro Ledesma se ofreció, si lo llevaban en un bote hasta la márgen de la Resaca, á arrojarse al agua y nadar hasta la orilla.

Cumplió su propósito, enterándose del triste estado de la colonia y volviendo á los buques.

Nada le era posible hacer á Colon.

No queria dejar á su hermano en aquella tierra, ni podia enviarle refuerzos.

Despues de reflexionar, creyó que le seria preciso embarcar toda la gente y dejar la colonia hasta volver con los refuerzos necesarios.

Tanto disgusto, tanta ruda conmocion quebrantaron más y más la salud del almirante y se vió acometido de delirios, cuyas visiones las con-

sideraba como avisos sobrenaturales y misteriosos, y con tanta fé lo creia así, que en una de las cartas dirigidas á los soberanos, dice lo siguiente:

«Fatigado y suspirando me salteó un sueño ligero, cuando oí una compasiva voz que decia: ¡Oh nécio y perezoso en servir á tu Dios, el Dios de todas las cosas! ¿Qué hizo él más por Moisés ó por su siervo David? Desde que naciste ha tenido de tí especial cuidado. Cuando te vió de edad madura, hizo que tu nombre resonara con maravilla por la tierra.

»Las Indias, aquellas ricas partes del mundo te dió á tí para tu herencia, y poder para que se las dieses á otros segun tu voluntad.

»A tí te entregó las llaves de las puertas del Océano, que tan potentes cadenas cerraban; á tí obedecieron muchas tierras, y adquiriste honrosa fama entre cristianos.

»¿Qué hizo más por el pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto, ó por David, á quien de pastor hizo rey?

»Vuelve, pues, á él los ojos y confiesa tu er-

Esto lo hacia Colon porque consideraba necesario ganar una considerable distancia al Oriente para evitar que las corrientes lo llevasen más abajo del puerto que buscaba; pero á nadie quiso dar explicaciones.

Continuaron hasta Puerto-Velo, donde les fué preciso dejar una de las carabelas medio destrozada.

Pasaron el Retrete, y continuaron hasta cerca de lo que hoy se llama el golfo de Darien.

El dia 1.° de Mayo viraron al Norte, y el 10 descubrió las isletas, á que llamó las Tortugas, que ahora tienen el nombre de los Caimanes.

El 30 de Mayo pasaron por entre una multitud de islas al Sur de Cuba, á las que en otro tiempo llamó Jardines de la Reina.

Las tripulaciones estaban agoviadas por el hambre y la fatiga, pues incesantemente tenian que trabajar en las bombas para mantener á flote los buques.

Desencadenóse una tempestad; la carabela *Bermuda* fué violentamente arrojada sobre la del almirante, destrozándose la proa de la una y la

popa de la otra, perdiéndose además casi todas las anclas.

Cuando mejoró el tiempo pudieron llegar á la costa del Sur de Cuba, donde permanecieron algunos dias, intentando despues dirigirse á la isla Española.

Inútiles fueron sus esfuerzos, pues los vientos y las corrientes les eran contrarios, y el agua entraba con mucha abundancia en los buques.

En tan angustiosa situacion, el almirante viró hácia Jamáica, entrando en Puerto-Bueno el 23 de Junio.

No vieron indios á quienes pedir provisiones, ni encontraron agua dulce, y al dia siguiente, atormentados por el hambre y la sed se dirigieron á Oriente, hasta otro puerto que llamaban Santa Gloria.

Forzoso era ya declararse vencidos, y tuvieron que encallar los buques, atándolos unos á otros.

Bien pronto se llenaron de agua.

En las popas y proas se construyeron viviendas para las tripulaciones, y allí creyeron que podian defenderse de cualquier ataque.



CAPITULO XL.

Viaje de Mendez á Española.—Motin de Porras.—Escasez de provisiones y estratagema de Colon.—Llega un buque con Escobar.—Sumision de los rebeldes.

Muchos indios acudieron con provisiones para negociarlas; pero esto no era bastante, y entonces el atrevido Diego Mendez se ofreció á recorrer la isla con tres hombres.

Con el mismo valor y acierto que siempre, desempeñó esta comision difícil, haciendo contratos con algunos caciques y concluyendo por adquirir una canoa en la que volvió triunfante á los buques.

Así quedaron satisfechas las primeras necesidades, y entonces Colon ocupóse en buscar un medio para salir de la isla.

les diese la mitad, dándoles además provisiones y cuanto necesitasen.

Eran inadmisibles estas condiciones y así lo manifestaron los mensajeros, retirándose despues de oir algunas amenazas de Porras.

Luego éste, como vió que sus partidarios estaban dispuestos á aceptar el perdon, les dijo que el almirante los engañaba, y llegó su descaro y atrevimiento hasta el punto de añadir que no era verdad lo del buque que habia llegado, sinó obra del poder nigromántico de Colon, un fantasma creado por éste, como lo probaba el haberse presentado al oscurecer, no hablar los marineros con sus compatriotas, y desaparecer inmediata y repentinamente.

Hay que advertir que los conocimientos astronómicos de Colon habian dado motivo más de una vez para que se le creyese hechicero, y aquella gente supersticiosa acabó por quedar convencida.

Sin embargo, era de temer que reflexionasen y comprendiesen el engaño, y Porras determinó comprometerlos más y más para que fuese imposible todo arreglo.

Con este fin los llevó hácia una aldea llamada Maima, distante un cuarto de legua de los buques, pensando saquear estos; pero el almirante determinó enviar al Adelantado con una fuerte escolta para amonestarlos.

No quisieron los rebeldes escuchar, sinó que por el contrario, fiados en su número, acometieron furiosamente á los de Colon.

Trabóse la lucha con encarnizamiento, murieron cinco de los rebeldes, y Porras quedó prisionero, huyendo los demás.

Los indios, que habian contemplado con asombro aquella lucha, acercáronse luego á los cadáveres y contemplaron las heridas hechas con las armas de los hombres blancos á quienes habian creido inmortales.

Entre los heridos estaba Pedro de Ledesma, dotado de prodigiosa fuerza muscular, y cuya voz era sonora y profunda. Exhaló un gemido cuando los salvajes lo contemplaban, y estos huyeron despavoridos.

Hasta el dia siguiente permaneció abandonado en una zanja. Sus heridas eran muchas y



VOLÚMEN NÚM. 97.
DE LA BIBLIOTECA MADRILEÑA.

OBRAS PUBL CADAS.	Ts.	Rs.
POR D. R. ORTEGA Y FRIAS.		
La Cruz de la Ermita. . .	2	3
El Amor de un Angel. . . .	1	1 1/2
Un Drama Negro.	2	3
La Nieta del Comendador. .	2	3
La Palma del Martirio. . .	1	1 1/2
El Angel de la Familia. . . .	1	1 1/2
El Envenenador..	1	1 1/2
POR D. A. DE SAN MARTIN.		
El Casamiento de Quevedo. .	3	4 1/2
Memorias de un Desenterrado	1	1 1/2
El Siglo del Can-can. . . .	1	1 1/2
La Tumba de una Hija . .	1	1 1/[illegible]
El Señor de las Gafas Verdes.	1	1 1/2
Locura de Amor	1	1 1/2
Los Vampiros del Siglo XIX	3	4 1/2
Historia de un Renegado. . .	1	1 1/2
POR D. E. HERNANDEZ.		
El Cazador de Tigres. . . .	2	3
La Estrella del Sur.	1	1 1/2
La Perla de la Costa. . . .	2	[illegible]
Los Aventureros..	1	1 1/2
El Rio de Sangre..	1	1 1/[illegible]
La Fuente de las Gracias. .	1	1 1/2
Memorias de un Misionero. .	1	1 1/2
Un Año en Occeanía. . . .	2	3
Don Pedro el Cruel. . . .	2	3
Las Habitaciones Aéreas. . .	2	3
La Dama del Peine de Oro. .	1	1 1/2
Aventuras de un Navegante..	2	3
La Astronomía al alcance de todos.	2	3
Un invierno en Noruega. . .	2	3
Un viaje á la Mongolia. . .	2	3
POR EL CAPITAN BURTON.		
Peregrinacion á la Meca. . .	2	3
Viaje al País de los Mormones	2	3
[illegible] D. VENTURA DE LA VEGA.		
[illegible]sías líricas.	2	3
[illegible]tas íntimas.	1	1 1/2

OBRAS PUBLICADAS.	T[illegible]
POR D. E. LLOFRIU.	
Castigo del Cielo.	
Heroísmo de una Madre. . .	
La Madre de los Pobres. . .	
Gloria, Dinero y Mujer. . .	
El Naufragio del Grumete. .	
Tempestades del Alma. . .	
Tratado de Física Recreativa.	
¡Maldito dinero!	
QUEVEDO.	
Poesías de don Francisco de Quevedo Villegas.. . . .	
POR D. E. LLORENTE.	
Hazañas de un Solteron. . .	
POR M. A. DUMAS.	
Un Gil Blas en California. . .	
Historia de un muerto.—Un baile de máscaras.—El cochero de cabriolé. . . .	
VARIOS.	
Historia de Bertoldo.. . .	
La Conquista de Madrid, por doña E. Feijóo y de Mendoza	
Un Inglés enamorado, arreglo del francés, por D. A. Castilla y Gutierrez.	
Cuentos de Hadas, por madame d'Aulnoy.	
Viajes del capitan Gulliver. .	
Los pieles Rojas, por F. Gerstaecker.	
El Contrabandista, por don Hipólito Castilla.	

VIDA Y VIAJES DE CRISTOBAL COLON.

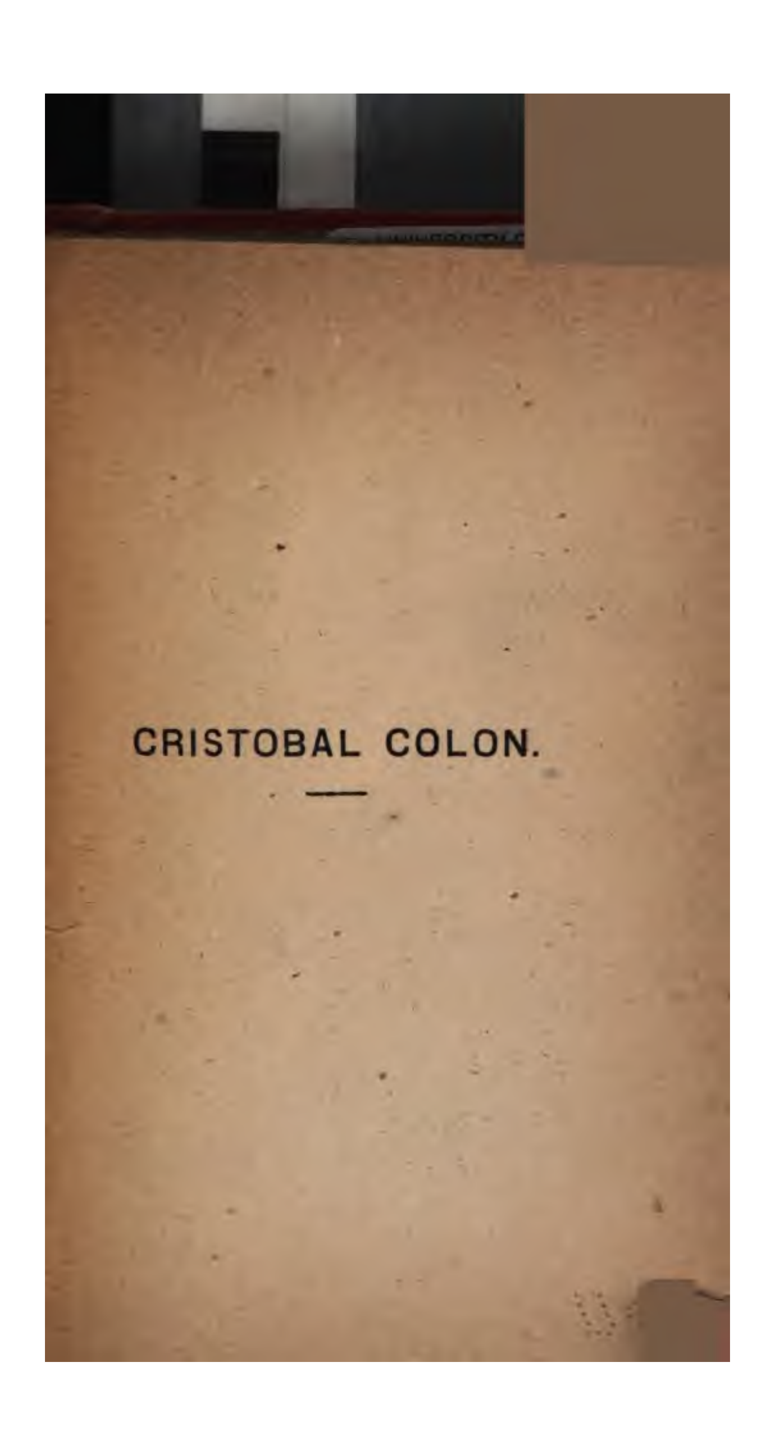
BIBLIOTECA MADRILEÑA.



REAL Y MEDIO CADA TOMO.

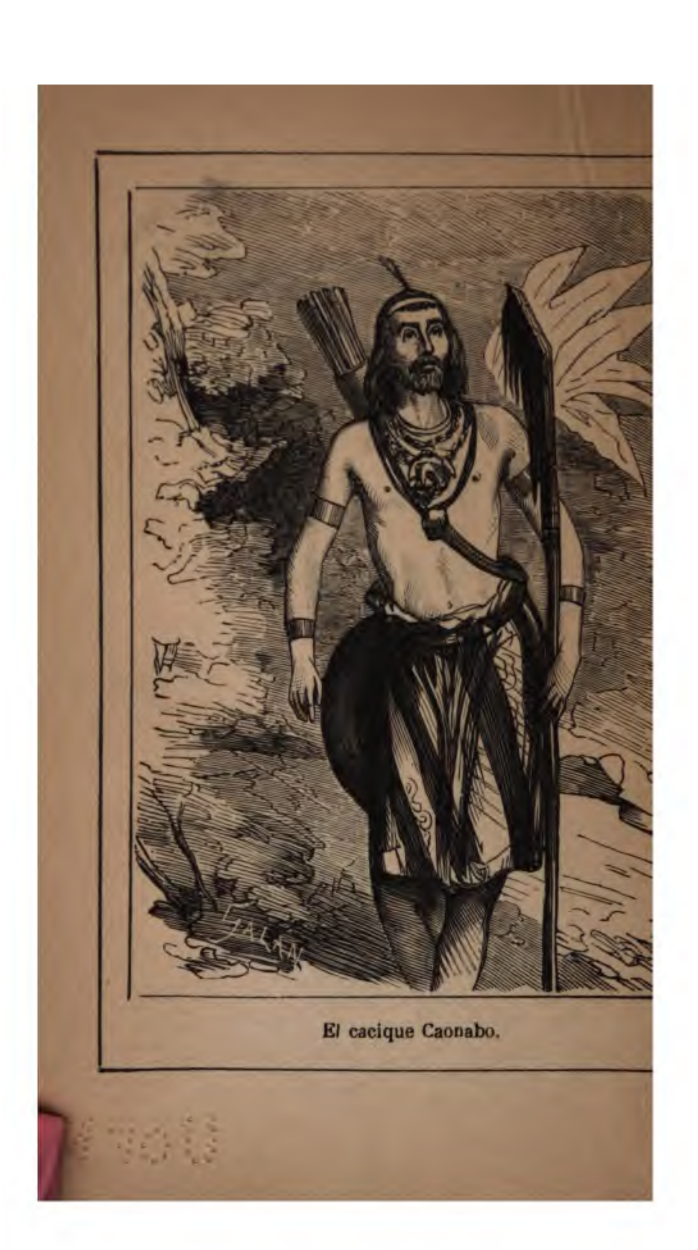
POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO IV.



CRISTOBAL COLON.





El cacique Caonabo.

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

VIDA Y VIAJES

DE

CRISTOBAL COLON.

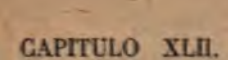
POR

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO IV.

MADRID:
Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1874.



CAPITULO XLII.

Vuelve Colon á España.—Instancias á los reyes.—Muerte de Isabel.—Se traslada Colon á la córte.

El gobernador y las personas más distinguidas de Santo Domingo salieron á recibir á Colon, y el pueblo lo saludó respetuosamente.

Allí habia sido blanco de la calumnia, de las intrigas más ruines y de los insultos; pero cuando lo vieron caido y abrumado bajo el peso de grandes sufrimientos, cuando ya no podia existir la envidia, se le hizo justicia, se le admiró.

Se hospedó en casa de Ovando, que lo trató con toda clase de atenciones; pero su cortesía era estudiada y forzada, pues siempre continuaba mirando con celos y temor al almirante.

Míraba éste con dolor el estado de la isla,

pues se habia derramado mucha sangre, se habian cometido muchos abusos, y la raza india empezaba á desaparecer.

Ocupóse de sus intereses, y no pudo conseguir que le diesen cuenta de lo que le pertenecia, de manera que con mucho trabajo recogió las cantidades necesarias para armar los buques que debian traerlo á España.

Su situacion era, pues, bien triste, y determinó apresurar su viaje.

Repasáronse las averías del buque en que había ido desde Jamáica, y se fletó otro.

El dia 12 de Setiembre se hicieron á la vela, y apenas habian salido del puerto, una ráfaga de viento desarboló el buque en que iba Colon con su hijo, pues en el otro se embarcó el Adelantado.

Así quedó con un solo bajel, pues tuvo que trasladarse al de su hermano y enviar al puerto el otro.

En toda la travesía se vieron en incesante peligro, pues tras una tempestad se desencadenaba otra.

Llegaron al fin el 7 de Noviembre á Sanlúcar, trasladándose inmediatamente á Sevilla.

No habian concluido las penalidades de aquel gran hombre.

Su salud se quebrantaba más y más.

Escribió á los reyes, pidiendo la devolucion de sus rentas, y sobre todo de sus empleos y honores, pues esto era para él punto de honra.

Muy apurada debió ser su situacion, porque en una de sus instancias decia: «Nada recibo yo de la renta que se me debe, y vivo de prestado. Poco me han aprovechado veinte años de servicio con tantos trabajos y peligros, pues al presente no tengo techo que me cubra en España. Si deseo comer ó dormir, tengo que recurrir á una posada, y las más veces me falta con qué pagar mi escote.»

Imposible parece que se le pagase así al que habia descubierto un Nuevo Mundo.

Siempre generoso y grande, en medio de sus angustias se ocupaba de sus marineros, á quienes tampoco se les habia pagado, y reclamaba enérgicamente para ellos.

de la cristiandad. Acuérdate del proverbio que dice: cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen. Por lo tanto, todos los buenos cristianos deben pedir por su salud y larga vida; y nosotros que por él estámos empleados, debemos más que otros hacerlo, con todo estudio y diligencia.»

Así Colon recomendaba á su hijo la lealtad para el soberano que lo trataba con tanta ingratitud é injusticia.

Por fin les fué posible, aunque con gran trabajo, emprender el viaje á Segovia, donde estaba la córte y en cuya ciudad entró sin más compañía que la de su hermano, triste y abatido.

Fué recibido por el rey con benevolencia, pero nada más.

Habló de su último viaje, y se le contestó con frases ceremoniosas y promesas vagas.

Hizo nuevas instancias, y todo lo que consiguió fué que Fernando V dijese que era preciso que aquel asunto se sometiera al exámen de una persona imparcial y de talento.

Entonces Colon designó á su amigo don Diego

de Deza, que poco antes habia sido nombrado arzobispo de Sevilla y se encontraba en la córte; pero segun las instrucciones que éste recibió del monarca, no debia tratarse más que de lo relativo á las rentas que no resultaban pagadas.

¿Y los empleos y honores?

Esto era lo que más importaba á Colon.

CAPITULO XLIII.

Muerte de Colon.

Entre esperanzas y desengaños pasó el tiempo, y la salud del almirante se quebrantaba más y más, hasta el punto de caer nuevamente en el lecho.

Reiteró entonces sus instancias; pero ya nada pedia para él, sinó para su hijo Diego, y más que en las rentas, fijando la atencion en el empleo, decia en una de sus solicitudes: «Esta es materia que toca á mi honra; por lo demás, haga V. M. lo que juzgue conveniente; dé ó retenga como más convenga á sus intereses, que de todos modos me daré por contento. Yo creo que la ansiedad que

me causa la dilacion de mi negocio es el origen principal de mi mala salud.»

Tambien Diego Colon presentó otro memorial pidiendo ir á la Española y ofreciendo llevar á los consejeros que se designasen.

Fernando V respondió con palabras agradables y no hizo más. Veia que por momentos se extinguia la existencia de aquel gran hombre, y dejaba que la muerte resolviera la cuestion.

Tal vez el rey esperaba que se agotase la paciencia de Colon y se aviniese á renunciar sus privilegios á cambio de títulos y estados en Castilla; pero no era posible que éste se desprendiese de aquellos títulos que consideraba trofeos de sus grandes empresas y testimonio de su gloria.

Llegó un dia en que Colon acabó de convencerse de que nada habia de conseguir, y desde el lecho escribió á don Diego de Deza una carta en la que se lee el siguiente párrafo:

«Parece que S. M. no cree conveniente cumplir lo que él, con la reina que está en gloria, me ha prometido bajo palabra y sello. Para mí, luchar por lo contrario, seria luchar contra el vien-

to. He hecho todo lo que he podido. Lo demás lo dejo á Dios, á quien siempre hallé propicio en todas mis necesidades.»

Perdida la última esperanza, debia tambien perder muy pronto la vida.

Pocos dias despues supo con alegría que el rey don Felipe y la reina doña Juana habian llegado á España para tomar posesion del trono de Castilla.

El rey Fernando, con su córte, se trasladó á Laredo para recibir á los jóvenes soberanos.

Hubiera querido ir Colon; pero no pudo abandonar el lecho y tuvo que contentarse con escribir y comisionar á su hermano para que lo representase.

Fué muy bien recibido y escuchó promesas muy agradables; pero el desdichado moribundo no debia experimentar nuevas satisfacciones durante su agonía.

Agraváronse sus padecimientos y comprendió que se acercaba el fin de su existencia. Entonces se ocupó del arreglo de sus asuntos, y se asegura que el 4 de Mayo escribió un codicilo en un bre-

viario que le habia regalado Alejandro VI. Aquel libro lo dejaba á la república de Génova, nombrándola además sucesora de sus privilegios y dignidades en caso de extinguirse su línea masculina.

Dispuso que se fundase un hospital con los productos de sus fincas en Italia.

No está probada la existencia de este documento, pero sí la del codicilo, en forma legal, que otorgó dos semanas despues, repitiendo y sancionando varias cláusulas de su testamento. El mayorazgo, caso de que su hijo Diego muriese sin dejar hijos varones, debia pasar á Fernando, y de éste, en caso igual, á su hermano don Bartolomé.

Encargaba á sus herederos que no disminuyesen sus estados, sinó que hiciesen lo posible para aumentar sus bienes.

Recomendaba el servicio del rey, el socorro de los parientes pobres, y que se erigiese una capilla en la isla Española.

No se olvidó de doña Beatriz de Enriquez, la madre de Fernando, con la que no se sabe por qué

no habia llegado á casarse, y encargó á Diego que la atendiese, añadiendo: «Hágase así por el descargo de mi conciencia, porque pesa gravemente en mi alma.»

No anulaba este codicilo el testamento, que por ser tan interesante como todo lo que se refiere á Cristóbal Colon, lo insertamos íntegro. Hé aquí este documento:

«En el nombre de la Santísima Trinidad, el cual me puso en memoria, y despues llegó á perfecta inteligencia, que podria navegar é ir á las Indias desde España, pasando el mar Océano al Poniente, y ansí lo notifiqué al rey D. Fernando y á la reina Doña Isabel, nuestros señores, y les plugo de me dar aviamiento y aparejo de gente y navíos, y de me hacer su Almirante en el dicho mar Océano, allende de una raya imaginaria que mandaron señalar sobre las islas de Cabo-Verde, y aquellas de los Azores, cien leguas que pasa de polo á polo, que dende en adelante al Poniente fuese su Almirante, y que en la tierra firme é islas que yo fallase y descubriese, y dende en adelante, que destas tierras fuese yo su Visorey y

Gobernador, y sucediese en los dichos oficios mi hijo mayor, y así de grado en grado para siempre jamás é yo hobiese el diezmo de todo lo que en el dicho Almirantazgo se fallase é hobiese é rentase, y asimismo la octava parte de las tierras, y todas las otras cosas, é el salario que es razon llevar por los oficios de Almirante, Visorey y Gobernador, y con todos los otros derechos pertenecientes á los dichos oficios, ansí como todo más largamente se contiene en este mi privilegio y capitulacion que de sus Altezas tengo.

E plugo á nuestro Señor Todopoderoso que en el año de noventa y dos descubriese la tierra-firme de las Indias y muchas islas, entre las cuales es la Española, que los indios della llaman Ayte y los monicongos de Cipango. Despues volví á Castilla á SS. AA. y me tornaron á recibir á la empresa é á poblar é descubrir mas, y ansí me dió nuestro Señor vitoria, con que conquisté é fice tributaria á la gente de la Española, la cual boja seiscientas leguas, y descubrí muchas islas, á los Caníbales, y setecientas al Poniente de la Española, entre las cuales es aquella de Jamáica,

á que Nos llamamos de Santiago, é trescientas é treinta é tres leguas de tierra-firme de la parte del Austro al Poniente, allende de ciento y siete de la parte del Septentrion, que tenia descubierto el primer viaje con muchas islas, como mas largo se verá por mis escrituras y memorias y cartas de navegar. E porque esperámos en aquel alto Dios que se haya de haber antes de grande tiempo buena é grande renta en las dichas islas y tierra-firme, de la cual por la razon sobredicha me pertenece el dicho diezmo y ochavo y salarios y derechos sobredichos: y porque somos mortales, y es bien que cada uno ordene y deje declarado á sus herederos y sucesores lo que ha de haber é hobiere, é por esto me pareció bien de componer desta ochava parte de tierras y oficios é renta un Mayorazgo, así como aquí abajo diré:

Primeramente que haya de suceder á mí Don Diego, mi hijo, y si dél dispusiere nuestro Señor antes que él hobiese hijos, que ende suceda Don Fernando, mi hijo, y si dél dispusiere nuestro Señor sin que hobiese hijo, ó yo hobiese otro hijo, que suceda D. Bartolomé, mi hermano, y dende

su hijo mayor, y si dél dispusiere nuestro Señor sin heredero que suceda D. Diego, mi hermano, siendo casado ó para poder casar, é que suceda á él su hijo mayor, é así de grado en grado perpétuamente para siempre jamás, comenzando en D. Diego, mi hijo, y sucediendo sus hijos, de uno en otro perpétuamente, ó falleciendo el hijo suyo D. Fernando, mi hijo, como dicho es, y así su hijo, y prosigan de hijo en hijo para siempre él y los sobredichos D. Bartolomé, si á él llegare é á D. Diego mis hermanos. Y si á nuestro Señor pluguiese que despues de haber pasado algun tiempo este Mayorazgo en uno de los dichos sucesores, viniese á prescribir herederos hombres legítimos, haya el dicho Mayorazgo y le suceda y herede el pariente más llegado á la persona que heredado lo tenia, en cuyo poder prescribió, siendo hombre legítimo que se llame y se haya siempre llamado de su padre é antecesores, llamado de los de Colon. El cual Mayorazgo en ninguna manera lo herede mujer ninguna, salvo sí aquí ni en otro cabo del mundo no se fallase hombre de mi linaje verdadero que se hobiese

que sin pleito, ni demanda, ni dilacion, manden sumariamente que este mi Privilegio y Testamento valga y se cumpla, así como en él fuere y es contenido; y asimismo lo suplico á los Grandes Señores de los Reinos de su Alteza, y á los del su Consejo y á todos los otros que tienen ó tuvieren cargo de justicia ó de regimiento, que les plega de no consentir que esta mi ordenacion é testamento sea sin vigor y virtud, y se cumpla como está ordenado por mí, así por ser muy justo que persona de título é que haya servido á su Rey é Reina é al Reino, que valga todo lo que ordenare y dejare por Testamento ó compromiso é Mayorazgo é heredad, é no se le quebrante en cosa alguna ni en parte ni en todo.

Primeramente traerá D. Diego, mi hijo, y todos los que de mí sucedieren y descendieren, y así mis hermanos D. Bartolomé y D. Diego, mis armas, que yo dejaré despues de mis dias, sin entreverar mas ninguna cosa que ellas, y sellará con el sello dellas.—D. Diego, mi hijo, ó cualquier otro que heredare este Mayorazgo, despues de haber heredado y estado en posesion de ello,

firme de mi firma, la cual agora acostumbro, que es una X con una S encima, y una M con una A romana encima, y encima della una S, y despues una Y griega con una S encima con sus rayas y vírgulas, como yo agora fago, y se parecerá por mis firmas, de las cuales se hallarán muchas, *y por esta parecerá.*

Y no escribirá sino el Almirante puesto que otros títulos el Rey le diese ó ganase: este se entiende en la firma y no en su ditado que podrá escribir todos sus títulos como le pluguiere; solamente en la firma escribirá el Almirante.

Habrá el dicho D. Diego, ó cualquier otro que heredare este Mayorazgo, mis oficios de Almirante del mar Océano, que es de la parte del Poniente de una raya que mandó asentar imaginaria su Alteza á cien leguas sobre las islas de los Azores, y otro tanto sobre lás de Cabo-Verde, la cual parte de polo á polo, allende de la cual mandaron é me hicieron su Almirante en la mar, con todas las preeminencias que tiene el Almirante D. Enrique en el Almirantazgo de Castilla, é me hicieron su Visorey y Gobernador perpétuo para siem-

pre jamás, y en todas las islas y tierra-firme, descubiertas y por descubrir, para mí y para mis herederos, como más largo parece por mis previlegios, los cuales tengo, y por mis capítulos, como arriba dije.

Item: que el dicho D. Diego, ó cualquier otro que heredare el dicho Mayorazgo, repartirá la renta que á nuestro Señor pluguiere de le dar en esta manera so la dicha pena.

Primeramente, dará todo lo que en este Mayorazgo rentare agora y siempre, é del é por él se hobiere é recaudare, la cuarta parte cada año á D. Bartolomé Colon, Adelantado de las Indias, mi hermano, y esto fasta que él haya de su renta un cuento de maravedis para su mantenimiento y trabajo que ha tenido y tiene de servir en este Mayorazgo, el cual dicho cuento llevará, como dicho es, cada año, si la dicha cuarta parte tanto montare, si él no tuviese otra cosa; mas teniendo algo, ó todo de renta, que dende en adelante no lleve el dicho cuento ni parte dello, salvo que desde agora habrá en la dicha cuarta parte fasta la dicha cuantía de un cuento, si allí llegare, y

tanto que él haya de renta fuera de esta cuarta parte cualquier suma de maravedis de renta conocida de bienes que pudiere arrendar ó oficios perpètuos, se le descontará la dicha cantidad que asi habrá de renta, ó podria haber de los dichos sus bienes ó oficios perpètuos, ó del dicho un cuento, será reservado cualquier dote ó casamiento, que con la muger con quien él casare hobiere: ansi que todo lo que él hobiere con la dicha su muger no se entenderá que por ello se le haya de descontar nada del dicho cuento, salvo de lo que él ganare ó hobiere, allende del dicho casamiento de su muger, y despues que plega á Dios que él ó sus herederos, ó quien dél descendiere, haya un cuento de renta de bienes y oficios, si los quisiere arrendar, como dicho es, no habrá él ni sus herederos mas de la cuarta parte del dicho Mayorazgo nada, y lo habrá el dicho D. Diego ó quien heredare.

Item: habrá de la dicha renta del Mayorazgo, ó de otra cuarta parte de ella, D. Fernando, mi hijo, un cuento cada año, si la dicha cuarta parte tanto montare, fasta que él haya dos cuentos de

renta por la misma guisa y manera que está dicho de D. Bartolomé, mi hermano, él y sus herederos, así como D. Bartolomé mi hermano y los herederos del cual así habrán el dicho un cuento, ó la parte que faltare para ello.

Item: el dicho D. Diego y D. Bartolomé ordenarán que haya de la renta del dicho Mayorazgo D. Diego mi hermano, tanto dello con que se pueda mantener honestamente, como mi hermano que es, al cual no dejo cosa limitada porque él quiere ser de la Iglesia, y le darán lo que fuere razon, y esto sea de monton mayor, antes que se dé nada á D. Fernando, mi hijo, ni á D. Bartolomé, mi hermano, ó á sus herederos, y tambien segun la cantidad que rentase el dicho Mayorazgo; y si en esto hobiese discordia, que en tal caso se remita á dos parientes nuestros, ó á otras personas de bien, que ellos tomen la una y él tome la otra, y si no se pudieren concertar, que los dichos dos compromisarios escojan otra persona de bien que no sea sospechosa á ninguna de las partes.

Item: que toda esta renta que yo mando dar á D. Bartolomé y á D. Fernando y á D. Diego mi

hermano, le hayan y les sea dada, como arriba dije, con tanto que sean leales y fieles á D. Diego mi hijo, ó á quien heredare, ellos y sus herederos; y si se fallase que fueren contra él en cosa que toque y sea contra su honra y contra acrecentamiento de mi linage é del dicho Mayorazgo, en dicho ó en fecho, por lo cual pareciese y fuese escándalo y abatimiento de mi linage y menoscabo del dicho Mayorazgo ó cualquiera dellos, que este no haya dende en adelante cosá alguña: asi que siempre sean fieles á D. Diego ó á quien heredare.

Item: porque en el principio que yo ordené este Mayorazgo tenia pensado de distribuir, y que D. Diego, mi hijo, ó cualquier otra persona que le heredase, distribuyan dél la décima parte de la renta en diezmo y conmemoracion del Eterno Dios Todopoderoso en personas necesitadas, para esto agora digo que por ir y que vaya adelante mi intencion, y para que su Alta Magestad me ayude á mí y á los que esto heredaren acá ó en el otro mundo, que todavía se haya de pagar el dicho diezmo en esta manera.

renta [illegible] de la cuarta parte de la renta cho [illegible] de la cual yo ordeno y mando que d [illegible] haya D. Bartolomé hasta tener un cuento [illegible] de renta, que se entienda que en este cuento va el dicho diezmo de toda la renta del dicho Mayorazgo, y que así como creciere la renta del dicho D. Bartolomé, mi hermano, pòrque se haya de descontar de la renta de la cuarta parte del Mayorazgo algo ó todo, que se vea y cuente toda la renta sobredicha para saber cuánto monta el diezmo dello, y la parte que no cabiere, ó sobrare, á lo que hobiere de haber el dicho D. Bartolomé para el cuento, que esta parte la hayan las personas de mi linage en descuento del dicho diezmo, los que más necesitados fueren y más menester lo hobieren, mirando de la dar á persona que no tenga cincuenta mil maravedis de renta, y si el que menos tuviese llegase hasta cuantía de cincuenta mil maravedis, haya la parte el que pareciese á las dos personas, que sobre esto aquí eligieron, con D. Diego ó con quien heredare: así que se entienda, que el cuento que mando dar á D. Bartolomé son, y en ellos entra

la dicha parte sobredicha del diezmo del dicho Mayorazgo y que toda la renta del Mayorazgo quiero é tengo ordenado que se distribuya en los parientes mios mas allegados al dicho Mayorazgo, y que más necesitados fueren, y despues que el dicho D. Bartolomé tuviere su renta un cuento, y que no se le deba nada de la dicha cuarta parte, entonces y antes se verá y vea el dicho D. Diego, mi hijo, ó la persona que tuviere el dicho Mayorazgo, con las otras dos personas que aquí diré la cuenta en tal manera, que todavía el diezmo de toda esta renta se dé y hayan las personas de mi linage mas necesitadas que estuvieren aquí ó en cualquier otra parte del mundo, adonde las envien á buscar con diligencia, y sea de la dicha cuarta parte, de la cual el dicho D. Bartolomé ha de haber el cuento: los cuales yo cuento y doy en descuento del dicho diezmo, con razon de cuenta, que si el diezmo sobredicho mas montare, que tambien esta demasía salga de la cuarta parte y la hayan los mas necesitados, como ya dije, y si no bastare, que lo haya D. Bartolomé hasta que de suyo vaya saliendo, y dejando

de la cuarta parte todo.
Mayorazgo de la cual yo ... mi hijo, ó la
... y haya D. Bartolomé, dos personas de mi
de renta, que se entie... y personas de ánima y
el dicho diezmo ... verán la dicha renta y la
razon, y que ... con diligencia, y farán pagar
D. Bartolomé ... de la dicha cuarta parte de que
descar... dicho cuento à D. Bartolomé, á los más
yo... ...los de mi linage que estuvieren aquí é
...quier otra parte: y pesquisarán de los ha-
...con mucha diligencia, y sobre cargo de sus
ánimas. Y porque podria ser que el dicho D. Die-
go, ó la persona que heredase, no querrán por
algun respeto que se le varia el bien suyo é hon-
ra é sostenimiento del dicho Mayorazgo, que no
se supiese enteramente la renta dello: yo le man-
do á él que todavía le dé la dicha renta sobre
cargo de su ánima, y á ellos les mando sobre
cargo de sus conciencias y de sus ánimas, que
no lo denuncien ni publiquen, salvo cuanto fue-
re la voluntad del dicho D. Diego, ó de la perso-
na que heredare, solamente procure que el di-
cho diezmo sea pagado en la forma que arriba dije.

n: porque no haya diferencias en el elegir los parientes mas allegados que han de D. Diego, ó con la persona que hereda- ue luego yo elijo á D. Bartolomé, mi , por la una, y á D. Fernando mi hijo, a otra, y ellos luego que comenzasen á entrar en esto sean obligados de nombrar otras dos personas, y sean los mas llegados á mi linage y de mayor confianza, y ellos eligirán otros dos al tiempo que hobieren de comenzar á entender en este fecho. Y así irá de unos en otros con mucha diligencia, así en esto como en todo lo otro de gobierno é bien é honra y servicio de Dios y del dicho Mayorazgo para siempre jamás.

Item: mando al dicho D. Diego, mi hijo, ó á la persona que heredare el dicho Mayorazgo, que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linage que tenga allí casa é muger, é le ordene renta con que pueda vivir honestamente, como persona tan llegada á nuestro linage, y haga pie y raíz en la dicha Ciudad como natural della, porque podrá haber en la di- cha Ciudad ayuda é favor en las cosas del m

ter suyo, pues que della salí y en ella nací.

Item: que el dicho D. Diego, ó quien heredare el dicho Mayorazgo, envie por via de cambios, ó por cualquiera manera que él pudiere, todo el dinero que él ahorrare de la renta del dicho Mayorazgo, y haga comprar de ello en su nombre é de su heredero unas compras á que dicen *Logos*, que tiene el oficio de San Jorge, los cuales agora rentan seis por ciento, y son dineros muy seguros, y esto sea por lo que yo diré aquí.

Item: porque á persona de estado y de renta conviene por servir á Dios, y por bien de su honra, que se aperciba de hacer por sí y se poder valer con su hacienda, allí en San Jorge está cualquier dinero muy seguro, y Génova es ciudad noble y poderosa por la mar; y porque al tiempo que yo me moví para ir á descubrir las Indias, fuí con intencion de suplicar al rey y á la reina nuestros Señores, que de la renta que de sus Altezas de las Indias hobiese que se determinase de la gastar en la conquista de Jerusalen, y así se lo supliqué; y si lo hacen sea en buen punto, y si no que todavía esté el dicho D. Diego, ó

la persona que heredare deste propósito de ayuntar el mas dinero que pudiere, para ir con el Rey nuestro Señor, si fuere á Jerusalen á le conquistar, ó ir solo con el mas poder que tuviere: que placerá á nuestro Señor que si esta intencion tiene é tuviere, que le dará él tal aderezo que lo podrá hacer, y lo haga; y si no tuviere para conquistar todo, le darán á lo menos para parte dello: y así que ayunte y haga su caudal de su tesoro en los lugares de San Jorge en Génova; y allí multiplique fasta que él tenga tanta cantidad que le parezca y sepa que podrá hacer alguna buena obra en esto de Jerusalen, que yo creo que despues que el rey y la reina nuestros Señores, y sus sucesores, vieren que en esto se determinan, que se moverán á lo hacer sus Altezas, ó le darán el ayuda y aderezo como á criado é vasallo que lo hará en su nombre.

Item: yo mando á D. Diego, mi hijo, y á todos los que mí descendieren, en especial á la persona que heredare este Mayorazgo, el cual es, como dije, el diezmo de todo lo que en las Indias se hallare y hobiere, é la octava parte de otro cabo

de las tierras y renta, lo cual todo con mis derechos de mis oficios de Almirante y Visorey y Gobernador, es más de veinte y cinco por ciento, digo: que toda la renta desto, y las personas y cuanto poder tuvieren, obliguen y pongan en sostener y servir á sus Altezas ó á sus herederos bien y fielmente, hasta perder y gastar las vidas y haciendas por sus Altezas, porque sus Altezas me dieron comienzo á haber y poder conquistar y alcanzar, despues de Dios nuestro Señor, este Mayorazgo; bien que yo les vine á convidar con esta empresa en sus reinos, y estuvieron mucho tiempo que no me dieron aderezo para la poner en obra; bien que desto no es de maravillar, porque esta empresa era ignota á todo el mundo, y no habia quien lo creyese, por lo cual les soy en muy mayor cargo, y porque despues siempre me han hecho muchas mercedes y acrecentado.

Item: mando al dicho D. Diego, ó á quien poseyere el dicho Mayorazgo, que si en la Iglesia de Dios, por nuestros pecados, naciere alguna cisma, ó que por tiranía alguna persona, de cualquier grado ó estado que sea ó fuere, le quisiere despo-

scer de su honra ó bienes, que so la pena sobredicha se ponga á los pies del Santo Padre, salvo si fuese herético (lo que Dios no quiera), la persona ó personas, se determinen é pongan por obra de le servir con toda su fuerza é renta é hacienda, y en querer librar el dicho cisma, é defender que no sea despojada la Iglesia de su honra y bienes.

Item: mando al dicho D. Diego, ó á quien poseyere el dicho Mayorazgo, que procure y trabaje siempre por la honra y bien y acrecentamiento de la ciudad de Génova, y ponga todas sus fuerzas é bienes en defender y aumentar el bien é honra de la república della, no yendo contra el servicio de la Iglesia de Dios y alto Estado del Rey ó de la Reina, nuestros Señores, é de sucesores.

Item: que el dicho D. Diego, ó la persona que heredare ó estuviere en posesion de dicho Mayorazgo, que de la cuarta parte que yo dije arriba de que se ha de distribuir el diezmo de toda la renta, que al tiempo que D. Bartolomé y sus herederos tuvieron ahorrados los dos cuentos ó parte dellos, y que se hobiere de distribuir algo del diezmo en nuestros parientes, que él y las dos

personas que con él fueron nuestros parientes, deban distribuir y gastar este diezmo, en casar mozas de nuestro linage que lo hobieren menester, y hacer cuanto favor pudieren.

Item: que al tiempo que se hallare en disposicion, que mande hacer una Iglesia, que se intitule Santa María de la Concepcion, en la isla Española, en el lugar más idóneo, y tenga un hospital el mejor ordenado que se pueda, así como hay otros en Castilla y en Italia, y se ordene una capilla en que se digan misas por mi ánima y de nuestros antecesores y sucesores con mucha devocion: que placerá á nuestro Señor de nos dar tanta renta, que todo se podrá cumplir lo que arriba dije.

Item: mando al dicho D. Diego, mi hijo, ó á quien heredare el dicho Mayorazgo, trabaje de mantener y sostener en la isla Española cuatro buenos maestros en la santa teología, con intencion y estudio de trabajar y ordenar que se trabaje de convertir á nuestra santa fé todos estos pueblos de las Indias, cuando pluguiere á nuestro Señor que la renta del dicho Mayorazgo sea

crecida, que así crezca de maestros y personas devotas, y trabaje para tomar estas gentes cristianas, y para esto no haya dolor de gastar todo lo que fuere menester; y en conmemoracion de lo que yo digo, y de todo lo sobrescrito, hará un bulto de piedra mármol en la dicha iglesia de la Concepcion, en el lugar mas público, porque traiga de contínuo memoria esto que yo digo al dicho Don Diego, y á todas las otras personas que le vieren, en el cual bulto estará un letrero que dirá esto.

Item: mando á D. Diego, mi hijo, y á quien heredare el dicho Mayorazgo, que cada vez y cuantas veces se hobiere de confesar, que primero muestre este compromiso, ó el traslado dél, á su confesor, y le ruegue que le lea todo, porque tenga razon de lo examinar sobre el cumplimiento dél y sea causa de mucho bien y descanso de su ánima. Jueves en veinte y dos de Febrero de mil cuatrocientos noventa y ocho.

·S·
S· A· S·
X M Y
El Almirante.

Recibió los Santos Sacramentos con la viva fé que ni por un solo instante se entibió en su alma.

Despues de dar á su hijo los más sanos consejos, espiró el dia de la Ascension, á 20 de Mayo de 1506, cuando tenia cerca de los setenta de su edad, siendo sus últimas palabras: *In manus tuas, domine, commendo spiritum meum.*

Su cuerpo fué depositado en el convento de San Francisco.

Con gran pompa se celebraron exequias en la parroquia de Santa María de la Antigua de Valladolid.

El año 1513 fueron trasladados sus restos al monasterio de Cartujos de Las Cuevas, en Sevilla.

Allí tambien fueron depositados los de su hijo don Diego, que murió en Montalvan el 23 de Febrero de 1526.

Ni siquiera las cenizas de aquel gran hombre debian dejarse descansar en paz, pues en 1536 fueron llevadas con las de su hijo á la capilla principal de la catedral de Santo Domingo.

Quedaron allí hasta que en 1795 concluyó la guerra entre España y Francia, cediendo á esta nuestras posesiones en la isla Española.

Entonces don Gabriel de Aristizábal, que con una escuadra fué á Santo Domingo para dar cumplimiento al tratado, se dirigió al general gobernador don Joaquin García, pidiéndole que los restos de Colon fuesen trasladados á la isla de Cuba. No encontró ningun obstáculo este noble deseo, y el 20 de Diciembre se abrió la bóveda que estaba sobre el presbiterio á la derecha del altar mayor, encontrando fragmentos de un ataud de plomo, huesos humanos y tierra.

Reunido todo, se colocó en una caja de plomo dorado con cerradura de hierro, y se encerró en otra forrada de terciopelo con galones y adornos de oro.

Al dia siguiente, cantó el arzobispo una misa de *Requiem*, y con asistencia de todas las autoridades y la mayoría de la poblacion, las cenizas del gran hombre fueron embarcadas aquella tarde, llegando el 15 de Enero siguiente á la Habana, donde fueron recibidos con gran pompa y

colocados á la derecha del altar mayor de la catedral.

Por fin se dejó en paz el cuerpo del gran hombre que en vida se vió calumniado, perseguido y escarnecido; pero el verdadero mérito sobrevive, y los más encarnizados enemigos de Colon no consiguieron oscurecer su gloria sin igual.



CAPITULO XLIV.

Los descendientes de Cristóbal Colon.

El primer cuidado de don Diego al encontrarse en posesion de los derechos tan gloriosamente adquiridos por su padre, fué reclamar que se le pusiese en el goce de sus empleos; pero Fernando V, tan ingrato como suspicaz, siguió su sistema de responder con frases vagas sin adoptar ninguna resolucion.

Dos años trascurrieron así, y en el de 1508, cansado don Diego de tanta dilacion y convencido de que las súplicas no le servirian de nada, atrevióse á decirle al rey:

—Señor, no acabo de comprender por qué ni siquiera como gracia se me concede lo que es mio

de derecho, ni tampoco adivino el motivo de la desconfianza con que parece que vuestra majestad me mira.

—Plena confianza tengo en vos,—respondió Fernando;—pero concederos lo que pedís es concederlo á vuestros hijos, es fiar á la ventura el más grave negocio del Estado, puesto que nadie sabe lo que han de ser vuestros descendientes.

—¿Y he de padecer yo por los pecados de mis hijos, que aún no han nacido, ni se sabe si nacerán?—replicó don Diego.

—Antes que vuestros intereses son los de España.

—Creo que antes que todo es la justicia, y ruego á vuestra majestad me autorice para acudir á los tribunales en demanda de mis derechos.

Era imposible que el severo Fernando negase esta peticion.

Don Diego acudió al consejo de Indias, y dió principio el pleito con la corona.

Al rey no se le ocultaba que es muy peligroso conceder empleos hereditarios, porque las buenas cualidades del padre no son una garantía

de las del hijo y los demás descendientes; pero la verdad es que don Diego Colon reclamaba con justicia, pues no era culpa suya que al firmar la capitulacion de 1492 se hubiese cometido una torpeza política, disculpable en aquella época en que se admitia como bueno el principio de vincular en las familias ciertos derechos y privilegios, sin que otro sistema de recompensas se hubiese adoptado.

El astuto monarca lo concedió todo cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo no era más que un problema de solucion muy dudosa, es decir, que jugó para ganar sin exponerse á perder; pero luego comprendió la necesidad de recobrar todos los derechos para la corona, dejando enteramente libre la accion del gobierno.

Despues de algunos años falló el consejo, reconociendo los derechos de Colon.

Entretanto éste se habia enamorado, y era tiernamente correspondido, de doña María de Toledo, hija de don Fernando, gran maestre de Leon, y sobrina de don Fadrique, duque de Alba y favorito de gran influencia.

No encontró este amor ningun obstáculo, y el jóven almirante se casó.

A esta circunstancia debió que el rey decidiese al fin cumplir lo mandado por el consejo. Sin embargo, no se le dió al jóven el título de virey.

En compañía de su esposa, de su hermano y de sus tios don Bartolomé y don Diego, embarcóse el almirante en San Lúcar el 9 de Junio de 1509.

Llevó una lucida córte de caballeros con sus esposas, además de muchas distinguidas damas que se decidieron á ir al Nuevo Mundo en busca de marido rico.

Hicieron en Santo Domingo una vida de ostentacion desconocida allí, y las solteras realizaron sus deseos, casándose con los colonos más ricos.

Como para que don Diego se convenciese más y más de que no era virey, dispuso el monarca que el istmo de Darien se dividiese en dos provincias, dando el mando de una, como gobernador, á Alonso de Ojeda, y el otro á Diego de Nicuesa.

Nada más justo sinó que en aquella ocasion se hubiesen premiado los grandes servicios del Adelantado don Bartolómé, aprovechando al mismo tiempo sus relevantes prendas; pero parece que el rey desconfiaba de todo lo que se relacionase con la familia de Colon.

Con el mejor deseo fué á Santo Domingo el nuevo almirante, y quiso poner término á las injusticias y abusos, particularmente limitando al menos los repartimientos de indios para hacer menos dura la servidumbre.

No necesitó más para hacerse enemigos implacables, y muy pronto la isla se dividió en dos bandos. El contrario á Colon se llamaba partido del rey, y á su cabeza se puso el tesorero Miguel de Pasamonte, que contaba con el apoyo del obispo Fonseca en Castilla.

Murmuróse públicamente y empezaron á llegar al monarca quejas y acusaciones graves contra don Diego Colon.

Por de pronto Fernando V, dispuso que se estableciese en la isla una audiencia, adonde podian todos acudir en apelacion de las resolucio-

nes del almirante, y así quedó más y más limitada la autoridad de éste.

Pruebas dió don Diego de que valia mucho, pues sin derramar una gota de sangre, consiguió conquistar y colonizar las islas de Cuba y de Jamáica, prestando así un servicio de grandísima importancia.

Cansado al fin de que se le calumniase, pidió permiso para volver á España y justificar su conducta, y en Abril de 1515 se separó de su esposa, emprendiendo el viaje y consiguiendo fácilmente que se reconocieran sus buenos servicios, pero tuvo que entablar nuevo pleito, porque reclamaba la parte que le correspondia de los productos del istmo, y se puso en duda que aquella parte de territorio lo hubiera descubierto su padre.

Por aquel tiempo murió don Bartolomé en Española.

Tambien habia muerto el rey Fernando el 23 de Enero 1514.

Por fin el emperador Cárlos V reconocio muchos de los derechos de don Diego, y éste volvió á la isla Española en 1520.

Encontróse casi abandonada la explotacion de las minas de oro, porque los colonos habian comprendido que era mayor riqueza el cultivo de la caña de azúcar. Para esto se empleaban ya muchos esclavos de Africa, á los que se trataba con una crueldad inconcebible.

Eran pacientes y sufridos; pero no hay paciencia que no se agote, y en Diciembre de 1522 se insurreccionaron los negros que trabajaban en una de las plantaciones del almirante y en otra inmediata.

Salió don Diego con algunas fuerzas en busca de los rebeldes, que ya habian cometido algunos asesinatos. Los encontraron cerca del rio Nizao, y despues de acuchillar á los que hicieron resistencia y ahorcar á otros muchos, vió terminada la sublevacion.

Pasamonte y sus amigos continuaban enviando á Castilla quejas contra el almirante, y al fin éste recibió una órden del consejo de Indias, mandándole que se presentase en la córte para informar sobre aquellos asuntos.

Obedeció don Diego.

Con facilidad desvaneció otra vez las calumnias, y otra vez tambien volvió á reclamar la parte de las rentas que no se le habia pagado.

Así pasó un año y otro, sufriendo vejaciones y devorando amarguras.

Quebrantóse su salud, y ya muy débil quiso emprender el viaje desde Toledo á Sevilla en seguimiento de la córte.

Aconsejáronle sus amigos que no se moviese; pero á nadie quiso escuchar y salió de Toledo en una litera el 21 de Febrero de 1526.

Cuando llegó á Montalban, distante unas seis leguas, se convenció de que se acababa su vida, detúvose y despues de arreglar sus asuntos de conciencia, murió el 23 á los cincuenta años de edad.

En Santo Domingo estaba su familia.

Habia dejado dos hijos, Luis y Cristóbal, y tres hijas, María, Juana é Isabel, que despues se casaron respectivamente con don Sancho de Córdova, don Luis de Guerá y don Jorge de Portugal, conde de Yelves.

La viuda, dando pruebas de fortaleza de es-

píritu, acudió á la real audiencia pidiendo permiso para armar una escuadra y colonizar á Veragua como territorio descubierto por Cristóbal Colon.

La audiencia respondió que no podia decidir, y entonces se embarcó doña María y vino á España con sus hijos.

Al mayor se le concedió sin dificultad el título de admirante, pero no el de virey.

El pleito continuó sobre este punto, y cuando don Luis tenia diez y ocho años se decidió por árbitros que tomase el título de capitan general de Española.

Trasladóse á Santo Domingo y poco tiempo despues conmutó su derecho al vireinato y á la décima parte de los productos de las Indias por los títulos de duque de Veraguas y marqués de la Jamáica, y una pension de mil doblones de oro.

Murió poco tiempo despues dejando un hijo ilegítimo llamado Cristóbal, y dos hijas, Felipa y María, de su esposa doña María de Mosquera. Esta última hija tomó el velo en un convento de Valladolid.

Segun el testamento del primer almirante, no teniendo hijo varon y legítimo don Luis, pasaban sus derechos á su hermano Cristóbal, y por haber muerto ya éste, á su hijo don Diego.

Los demás indivíduos de la familia pusieron pleito á don Diego, por una parte Felipa, por otra la comunidad á que pertenecia María, y por su parte el hijo ilegítimo Cristóbal.

Diego y Felipa comprendieron que lo más acertado era unir sus intereses y se casaron; pero no tuvieron hijos, muriendo don Diego en 1578 y concluyendo así la sucesion masculina de Colon.

Entablóse nuevo pleito de los más ruidosos que se han visto.

Tenia don Diego dos hermanas, Francisca y María: la primera y los hijos de la segunda reclamaron la herencia, uniéndose á estos Bernardo Colombo, natural de Cogaletó, como descendiente de Bartolomé Colon el Adelantado. La demanda de Bernardo no fué admitida porque no probaba que Bartolomé hubiese tenido descendencia.

Presentóse además otro reclamante, Baltasar Colombo, de la casa de Cuccaro y Conzano en el ducado de Monferrato del Piamante.

Presentó un árbol genealógico en el que figuraba un Dominico Colombo, señor de Cuccaro, asegurando que éste era el padre de Cristóbal Colon. La fecha de su muerte resultaba anterior en muchos años á la del verdadero padre.

Por fin, despues de veinticuatro años, es decir, en 1608 se declaró extinguida la línea masculina, y don Nuño Yelves de Portugal entró en posesion del ducado de Veraguas.

Era nieto de Isabel, tercera hija de don Diego y de la vireina doña María.

CAPITULO XLV.

Antecesores y pátria de Colon.

A los grandes hombres se les mira con desden, se les persigue y hasta se les deja morir de hambre; pero luego, cuando su nombre es una gloria, todos pretenden ser sus parientes, todas las poblaciones se disputan el honor de haberlos visto nacer.

Esto sucedió con Cristóbal Colon. Cuando el infeliz andaba de puerta en puerta como un mendigo, cuando su atrevida empresa no era considerada sinó como un delirio, no habia nadie que quisiera ser su pariente, ni siquiera su amigo, y ¡apenas si el desdichado podia decir que tenia pátria!

Llegó el caso de heredar empleos, dignidades y dinero, y ya hemos dicho cómo aparecieron parientes, alguno de ilustre familia, como lo era Baltasar Colombo de Cuccaro.

Con seguridad completa nada puede decirse de los antecesores de Colon; pero daremos á conocer las distintas opiniones sobre este asunto, y diremos lo que nos parece más probable.

Nadie mejor que su hijo Fernando pudo disipar todas las dudas, y no solamente no lo hizo al escribir la historia de su padre, sinó que parece que se propuso hacer más densa la oscuridad. Todo cuanto dice sobre este punto es vago: quéjase de que algunos hayan querido oscurecer la fama de su padre, haciéndole natural de varios lugares pequeños, ó que en su juventud se habia ocupado en trabajos mecánicos; pero no justifica sus quejas poniendo en claro su abolengo, que era el argumento de mayor fuerza contra los detractores.

El mismo Colon, observa con mucho acierto Bossi, cuando se veia despreciado y zaherido por la oscuridad de su orígen, hubiera contestado á

tóbal, vivia en Génova muchos años despues de la muerte del señor de Cuccaro.

Pedro Mártir y el obispo Las Casas, amigos que fueron del almirante, creian que éste habia nacido en territorio genovés.

Aún falta averiguar si era de la misma ciudad de Génova ó de alguno de los pueblos inmediatos á la misma.

Bartolomé Colon se decia de Terra-Rubra en la inscripcion latina del mapa que presentó á Enrique VII de Inglaterra; pero esto no prueba que allí tambien naciese su hermano.

El abogado Giovanni Battista Belloro, aseguraba en 1826 que el célebre navegante vió la luz del mundo en Savona, donde residió muchos años Dominico Colombo, y donde se encuentra un documento en que firma como testigo un tal Cristóbal Columbus en 1472. Recuerda tambien que el almirante dió el nombre de Savona á una pequeña isla adyacente á Española. Sin embargo, resulta tambien que el Cristóbal que firmó como testigo de un testamento, se decia él mismo de Génova.

Mucha luz dió el docto Giovanni Battista Spotorno, que encontró un protocolo en el que aparece que un tal Giacomo Colombo, cardador de lana, residió fuera de la puerta de San Andrés en 1311, así como tambien de otro documento resulta que en 1489 Dominico Colombo poseia una casa y tienda, y un jardin con un pozo en la calle de la Puerta de San Andrés. Tambien tenia otra casa alquilada á los monjes de San Estéban en la vía Mulcento, que iba desde la calle de San Andrés á la Strada Giulia.

Tambien dice Bossi que varios documentos encontrados en el archivo de San Estéban contienen muchas veces el nombre de Dominico Colombo, desde 1456 á 1489, y lo designan como hijo de Giovanni Colombo, marido de Susana Fontanarossa, y padre de Cristóbal, Bartolomé y Giacomo, ó sea Diego. Segun los recibos, se vé que el último pago del alquiler de la casa lo hizo Dominieo Colombo en 1489.

De todo esto infiere el mismo Bossi que el almirante nació en una casa de la vía Mulcento y que se bautizó en la iglesia de San Estéban,

dando á esta opinion más fuerza, porque dice que en un antiguo manuscrito se vé al márgen una nota donde se expresa que el nombre de Cristóbal estaba en los libros de la parroquia como bautizado allí.

Tenemos además el no despreciable testimonio de Andrés Bernaldez, cura de los Palacios y amigo íntimo de Colon, que dice que éste había nacido en Génova, y lo mismo asegura Agostino Guistiniani, Alejandro Geraldini, hermano del Nuncio, Antonio Gallo y Bartolomé Seneraya, todos contemporáneos de Colon y naturales de dicha ciudad.

Hemos querido dar á conocer todas las opiniones y sus fundamentos, aunque para nosotros no hay duda de que Génova fué la pátria del almirante, y la prueba nos la da él mismo en su testamento, declarando dos veces que allí nació. Ya hemos copiado este documento irrecusable, donde dice: «Siendo yo nacido en Génova.» Y en una de sus disposiciones se lee lo siguiente: «Mando al dicho don Diego mi hijo, ó á la persona que heredare el dicho mayorazgo, que tenga y sos-

tenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linaje que tenga allí casa y mujer é le ordene renta conque pueda vivir honestamente, como persona tan llegada á nuestro linaje, y haga pié y raiz en dicha ciudad como natural della, porque podrá haber de la dicha ciudad ayuda é favor en las cosas del menester suyo, pues que della salí, y en ella nací.»

Para nosotros, repetimos, esta declaracion no da lugar á duda.

Además, en todo mostró Colon el más vivo interés por Génova, y así se vé en otro de los párrafos del testamento, que dice: «Mando al dicho don Diego, mi hijo, ó la persona que heredare el dicho mayorazgo, que obre y trabaje siempre por el honor, la prosperidad y aumento de la ciudad de Génova, y que siempre emplee todos sus talentos y medios en defender y aumentar la prosperidad y honor de su república, en todas las materias que no sean contrarias al servicio de la Iglesia de Dios, ó al estado del rey y reina, nuestros soberanos y sus sucesores.»

Otra prueba del afecto verdaderamente filial

que profesaba Cristóbal Colon á Génova la tenemos en lo que hizo al emprender su último viaje. Antes de partir escribió á su amigo el doctor Nicolo Oderigo, que habia sido embajador de Génova en España, y le remitió certificadas copias de las reales cédulas de sus empleos y dignidades, para que en caso necesario lo hiciese constar donde conviniese, y dispuso además que la décima parte de sus rentas se entregasen á aquella ciudad para que se compensase cuanta rebaja fuese posible en los derechos sobre el trigo, vino y otros artículos de primera necesidad.



CAPITULO XLVI.

Más antecedentes de Colon.—Falsos rumores para desacreditarlo.

De Cristóbal Colon y de algunos de sus parientes hay algunas noticias más que debemos dar á conocer.

En una de sus cartas dice Colon que no era el primer almirante de su familia, y su hijo Fernando habla del parentesco de dos Colones, tio y sobrino, que se conocieron cuando áun era jóven su padre.

Al sobrino le llaman los historiadores Colon el Mozo.

Se dice del tio que tomó parte en la expedicion de Juan de Anjou contra Nápoles, y no falta quien asegure que Cristóbal iba con él.

En 1476 el rey de Portugal determinó ir á la cósta meridional de Francia para acabar de decidir á su aliado Luis XI á continuar la guerra contra España.

La escuadra francesa, al mando de Colon ó Colómbo, segun Zurita, llegó á las costas de Vizcaya, y despues de sufrir una terrible tempestad, pasó á las de Galicia y luego á Lisboa, haciendo rumbo á Berbería con el rey de Portugal y su ejército. No pudo éste llegar á Marsella, como deseaba, y desembarcó en Colibre.

Observa muy acertadamente Irving que este Colon era el jefe naval de quien dice Jacques Georges Chaufepies: «No sé qué cuento deba hacerse de un hecho referido en la Descatiana, de que Colon era en 1474 capitan de varios buques de Luis XI, y que como los españoles habian hecho una irupcion en el Rosellon, pensó que por via de represalia, y sin contravenir á la paz entre las dos coronas, podia echar á pique los buques españoles. Atacó por consiguiente dos galeras de aquella nacion, cargadas por cuenta de varios indivíduos. Habiéndose dado quejas de esta ac-

cion al rey Fernando, escribió sobre ella á Luis XI: su carta es de 9 de Diciembre de 1474. Fernando llama á Cristóbal Colon súbdito de Luis; y esto porque, como es sabido, era Colon genovés, y Luis soberano de Génova, aunque la ciudad de Saona la tuviese en feudo el duque de Milan.»

Colon el Mozo navegó mucho en el Mediterráneo al servicio del rey de Francia, y con él estuvo algunos años Cristóbal Colon, segun dice su hijo Fernando.

Muchos historiadores, y este último tambien, dicen que el descubridor del Nuevo Mundo fué á Portugal á consecuencia de un combate naval; pero resulta que el combate de que se trata tuvo lugar en 1485, es decir, despues que Cristóbal Colon habia salido ya de Portugal para venir á la córte de España.

Lo que no puede dudarse es que en su juventud Colon habia navegado bastante y dado pruebas de tanto valor como talento. Sin embargo, cuanto se refiere á la juventud de Colon está envuelto en tinieblas, que él no tuvo por conve-

niente disipar, asi como tampoco quiso hacerlo su hijo Fernando.

Se comprende bien que el padre no pensase nunca en ocuparse de su persona; pero no se adivina la causa del sistemático silencio del hijo.

No queremos guardar silencio sobre un suceso que fué acogido por algunos historiadores, y que quitaba á Colon toda la gloria del descubrimiento del Nuevo Mundo. El que refiere el suceso con más detalles, es Garcilasso de la Vega, que habia nacido en el Cuzco y era descendiente de los Incas por su madre, casada con un español despues de la conquista del Perú. Dice que Alonso Sanchez de Huelva, piloto, navegando desde Canarias á Madeira, fué llevado por los huracanes hasta una tierra desconocida, la isla Española, donde desembarcó, tomó la altura y escribió una relacion detallada de su penoso viaje. Despues se lanzó nuevamente en el Océano, y logró volver á Europa, viendo morir durante la travesía de hambre y cansancio á doce de sus marineros. Los cinco que quedaron con vida, al arribar á Terceira, fueron socorridos por Colon,

que les dió hospitalidad. Todos ellos murieron en pocos dias, y el piloto dejó á Colon por heredero de sus papeles, en los que el almirante encontró el derrotero del Nuevo Mundo. El suceso lo fija en 1484, y la falsedad se prueba con recordar que diez años antes Cristóbal Colon comunicó su proyecto de descubrimiento á Paulo Toscanelli, de Florencia.

CAPITULO XLVII.

Amérigo Vespucci.

Parece que el Nuevo Mundo debió tom nombre del que lo descubrió, y sin embargo navegante le dió el suyo, circunstancia que obliga á dar á conocer á este afortunado vi

Llamábase Amérigo Vespucci y nació en rencia el dia 9 de Marzo de 1451, y fué el cero de los hijos de Anastasio Vespucci y d bel Mini.

Aunque era familia ilustre, apenas con con bienes para vivir con decoro, y sin exa cion puede calificárseles de pobres.

Tenia el padre un hermano fraile, ll Jorge Antonico Vespucci, y éste tomó á su la educacion del sobrino.

Así pudo recibir una instruccion nada comun en aquellos tiempos, pues su tio era un sábio que ya se habia ocupado en enseñar ciencias á muchos personajes ilustres.

De sus primeros años nada de particular se sabe respecto á Amérigo; pero sí que despues de terminada su educacion vino á España, fijando su residencia en Sevilla como encargado de los negocios de la familia de Médici, de Florencia. Los escasos intereses de su familia habian padecido mucho con las locuras de uno de sus hermanos, y esta triste circunstancia le obligó doblemente á trabajar desde muy jóven.

Supónese, aunque sin fundamento para asegurarlo, que poco despues de residir en Sevilla volvió Cristóbal Colon de su primer viaje. Lo cierto es que en 1496 tenia el carácter de representante de Juanoto Berardi, comerciante florentino avecindado en Sevilla y que habia hecho un ntrato con el gobierno para armar tres escuaas de á cuatro bajeles con destino al Nuevo ndo. Como Berardi habia muerto el año anter, Amérigo Vespucci era el que figuraba en

del rey Manuel de Portugal, y en la primera expedicion visitó la costa del Brasil.

Despues escribió otra carta al referido Lorenzo di Pier Francisco de Médicis.

Es inexplicable que en los archivos de Portugal no se encuentre ningun antecedente sobre este viaje, ni siquiera el nombre de Vespucci; pero no debe ponerse en duda, porque en su diario constaba con exactitud la altura del cabo de San Agustin.

Sobre este mismo viaje escribió tercera carta á Lorenzo de Médicis en 1504, y ya esta relacion, más detallada que las anteriores, fué impresa, publicándose en latin en Strasburgo en 1505 con el titulo de *Américus Vesputius, de Orbe Antarctica per regem Portugalliæ pridem invento.*

En el año 1507 se insertó tambien esta carta en una relacion de viajes escrita por Trancanzio di Monte Alboddo, de Vicenza, y además en otro libro titulado *Itinerarium Portugalensium*, traduciéndose el primero al italiano y haciéndose en Milan una edicion en 1508.

Así empezó á ser conocido en Europa el nom-

bre de Amérigo Vespucci, y su nombre se dió á la region Sur del Nuevo Mundo.

Algunos quieren hacerlo aparecer como descubridor, dándole una importancia que no tiene, pues ni siquiera descubrió el Brasil, del que Pinzon, segun digimos, habia tomado posesion en nombre de España en 1500, y poco tiempo despues, en nombre de Portugal, Pedro Alvarez Cabral. Esta última nacion quedó dueña de aquel territorio, fundándose en que estaba fuera del límite señalado á los españoles para sus descubrimientos y conquistas.

Salió de Portugal otra escuadra de seis buques, dos de los cuales iban mandados por Vespucci. Segun él decia, iban en busca de Malacca, punto que suponian era el depósito del comercio entre el Ganges y el mar indio.

Como se ve, antes que todo era Amérigo Vespucci especulador.

Diéronse á la vela el 10 de Mayo de 1503, y siguieron la costa de Sierra-Leona, sin que les fuese posible desembarcar, porque los vientos les eran contrarios. Entonces hicieron rumbo al Sud-

oeste, y á los tres grados al Sur de la línea equinocial, descubrieron una isla desierta que tenia como dos leguas de largo y una de ancho y que no presentaba ningun atractivo.

Aconteció allí una desgracia: el buque del comandante se estrelló contra las rocas, y mientras los demás lo socorrian, encargóse á Vespucci que buscase puerto seguro.

Partió, pues, con su carabela.

Encontró el puerto, pero los demás buques no llegaban, y despues de algunos dias se dió á la vela, encontrando al fin uno y sabiendo que los demás habian continuado el viaje.

En semejante situacion y cumpliendo la órden preventiva que habian recibido, hicieron rumbo al Brasil y descubrieron la bahía de Todos los Santos, donde desembarcaron y decidieron aguardar el resto de la flota.

Más de dos meses permanecieron allí.

Los otros buques no parecian.

No quiso Amérigo Vespucci perder más tiempo, y navegando otra vez como doscientas sesenta leguas al Sur, desembarcó y dispuso le-

vantar un fuerte, aprovechando la ocasion para cargar palo del Brasil.

Despues de cinco meses y convencido de que era inútil esperar la flota, dejó en el fuerte una guarnicion de veinticuatro hombres y volvió á Lisboa, á donde llegó en Junio de 1504.

No se sabe por qué motivo dejó el servicio del rey de Portugal, y en 1505 llegó á Sevilla de paso para la córte. Sus relaciones con Cristóbal Colon debian haber intimado, porque llevaba una carta de éste para Diego.

La carta es como sigue:

«Mi querido hijo: Diego Mendez salió de aquí el lunes 3 del presente. Despues de su partida he conversado con Amérigo Vespucci, el portador de la presente, que va allá, llamado para negocios de navegacion. La fortuna le ha sido adversa como á muchos otros. Sus trabajos no le han aprovechado tanto como razonablemente debieron haberle aprovechado. El va por mi cuenta, y con mucho deseo de hacer algo que pueda resultar en ventaja mia si está en su poder. Yo no puedo saber desde aquí en lo que puedo emplear-

lo que me sea útil, porque ignoro lo que ahí se necesita. Va con la determinacion de hacer por mí todo lo que le sea posible. Mira en qué puede sernos ventajoso, y coopera con él para que él pueda decir y hacerlo todo, y poner en práctica sus planes, y que todo esto se haga secretaménte para que él no pueda ser sospechado. Yo le he dicho todo lo que le puedo decir tocante al negocio, y le he informado de la paga que tengo recibida, de lo que se me debe, etc.»

Amérigo Vespucci cuidó ante todo de pedir carta de naturaleza en España, que le fué concedida.

Luego consiguió que el rey lo nombrase capitan de una escuadra para hacer el comercio de especias, y en el año 1505 se encontraba en Sevilla, donde recibia doce mil maravedises.

Esta empresa no se llevó á cabo, y despues de tres años, en 1508 se le nombró primer piloto con setenta y cinco mil maravedises de sueldo.

Desempeñando este empleo permaneció en Sevilla hasta que murió en 22 de Febrero de 1522.

Su sobrino Juan Vespucci fué entonces nombrado piloto con doce mil maravedises de sueldo.

Hé aquí lo que de éste dice el historiador Pedro Mártir:

«El mancebo Vesputius es uno á quien Americus Vesputius, su tio, dejó el exacto conocimiento de las facultades del marinero, como herencia despues de su muerte, porque era él muy experto en el conocimiento de la costa, brújula y elevacion de la estrella polar por el cuadrante.

»Vesputius es un muy íntimo amigo mio, y un jóven agudo, en cuya compañía me complazco mucho, y por lo tanto lo tengo muy á menudo de huésped. Tambien ha hecho muchos viajes á estas costas, y notado diligentemente las cosas que ha visto.»

Ahora nos permitiremos seguir en sus razonamientos al ilustre Irving en cuanto se refiere á los puntos de controversia. Da este escritor la importancia que verdaderamente tiene á una carta que Américo Vespucci escribió el 4 de Setiembre de 1504 en Lisboa, despues de su última

expedicion al Brasil. Estaba escrita en latin, y se la dedicó á René, duque de Lorena. Se publicó en 1507 en San Diez, y el abad Cancillieri encontró un ejemplar en la biblioteca del Vaticano.

Hace Vespucci una narracion de sus cuatro viajes al Nuevo Mundo, y recuerda al rey René la amistad que los unia cuando estudiaban ciencias, añadiendo que si aquella obra no le agradase, debia apelar á lo que Plinio dijo á Mecenas: «que acostumbraba anteriormente á divertirse con sus bagatelas.»

Declara que lo trajeron á España asuntos comerciales, que fué varia su fortuna, y que fijó su atencion en fines más elevados, decidiendo explorar varias partes del mundo y examinar las maravillas de la naturaleza.

En otro párrafo de la carta dice: «Partimos de Cádiz en 29 de Mayo de 1497, lanzándonos al grande Océano, en cuyo viaje empleamos diez y ocho meses, descubriendo muchas tierras é innumerables islas, las más habitadas, y todas desconocidas de los antiguos.»

Pretenden algunos que Vespucci no hizo el viaje á que se refiere la carta, y que el primero fué á la costa de Pária con Alonso de Ojeda, segun oportunamente dijimos.

De este viaje tampoco hay antecedentes en los archivos, y aunque el mismo Vespucci dice que el rey Fernando lo nombró entre otros para la expedicion de 1497, hay motivo para dudar que se le confiase ningun cargo siendo extranjero y sin haber obtenido antes carta de naturaleza, lo cual no sucedió hasta 1505.

Por nuestra parte creemos que es falsa la relacion de semejantes viajes, y que Vespucci no fué al Nuevo Mundo por primera vez sinó con Pinzano, como dijimos. Tal vez pretendia la gloria de haber descubierto la costa de Pária.

Hé aquí otra prueba de la falsedad del relato: se recordará que don Diego Colon entabló con la corona pleito, reclamando el gobierno y parte de las rentas de tierra firme descubierta por su padre. Conveníale al rey probar que el descubridor habia sido otro, y se apelaron á todos los medios con este fin. Alonso de Ojeda fué entonces inter-

rogado, y despues cerca de cien testigos, y en el resultado de estas declaraciones debemos fijar nuestra atencion.

Del testimonio de estas declaraciones, firmado por Higuera y Lara, archivero de Indias en Sevilla, parece resultar que Vespucci acompañó á Ojeda en 1499, pues éste dice en una de sus declaraciones: «En este viaje que este dicho testigo hizo, trujo consigo á Juan de la Cosa, piloto, é Mórigo Vespuche é otros pilotos.»

Hay que tomar en consideracion tambien la coincidencia de muchos puntos de la narracion de Vespucci con los sucesos del viaje de Alonso de Ojeda. Habla el primero en sus cartas de que su buque, despues de dejar la costa de tierra firme, dió fondo en Española, permaneciendo dos meses y medio por falta de provisiones, durante cuyo tiempo se vieron en muchos peligros y turbaciones con los mismos cristianos que estaban en aquella isla con Cristóbal Colon.

Efectivamente, Alonso de Ojeda pasó algun tiempo al Occidente de la isla, segun oportunamente digimos, y Colon dispuso que Roldan fue-

se con una partida á observarlo y averiguar en virtud de qué autorizacion habia hecho aquel viaje.

Casi queda probado así que Américo Vespucci no pudo llevar á cabo la anterior expedicion en 1497.

Además Ojeda declara terminantemente que la costa de Pária habia sido descubierta por Colon, y no seria por favorecer á éste, á quien no dió pruebas de querer mucho. Hé aquí sus palabras:

«Y preguntado cómo lo sabe, dijo que lo sabe porque vió este testigo la figura que el dicho almirante al dicho tiempo envió á Castilla al rey é reina nuestros señores, de lo que habia descubierto, y porque este testigo luego vino á descubrir, y halló que era verdad lo que dicho tiene que el dicho almirante descubrió.»

Bernaldo de Haro declaró lo siguiente:

«Que habia estado con el almirante y escribió una carta que el almirante escribiera al rey y reina nuestros señores, haciéndoles saber las perlas y cosas que habia hallado, le envió señalado con la dicha carta, en una carta de marear

los rumbos y vientos por donde habia llegado á la Pária, y que este testigo oyó decir cómo por aquella carta se habian hecho otras, ó por ellas habian venido Pedro Alonso Merino é Ojeda, y otros que despues han ido á aquellas partes.»

Otros muchos testigos declaran que Colon habia descubierto la costa de Pária. Muchos dijeron que la costa al Sur de Pária y la que se extiende por Occidente hácia la isla Margarita hasta Venezuela, no fué descubierta por Vespucci, como él pretendia, sinó por Alonso de Ojeda, y que no los habia visitado antes ni el almirante ni otro cristiano alguno.

Alonso Sanchez de Carvajal dijo:

«Que en todos los viajes que algunos hicieron descubriendo en la dicha tierra, que ovieron navegado con el dicho almirante, y á ellos mostró muchas cosas de marear, y ellos por imitacion é industria, del dicho almirante las aprendian y aprendieron, é seguendo á lo que el dicho almirante los habia mostrado, hicieron los viajes que descubrieron en la tierra firme.»

Dice Vespucci que su viaje de 1497 lo hizo con

cuatro carabelas; que regresó en 1498 y volvió á salir en 1499 con Alonso de Ojeda. Si tan bien conocia la costa de Pária, ¿por qué los que iban en su compañía se guiaban por las cartas de Colon? ¿Y cómo sobre este punto guardaban silencio todos los testigos? ¿Y por qué Vespucci, que estaba en Sevilla al principiar el pleito, no favoreció los intereses de la corona y los suyos propios, justificando que erá el verdadero descubridor?

El mismo Vespucci nos da otra prueba en la carta que escribió en el año 1500 á Lorenzo de Médicis, pues se ocupa solo del último de los viajes en cuestion, pinta con vivos colores y entusiasmo las maravillas que habia visto, y ni siquiera hace alusion al anterior viaje, sinó que, por el contrario, dice que nada más le habia ocurrido de particular.

Si en 1497 habia descubierto la costa de Pária, no se concibe que dijese que nada de particular le habia ocurrido, pues no era posible que se olvidase de lo que estaba reciente y era un título de gloria.

Lo repetimos: Amérigo Vespucci era un comerciante, un especulador con más ó menos talento, y un buen piloto, pero nada más.

En el año 1500 se creia que Colon habia descubierto la tierra firme desde su primer viaje, pues hasta 1508 no se circunnavegó la isla de Cuba. Quizás Vespucci supuso que el Brasil, Pária y el resto de aquella costa, eran parte de otro continente, y quiso apropiarse la gloria del descubrimiento.

Han asegurado algunos que á su vuelta del viaje al Brasil preparó Amérigo Vespucci una carta marítima, dando su nombre á aquella parte de la tierra firme; pero esto no está probado y debe creerse que el nombre se lo dieron otros, suponiéndole el mérito de descubridor.

Herrera fué el primer historiador que acusó á Vespucci, siguiendo en esto á Las Casas que lo trató con la mayor dureza.

En realidad esta cuestion no tiene gran importancia cuando se trata de la gloria de Cristóbal Colon. ¿Qué importa que antes ó despues de otro pusiese el pié en la tierra firme? En realidad

quien primero lo puso fué Sebastian Caboto, costeando en 1497 las playas desde Labrador á Florida. Como dice muy bien Irving, cuando Colon tocó por primera vez la tierra del hemisferio Occidental, acabó su empresa: el gran problema estaba resuelto y descubierto el Nuevo Mundo.

Sin embargo, es triste que el continente descubierto por Cristóbal Colon no tenga el nombre de éste, sinó el de un mercader más ó ménos inteligente, atrevido ó afortunado.

Con el tiempo el nombre de Amérigo Vespucci fué dándose á todo el continente, que debió llamarse Colombia y se llama América.

CAPITULO XLVIII.

Las declaraciones del hijo de Pinzon.

Ya que hemos tenido que hablar de los testigos que declararon en el pleito entablado por don Diego Colon, nos ocuparemos tambien de lo que, para rebajar la gloria del almirante, hizo Arias Perez Pinzon, hijo de Martin Alonso.

Sabemos que éste fué uno de los que más contribuyeron á que se armasen los buques para el primer viaje, y que formó parte de la expedicion, dando al almirante pruebas de cariño y de respeto hasta que despues de descubierta la tierra se separó de la escuadra, queriendo hacer solo otros descubrimientos. Como no consiguió lo que deseaba y debió quedar profundamente he-

rido su amor propio, debe suponerse que miró á Colon con desagrado, y este sentimiento de despecho y casi de ódio, lo heredó su hijo Arias, pues lo vemos figurar como testigo en el mencionado pleito, y esforzándose para probar que su padre conocia la existencia del Nuevo Mundo antes de que Colon viniese á España, y que nada hubiera podido hacer éste sin las noticias que le dió aquel.

En su declaracion dice Arias que «estando una vez en Roma con su padre en asuntos de comercio, antes del tiempo del descubrimiento, tuvieron frecuentes conversaciones con una persona docta en cosmografía, que estaba al servicio del Papa Inocencio VIII, y estando en la biblioteca del Papa, esta persona les mostró muchos manuscritos, de uno de los cuales sacó su padre la íntimacion de las nuevas tierras; porque habia un pasaje de un historiador tan antiguo como Salomon que decia: «Navega el mar Mediterráneo hasta el fin de España, y de allí hácia el Poniente del sol en una direccion media entre Norte y Sur, hasta noventa y cinco grados de distancia,

CAPITULO XLIX.

Otras noticias sobre descubrimientos anteriores á Colon.

Continuamos dando una ligera idea de lo más notable que se ha escrito en cuanto á descubrimientos en el continente occidental, pues solo así puede apreciarse mejor la gloria de Cristóbal Colon.

Pretenden algunos que los noruegos, en el siglo IX, descubrieron una gran porcion de tierra al Occidente de Iceland y que le llamaron Grande-Iceland; pero de esto no hay ninguna prueba.

Para nosotros está fuera de duda que siglos antes que Colon naciese, alguna raza, probablemente europea, ó tal vez asiática, se estableció

en el continente americano, raza que intelectualmente debia ser muy superior á la indígena. En apoyo de esta opinion, y además del carácter que tenia la civilizacion, costumbres é industria de algunas de las naciones del continente americano, encontramos en el pueblo azteca la tradicion de ese gran rey Quezalcoal, señor de las siete cuevas de Navatlacas, fundador del imperio mejicano, que salió para conquistar tierras hácia Oriente, y dejó prometido que sus descendientes volverian para dar leyes justas y hacer feliz al pueblo; y tenemos tambien en el Perú la raza privilegiada de los Incas, tan diferente de la originaria de aquella region.

Sin embargo, los que allí fueron, europeos ó asiáticos, no volvieron, ó de sus viajes y descubrimientos habia noticias tan vagas y contradictorias que nada podia deducirse, y narraciones conservadas por la tradicion en ciertas localidades, parecian cuentos fantásticos que no merecian ser tomados en consideracion por los hombres de ciencia.

Lo menos fabuloso es la crónica del rey Olans,

den de los antiguos normandos. Esto es posible, y aún probable, y se comprende bien si se tiene en cuenta que los escandinavos eran viajeros infatigables y muy atrevidos emprendedores.

Tambien se dice que en el año 1380 el caballero veneciano Nicolo Zeno hizo un viaje al Norte con intencion de tocar en Flandes y en Inglaterra; pero una tempestad lo llevó muy lejos hasta Friseland, isla que algunos creen sea del archipiélago de Ferve.

Se perdió el buque; los viajeros fueron aprisionados por los naturales, y despues los rescató Zichmni, príncipe de las islas al Sur de Friseland y señor de otro distrito situado frente á Escocia.

Algun tiempo despues tuvo Nicolo Zeno la satisfaccion de que se le reuniese su hermano Antonio.

Catorce años permanecieron allí.

Por fin Antonio Zeno escribió á su hermano Cárlos á Venecia, diciéndole que un marinero, en compañía de otros, habia salido con cuatro botes pescadores y como veintiseis años antes de

Friseland, y que impulsados por el huracan fueron llevados á una isla llamada Estotiland, donde fueron socorridos por los naturales, siendo llevados á una gran ciudad, donde residia el rey.

Les fué imposible entenderse hasta que se presentó un hombre que habia naufragado algunos años antes en aquellas costas y que hablaba latin.

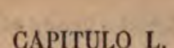
Aseguraba el marinero que la isla era muy fértil, abundante en metales y particularmente en oro, y que en el centro se levantaba una montaña de la que partian cuatro rios. Los habitantes eran inteligentes y conocian varios ramos de la industria europea, hacian cerveza, cultivaban grano y habitaban en edificios de piedra.

En la biblioteca del rey vieron libros en latin, lengua que allí era desconocida, y supieron que los naturales comerciaban con los de Groenland en brea, azufre y salitre.

Los viajeros enseñaron á los indígenas el uso de la brújula, por lo que se les tuvo en gran estimacion, y el rey dispuso que fuesen con doce barcas á visitar un país al Sur llamado Drogeo,

Casi nos atrevemos á decir que esta
eran un ingenioso ardid de astuto editor p
á su libro un valor que no tenia y vende
facilidad.

Nada de esto pudo servir á Cristóbal C
guía, pues ya hemos visto que en vez d
busca de Vinland, Estotiland y Drogeo
rumbo al Occidente con la esperanza de
trar Cipango y Cathay y los demás países
tos por Marco Polo, no en un nuevo cont
sinó en el extremo oriental del Asia. A to
siempre Colon que buscaba un camino rec
la India, sin sospechar que entre Europ
territorio asiático habia de encontrar otro
nente.



CAPITULO L.

Marco Polo.

Es indudable que la lectura de la obra de Marco Polo fué tal vez lo que contribuyó más eficazmente á que Cristóbal Colon se decidiera á proyectar su viaje en busca de un camino directo desde Europa á las Indias, y por consiguiente, el ilustre veneciano tiene doble importancia al tratarse del descubrimiento del Nuevo Mundo, pues este suceso quizás se hubiese retardado algunos siglos sin el interés que despertaron las seductoras narraciones de sus viajes al Asia.

Nicolás Polo y su hermano Mateo, de una familia ilustre de Venecia, emprendieron en 1250 para negocios comerciales un viaje á Oriente.

Despues de pasar algun tiempo en Constanti-

nopla y en Armenia, los trastornos políticos del país los obligaron á pasar de un punto á otro hasta llegar al golfo de Persia, esperando encontrar ocasion para volver á su país.

Permanecieron allí tres años, al cabo de cuyo tiempo encontráronse con el embajador de un príncipe tártaro que iba á los dominios del gran Khan, y les rogó que lo acompañasen al ver que poseian perfectamente el idioma del país, pues esta circunstancia los hacia muy útiles.

Aceptaron los dos hermanos, y aunque el viaje fué bastante penoso, llegaron á la córte de Gublai, siendo recibidos con mucha distincion por el gran Khan, rey de los reyes, soberano poderosisimo de los tártaros.

El gran monarca hizo muchas preguntas á los hermanos Polo sobre las leyes y costumbres de la raza latina, fijando la atencion muy particularmente en la religion.

Con tanto acierto se explicaron los dos venecianos, que el rey, despues de consultar con sus consejeros, les pidió á los dos hermanos que fuesen como embajadores al Papa, suplicándole que

le enviase cien doctores para que enseñasen en su imperio la doctrina cristiana, y que además le llevasen un poco aceite de la lámpara del Redentor en Jerusalem. Les dió cartas escritas en tártaro, y para que los acompañase designó á uno de los cortesanos principales, entregándoles además una lámina de oro, que era como una órden para que los respetasen en todos sus dominios.

Poco despues de emprender el viaje, enfermó y murió el cortesano que los acompañaba, y siguieron hasta Acre, adonde llegaron en 1269.

Supieron allí que el Papa Clemente IV habia muerto, y dieron cuenta de su mision á Teobaldo de Visconti, legado de Su Santidad en aquel punto.

Regresaron por fin á Venecia, encontrándose Nicolás con que su esposa, que quedó en cinta, habia muerto al dar á luz á su hijo Marco, que ya tenia diez y nueve años.

Emprendieron segundo viaje, llevando entonces Nicolás á su hijo Marco.

Entretanto el legado Teobaldo fué elegido Papa, tomando el nombre de Gregorio X, y dió á

los embajadores cartas para el gran Khan, en que se explicaba la doctrina cristiana, disponiendo que los acompañasen dos frailes, Nicolás Vincenti y Gilberto de Tripolí, con poderes para ordenar sacerdotes y obispos.

En Armenia se vieron amenazados de muchos peligros, y los frailes retrocedieron.

Continuaron su viaje los tres venecianos, y consiguiendo llegar á la córte del gran monarca, fueron recibidos por éste con júbilo y toda clase de distinciones. Particularmente el jóven Marco supo conquistarse la amistad de todos.

Muchos años permanecieron en Tartaria.

El amor pátrio no se habia extinguido en sus pechos, y determinaron volver á Venecia.

Así lo hicieron llegando felizmente á la bella ciudad donde habian nacido.

Tuvieron entonces una prueba más de lo que es el corazon humano. Hé aquí algunos detalles curiosos.

Iban vestidos de telas groseras y á la usanza de los tártaros, y todo en su exterior revelaba la pobreza.

Presentáronse en su antigua morada, donde aún vivian algunos parientes, y estos empezaron á manifestar dudas en cuanto á reconocerlos, sin que ninguna prueba les bastase para quedar convencidos de que eran los mismos que mucho antes habian emprendido el viaje á la Tartaria.

Acudieron otros y sucedió lo mismo.

Los viajeros disimularon su disgusto, y comprendiendo la causa de aquellas dudas, convidaron á todos sus parientes á un gran banquete.

Sorprendidos quedaron al ver á los aventureros vestidos á la oriental de seda carmesí; pero todavía esto no fué bastante.

Cuando iba á principiar la comida, cambiaron sus trajes por otros de riquísimo damasco.

Despues de probar algunos manjares, volvieron á cambiar de vestidos por otros de terciopelo; siempre los que se quitaban los daban á los criados.

Algo más atentos empezaron á mostrarse los convidados; pero aquella ropa no era una verdadera riqueza: dudaban todavía para reconocer sin reserva á sus parientes.

Terminada la comida, los viajeros cambiaron otra vez de vestido, dejando los orientales y presentándose á la veneciana, y además sacaron los que llevaban puestos al presentarse en su casa y que ya hemos dicho eran de telas groseras.

—Ahora vereis,—dijeron,—lo que vale esta pobre ropa que con tanto desden mirais y ha sido causa de que dudeis que somos vuestros parientes.

Y tomando los cuchillos empezaron á deshacer costuras y romper forros, cayendo sobre la mesa una lluvia de rubies, esmeraldas, zafiros y diamantes.

Mudos por la sorpsesa y el asombro quedaron los parientes.

El efecto estaba bien previsto: los viajeros fueron reconocidos, abrazados y tratados con tanto cariño como respeto.

Y no solo los parientes, sinó que apenas se divulgó la noticia, acudieron á visitar á los Polos las personas más distinguidas de la poblacion.

Este suceso no necesita comentarios.

No quiso la caprichosa fortuna que disfrutasen los Polos mucho tiempo con tranquilidad sus riquezas, pues Lampa Doria, comandante de la escuadra genovesa, se presentó en las cercanías de la isla de Cugzola con setenta galeras, y á Marco Polo se le dió el mando de un buque en la flota que se puso á las órdenes del almirante veneciano Andrea Dandolo para ir al encuentro del enemigo.

Marco Polo avanzó demasiado con su galera, y como los demás no le siguieron, quedó aislado y fué envuelto y hecho prisionero.

Conducido á Génova, se le encerró en un calabozo, pasando allí mucho tiempo y llegando á perder la esperanza de verse libre.

Su padre y su tio, viéndose tan ricos y sin herederos, consultaron, y aunque Nicolás era muy anciano, como conservaba bastante energía, determinó casarse, procurando así tener un heredero de su nombre y su fortuna, porque ya no contaba con su hijo Marco. Consiguió lo que deseaba, pues tuvo tres hijos en cuatro años.

Por fin Marco Polo consiguió hacerse intere

sar con su talento y recobró la libertad, volviendo á Venecia, donde se casó y tuvo dos hijas, Moretta y Tantina. Sus hermanos tampoco tuvieron sucesion masculina.

La obra de Marco Polo narrando sus viajes ejerció gran influencia en el ánimo de Colon, pues ya lo hemos visto buscando con incansable afan los dominios del gran Khan.

Han dudado algunos que Marco Polo visitase todos los territorios que describe; pero gran parte de lo que cuenta está comprobado, si bien hay en sus narraciones la exageracion propia de una imaginacion ardiente, y las inexactitudes del que se deja llevar de las primeras impresiones.

Dice Marco Polo que el gran Khan residia en la ciudad de Cambalú, que está probado ser Pekin, en la provincia de Cathay. Asegura que la ciudad tenia veinticuatro millas cuadradas, y tenia magníficos edificios. El palacio del monarca, de cuatro millas de circuito, era un conjunto de edificios admirables, en cuyo interior resplandecia por todas partes el oro y la plata.

Habla Marco Polo de la abundancia de joyas,

telas riquísimas y perfumes que llegaban diariamente al mercado de la capital, y describe detalladamente todos los objetos de uso del monarca.

Con mayor entusiasmo pinta la provincia de Mangui, situada al Sur y cuya capital, Quinsay, que se supone sea Hang-chen, estaba á veinticinco millas del mar. Asegura que dicha ciudad es la mayor del mundo, pues tiene cien millas de circuito, y se levanta, lo mismo que Venecia, sobre varias islas, que se comunican por doce mil puentes de piedra. Contiene seiscientas mil familias.

Habla tambien de la gran isla de Cipangri, ó Cipango, segun escribia Colon, situada á mil quinientas millas de la costa de Mangui, é independiente del gran Khan, que nunca pudo conquistarla.

Se supone que Cipango sea el Japon.

Su rey tenia un palacio cuyas puertas, salas, tejas y ventanas estaban cubiertas de oro.

Afirma muy gravemente Marco Polo que los habitantes de Cipango tenian atadas á los brazos unas piedrecitas encantadas que los hacian i

nerables, y por esto no consiguió nunca someterlos el poderosísimo Khan.

Entre Cipango y la costa de Mangui habia, segun Marco Polo, siete mil cuatrocientas cuarenta y ocho islas, casi todas habitadas.

Con estas descripciones, ¿qué extraño es que Colon prometiese encontrar montones de oro y de joyas como apenas se conciben?

Téngase siempre presente que el almirante no buscaba un nuevo mundo, sinó la parte oriental del territorio asiático ya visitado por Marco Polo, y que cuando descubrió tierra, creyó haber llegado á la India.

Y no solamente la autoridad de Marco Polo decidió á Colon, sinó la de John Mandeville, que en 1332 emprendió un viaje, recorriendo parte del Africa y del Asia. Este viajero, aunque no exajera tanto como Marco Polo, hace descripciones magníficas y seductoras de la provincia de Cathay y del gran monarca, que dice se titula: «Khan, el hijo de Dios, exaltado posesor de toda la tierra, señor de aquellos que son señores de otros,» y en que en su sello se leia lo siguien-

te: «Dios reina en el cielo, y el Khan sobre la tierra.»

Cristóbal Colon vino al mundo en una época en que dominaba lo que pudiéramos llamar una fiebre de descubrimientos. Verificóse en la ciencia geográfica una gran revolucion, y no solamente se desvanecieron muchos errores, sinó que se dieron al olvido preocupaciones que habian sido consideradas como verdades.

Habia un gran problema por resolver, y como es inflexible la lógica de la vida de los pueblos, debia forzosamente nacer un hombre que fuese como el rayo de luz que disipa las tinieblas.

El hombre vino al mundo y se llamaba Cristóbal Colon.

Se miró sin espanto el objeto de las preocupaciones, y se desvaneció el error.

Algun pueblo habia de llevar á cabo la gran empresa.

¡El pueblo español!

Y despues de Colon, de uno de los rincones de Extremadura, debia salir Hernan-Cortés, gran capitan, gran diplomático, gran orador que [illegible]

quinientos soldados debia conquistar el gran imperio de los aztecas, y ser el héroe de la epopeya más sublime que han visto los siglos.

Y de otro rincon de Extremadura, desamparado, sin nombre, sin fortuna, debia salir Francisco Pizarro, el infeliz expósito, el humilde porquero que ni leer sabia, y que con un puñado de aventureros y una audácia que no se concibe, se hizo dueño de una gran nacion y en un solo dia derrumbó el casi omnipotente imperio de los Incas.

Cualquiera pueblo ha podido descubrir el Nuevo Mundo, explotarlo y llevar allí su comercio; pero conquistarlo como lo conquistaron los españoles, ¡jamás!

Cristóbal Colon fué el rayo de luz; Hernan-Cortés la gran inteligencia; Francisco Pizarro el brazo rudo que descargó el último golpe.

Despues de la conquista del Perú, ya no habia nada que hacer; ningun poema podia parecerse al de Méjico, por más que tuviese un cantar como Ercilla.

En comparacion de Méjico, Arauco no es más que un episodio.

Unos cuantos españoles, con un barquichuelo, más bien una balsa improvisada en medio de los bosques vírgenes de la América del Sur, recorrieron el rio Amazonas.

Los españoles arrancaban á la tierra tesoros inmensos, pero donde quiera dejaban la enseña de la cruz.

Nuestra codicia tenia algo de sublime.

Nos impulsaba la sed del oro; pero nos infundia valor la fé cristiana.

Si España no gastase sus fuerzas en luchas civiles, ¡qué grande seria! Aún hoy, despues de todas las naciones, puede ser la primera.

CAPITULO LI.

La isla de Madeira.

Tiene mucho interés todo lo que se refiere á descubrimientos anteriores á la empresa de Cristóbal Colon, y para terminar este libro daremos á conocer brevemente la historia tan triste como tierna del descubrimiento de la isla de Madeira.

Cuéntase que en el siglo XIV, reinando en Inglaterra Eduardo III, el jóven Roberto Macham, muy valeroso, pero con escasa fortuna, se enamoró de Ana Dorset, tan hermosa como rica y de familia ilustre.

Creyéronse las criaturas más dichosas mientras su amor fué un secreto; pero apenas dieron á conocer lo que sentian, los padres de Ana se

opusieron enérgicamente á que se realizara una union que creian desventajosa para su hija.

En vano suplicó la jóven, declarando que su existencia seria el más espantoso tormento si la separaban del hombre á quien amaba tanto, y en vano tambien Roberto prometió que emplearia todo su valor y su talento hasta mejorar su fortuna y crearse una posicion brillante. Los severos padres se mostraron inflexibles, y queriendo hacer perder toda esperanza á su hija, acudieron al rey en demanda de ayuda.

Toda su influencia la empleó el padre de Ana, y no tardó en conseguir una órden de prision contra Roberto Macham. Consumóse el abuso, y el desdichado amante fué encerrado en un calabozo y tratado como el último criminal.

En situacion tan horrible y convencida la jóven de que ya era un imposible la realizacion de su amoroso anhelo, quiso al menos aliviar los sufrimientos del hombre á quien amaba. La libertad de este la prometian á cambio del sacrificio de ella á quien querian unir con un hombre de la primera nobleza.

El sacrificio no lo hubiera aceptado Roberto si llegaran á consultarle; pero Ana no vaciló.

—¡Sufra yo sola!—exclamó sin comprender que al verla en brazos de otro habia de ser mayor el sufrimiento de su amante.

Casóse, pues, y su esposo la llevó inmediatamente á una casa de campo en las cercanías de Bristol.

Entonces devolvieron la libertad á Roberto.

No era posible que éste se resignase.

Los obstáculos eran incentivos para su pasion.

Además, como habia sido objeto de todas las injurias, de todas las ofensas, sentíase devorado por la sed de venganza.

Quiso devolver golpe por golpe y satisfacer al mismo tiempo su amor.

Contaba con amigos leales, y combinó el plan que debia poner en ejecucion con la energía que lo caracterizaba.

Uno de aquellos amigos consiguió introducirse en la morada de los esposos, obteniendo la plaza de caballerizo.

Así pudo ponerse en comunicacion con Ana y saber que ésta sufria mucho y miraba con horror á su marido.

No era menester más.

Trastornada por su pasion inextinguible, la jóven se mostró dispuesta á huir de su casa para buscar en extraño país la dicha al lado de su amante.

Preparó éste un bote en la costa del canal de la Mancha, y esperó en compañía de los amigos que quisieron participar de su suerte.

Llegó el dia señalado.

Ana mostró deseos de pasear cuando su esposo no podia salir de casa, y partió en compañía del fingido caballerizo.

Apenas hubieron perdido de vista la casa, lanzaron los caballos al galope.

Creia la enamorada jóven que corria tras la felicidad suprema, y era la muerte lo que buscaba.

Llegaron á la orilla del mar.

Profundamente conmovedora fué la escena que tuvo lugar entre los dos amantes.

Aún no se consideraban seguros, porque temian que los siguiesen y encontrasen.

Embarcáronse.

No quisieron perder un momento.

Desplegaron las velas.

Su intencion era dirigirse á Francia.

El pequeño barco se deslizó rápidamente sobre la líquida superficie.

Cerró la noche.

El viento empezó á soplar con furia.

Densas nubes ocultaron el horizonte.

La tempestad se desencadenó.

Como no pensaban hacer más que atravesar el canal, no se habian cuidado de buscar marineros instruidos, y los que iban ni siquiera conocian la brújula.

La pequeña embarcacion fué llevada á merced de las olas.

Cuando amaneció, los desdichados amantes miraron afanosamente á todos lados.

¡Agua, no más que agua, y el cielo ennegrecido por las nubes!

Y aún silbaba el huracan.

Y se levantaba el oleaje en montañas jigantescas.

¿Dónde se encontraban?

No lo sabian.

Apoderóse el pavor del espíritu de aquellos infelices.

Ana creyó que el Omnipotente la castigaba.

Presentia una desgracia horrenda.

No la tranquilizaban las tiernísimas palabras de su amante.

Así pasaron trece dias, que fueron como trece siglos de agonía la más espantosa.

Por fin, al amanecer del catorce habia cesado la tempestad, y distinguieron como un grupo de árboles que salia del agua.

¡Era una isla!

Reanimáronse los espíritus de los viajeros, excepto Ana, que continuaba profundamente abatida.

La infeliz tenia que hacer grandes esfuerzos para articular alguna sílaba.

Desembarcaron los dos amantes y sus amigos, quedando los marineros en el barco

Encontráronse entre florestas magníficas, verdes praderas y cristalinos arroyos.

Bellísimas aves atravesaban el espacio y revoloteaban entre el ramaje.

Estaban los árboles cargados de sabrosos frutos.

¿Qué más podian desear?

Allí podian los dos jóvenes vivir tranquilamente sin ocuparse más que de su amor.

Sin embargo, Ana no recobraba la calma, y su salud seguia quebrantándose rápidamente, por momentos.

Hicieron con ramaje algunas chozas.

A los tres dias se desencadenó otra vez la tormenta, que rugió durante la noche.

Cuando amaneció el buque habia desaparecido.

Esta desgracia colocó á los náufragos en situacion doblemente crítica.

No pudo Ana soportar el terrible golpe.

Vióse privada del habla, y tres dias despues murió.

La desesperacion de Roberto llegó al último grado.

La existencia no era ya para él sinó una carga insoportable.

A su vez se sintió atormentado por la conciencia.

Acusábase de haber sido la causa de la inmensa desdicha de aquella mujer sublime á quien adoraba.

No hubo consuelo para él, y á los cinco dias murió, rogando á sus amigos que lo enterrasen con su amada.

Así lo hicieron, levantando un rústico altar sobre el sepulcro y colocando una cruz.

Muerto Macham, sus amigos se ocuparon en buscar los medios para salir de la isla.

No podian construir un buque; pero tenian el bote de la que habia desaparecido y lo repararon como mejor les fué posible, dándose á la vela con el atrevimiento de la desesperacion y con la esperanza de llegar á Europa.

Dejáronse llevar de los vientos, porque otra cosa les fué imposible hacer, y arribaron [illegible] ta de Marruecos, donde el bote se estrell[illegible] las rocas.

No habian terminado sus desdichas.

Fueron aprisionados por los moros y enc
rados en una mazmorra con otros cautivos.

Entre éstos habia un piloto sevillano llama
Juan Morales, que se informó en cuanto le
posible de la situacion de la isla descubiert
costa de la vida de Ana y Roberto. Algunos añ
despues Juan Morales fué redimido y entró
servicio del rey de Portugal, comunicándole
noticia del descubrimiento de aquella isla.

Se encuentran contradicciones entre los
versos autores en cuanto á la fecha del cautive
de los amigos de Macham y la del primer vi
que los portugueses hicieron á Madeira; pero e
no es razon bastante para poner en duda los s
cesos que acabamos de referir y que dió á co
cer Francisco Alcaforado en una relacion q
compuso para el príncipe Enrique de Portug
de quien era escudero.

Otro historiador atribuye el descubrimien
de Madeira á Juan Gonzalez y Tristan Vaz, d
ciendo que distinguieron la isla muy confus
mente desde Puerto-Santo.

Siempre resulta que Madeira se descubrió un siglo antes de que Colon naciese; pero este descubrimiento no pudo servirle de guia, ni siquiera hacerle sospechar la existencia del continente Occidental, adonde indudablemente lo llevó la mano de la Providencia para poner en mútuas relaciones á todas las razas.

CAPITULO LII.

Pedro Mártir.

No debemos terminar sin hacer men
Pedro Mártir, escritor ilustre cuyas obras
mucha importancia para la historia del
Mundo.

Nació el 2 de Febrero de 1455 en An
territorio de Milan. Vino á España en 1
el conde de Tendilla, y ya disfrutaba rep
de sábio. Isabel la Católica lo recibió mu
y pensó que podia ser muy útil para in
los jóvenes de su córte; pero Mártir, al
tarle en qué queria servir á los monarc
pondió que en la guerra.

No eran las armas la profesion que c

á su carácter y á su talento, y por consiguiente no pudo hacer en la guerra nada notable.

Conoció á Cristóbal Colon, y fué muy amigo suyo cuando éste se presentó á los reyes en demanda de auxilio para realizar su atrevida empresa.

Terminada la reconquista, fué enviado de embajador á Venecia y despues á Egipto, desempeñando con mucho acierto estos cargos.

A su vuelta á España fué nombrado consejero de Indias, y entonces se dedicó al cultivo de las letras, ocupándose principalmente en la obra que trata del descubrimiento del Nuevo Mundo, obra que despues han tenido que consultar todos los historiadores.

Estaba en relaciones con personas muy distinguidas, á las que de vez en cuando escribia cartas, dándoles cuenta de los sucesos de importancia que tenian lugar entonces.

De estas cartas copiamos algunos párrafos en los que se ocupa de Cristóbal Colon.

En una escrita en 1.° de Mayo de 1493, dice:

«*En* estos dias ha llegado un cierto Cristóbal *Colon* de los antípodas occidentales: es un *hombre* de Liguria, á quien mis soberanos casi con repugnancia confiaron tres buques para buscar aquella region, porque se pensaba que lo que decia era fabuloso. Ha vuelto y traido muestra de varias cosas preciosas, pero con particularidad de oro, que aquellos paises producen naturalmente.»

En el mes de Setiembre del mismo año y sobre el mismo asunto escribia al conde de Tendilla lo siguiente:

«Escuchad, dice Pedro Mártir en su epístola, un nuevo descubrimiento. Os acordais de Colon el Ligurio, nombrado en el campo por nuestros soberanos, para buscar un nuevo hemisferio de tierra en los antípodas occidentales. Debereis acordaros, por haber tenido alguna agencia en esta transaccion: ni la empresa, segun pienso, se hubiese emprendido sin vuestro consejo. Ha vuelto con felicidad, y cuenta los prodigios que ha descubierto. Exhibe oro, como prueba de las minas de aquellas regiones, tambien algodon y aro-

mas, y pimienta más picante que la del Cáucaso. Todas estas cosas, juntas con madera para teñir de encarnado, las produce la tierra expontáneamente.

»Siguiendo al sol occidental cinco mil millas desde Gades, salió á muchas islas, y tomó posesion de una de más circuito, segun asegura, que toda la España. Allí encontró una raza de hombres que viven contentos en el estado de la naturaleza, manteniéndose de frutas, hortalizas y pan hecho de raices. Esta gente tiene sus reyes, algunos más poderosos que otros, y alguna vez guerrean entre ellos, con arcos y flechas, ó lanzas agudas y endurecidas al fuego. Prevalece entre ellos el deseo de mandar, aunque van todos en cueros. Tambien tienen matrimonio. Lo que adoran, excepto la divinidad del cielo, no se sabe, etc.»

Hé aqui cómo se expresaba al dirigirse al cardenal Ascanius Sforza:

«Tan grande es mi deseo de daros satisfaccion, ilustre príncipe, que considero como gratísima ocurrencia en las grandes fluctuaciones de

los sucesos, cuando sucede algo entre nosotr
en que podais interesaros. Las maravillas de e
globo terrestre, alrededor del cual gira el sol
veinticuatro horas, han estado hasta nuest
dias, como sabeis bien, conocidas solo con r
pecto á nuestro hemisferio, desde el dora
Quersoneso hasta la Gades española. Lo de
se habia abandonado como desconocido por
cosmógrafos, y si se ha hablado de ello, ha s
dudosa y ligeramente. Pero ahora ¡oh santa e
presa! bajo los auspicios de nuestros soberan
lo que hasta el presente ha estado oculto desd
primer orígen de las cosas, ha empezado al fi
desenvolverse. Así ha sido el suceso. ¡Atenci
ilustre príncipe! Un tal Cristóbal Colon, Ligu
despachado á aquellas regiones con tres baj
por mis soberanos, siguiendo el sol occiden
más de cinco mil millas desde Gades, se abrió
mino á los antípodas. Treinta y tres dias nav
sucesivamente sin ver más que cielo y agua.
fin, desde el mástil del mayor buque en que
Colon, proclamaron tierra los marineros. Co
seis islas; una de ellas, segun toda su gente

clara, engañada tal vez por la novedad de la escena, es mayor que la España.»

A Pomponio Laetus le decia en 9 de Diciembre de 1494:

«España, dice, extendiendo sus alas, aumentando su imperio, y dilatando su nombre y gloria hasta los antipodas... De diez y ocho bajeles despachados por mi soberano con el almirante Colon en su segundo viaje al hemisferio occidental, doce han vuelto cargados de algodon, formidables árboles de madera de tinte y otros muchos artículos tenidos entre nosotros por preciosos, naturales producciones de aquel, hasta ahora ignoto mundo, y además de todas estas cosas, no pequeña cantidad de oro. Sobre la superficie de aquella tierra se encuentran rudas masas de oro nativo, de peso tal, que casi excede á la creencia. Algunas pesan doscientas cincuenta onzas, y esperan descubrir otras mucho mayores. Ni cabe ya duda sobre los lestrigones y polifemos que se alimentan de carne humana. Cuando fué [illegible] islas Afortunadas, llamadas Canarias ho[illegible] la, la isla en que primero desembarcó, [illegible]

proa un poco hácia el Sur, llegó á innumerables islas de salvajes, á quienes los otros llaman caníbales ó caribes; y estos, aunque desnudos, son valientes guerreros, pelean diestramente con arcos y clavas, y tienen botes ahuecados de un solo árbol, pero muy capaces, en que hacen fieros desembarcos en las islas vecinas, habitadas por gentes más suaves. Atacan sus ciudades, y se llevan prisioneros á los hombres para devorarlos luego.»

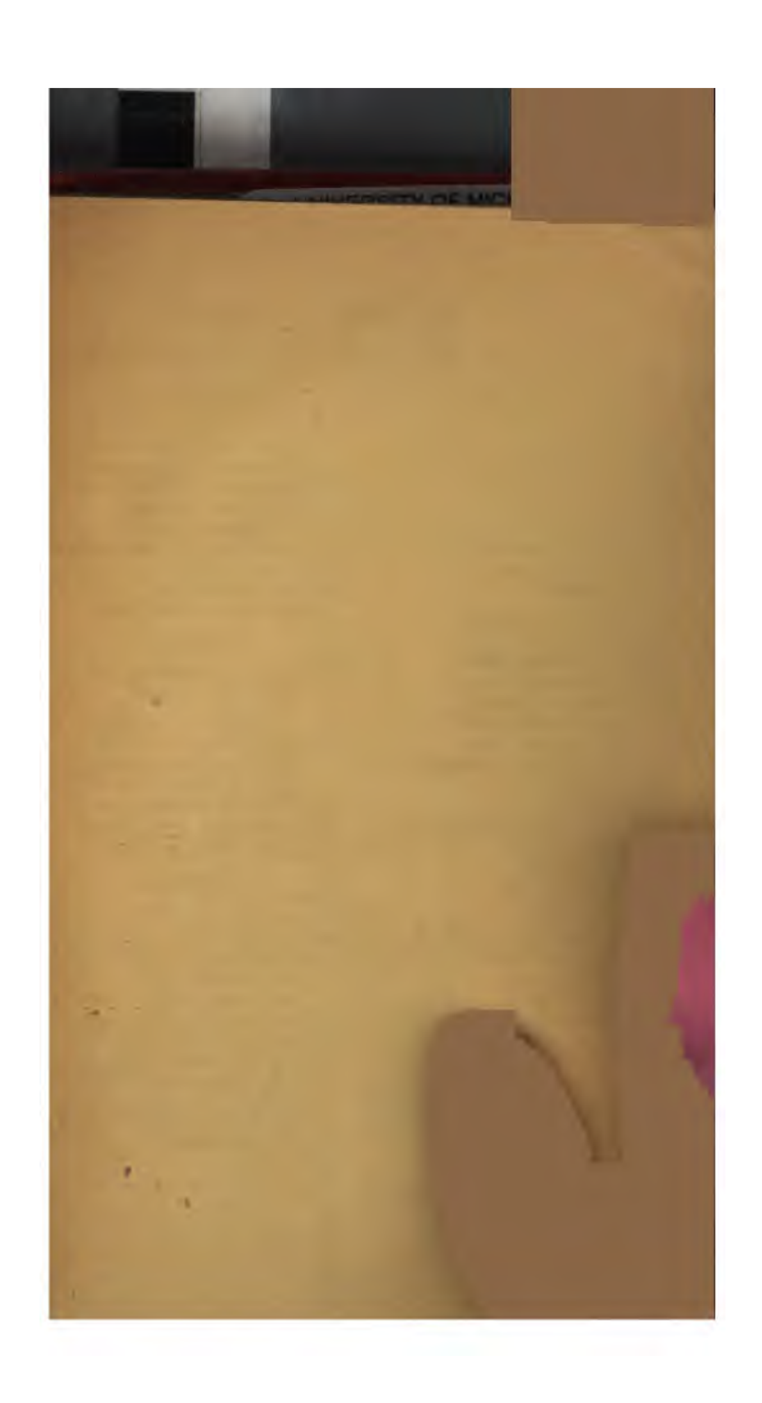
Por los párrafos que dejamos copiados, puede formarse idea del efecto que produjo en el ánimo de todos el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Todos los escritos de Pedro Mártir son muy apreciados, ya por su mérito literario, cuanto por los muchos sucesos que relata con bastante exactitud.

Murió en Valladolid en 1526, dejando una memoria gloriosa por haber prestado á la historia y á la literatura grandes servicios.

FIN.

[redacted]



VOLÚMEN NÚM. 98.
DE LA BIBLIOTECA MADRILEÑA.

OBRAS PUBL CADAS.	Ts.	Rs.
POR D.ª R. ORTEGA Y FRIAS.		
La Cruz de la Ermita. . . .	2	3
El Amor de un Angel.	1	1 1/2
Un Drama Negro.	2	3
La Nieta del Comendador. .	2	3
La Palma del Martirio. . .	1	1 1/2
El Angel de la Familia. . . .	1	1 1/2
El Envenenador..	1	1 1/2
POR D. E. LLOFRIU.		
Castigo del Cielo.	1	1 1/2
Heroismo de una Madre. . .	1	1 1/2
La Madre de los Pobres. . .	2	3
Gloria, Dinero y Mujer. . .	2	3
El Naufragio del Grumete. .	1	1 1/2
Tempestades del Alma. . .	1	1 1/2
Tratado de Física Recreativa.	2	3
¡Maldito dinero!	2	3
POR D. E. HERNANDEZ.		
El Cazador de Tigres.	2	3
La Estrella del Sur.	1	1 1/2
La Perla de la Costa.	2	
Los Aventureros..	1	1 1/2
El Rio de Sangre..	1	1 1
La Fuente de las Gracias. . .	1	1 1/2
Memorias de un Misionero. .	1	1 1/2
Un Año en Occeanía.	2	3
Don Pedro el Cruel.	2	3
Las Habitaciones Aéreas. . .	2	3
La Dama del Peine de Oro. .	1	1 1/2
Aventuras de un Navegante..	2	3
La Astronomía al alcance de todos.	2	3
Un invierno en Noruega. . .	2	3
Un viaje á la Mongolia. . .	2	3
POR EL CAPITAN BURTON.		
Peregrinacion á la Meca. . .	2	3
Viaje al País de los Mormones	2	3
POR D. VENTURA DE LA VEGA.		
…ías líricas.	2	3
…as íntimas.	1	1 1/2

OBRAS PUBLICADAS.
POR D. A. DE SAN MARTIN.
El Casamiento de Quevedo .
Memorias de un Desenterrado
El Siglo del Can-can. . . .
La Tumba de una Hija . .
El Señor de las Gafas Verdes.
Locura de Amor . . . . .
Los Vampiros del Siglo XIX
Historia de un Renegado . .
QUEVEDO.
Poesías de don Francisco de Quevedo Villegas.. . .
POR M. A. DUMAS.
Un Gil Blas en California.. .
Historia de un muerto.—Un baile de máscaras.—El cochero de cabriolé . . . .
POR D. E. LLORENTE
Hazañas de un Solteron. . .
VARIOS.
Historia de Bertoldo.. . .
La Conquista de Madrid, por doña E. Feijóo y de Mendoza
Un Inglés enamorado, arreglo del francés, por D. A. Castilla y Gutierrez. . . . .
Cuentos de Hadas, por madame d'Aulnoy. . . . .
Viajes del capitan Gulliver. .
Los pieles Rojas, por F. Gerstaecker. . . . .
El Contrabandista, por don Hipólito Casulla. . . . .